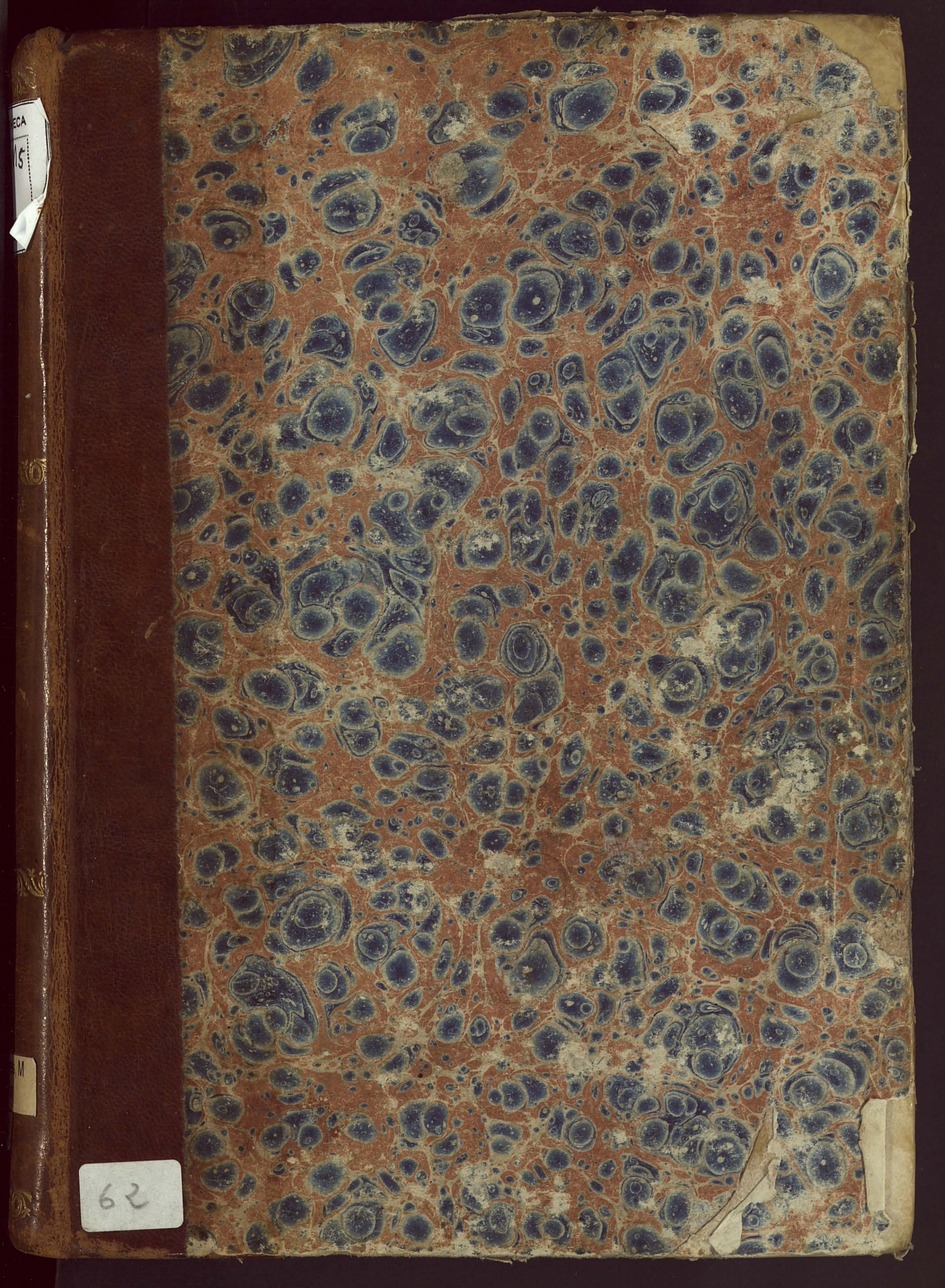


MECA
15

M

62



Librería y Encuadernación de D. Bernardo Escribano

Santiago.-Rúa del Villar núm. 76.

COMISION PARA TODAS LAS PUBLICACIONES
NACIONALES Y ESTRANGERAS.

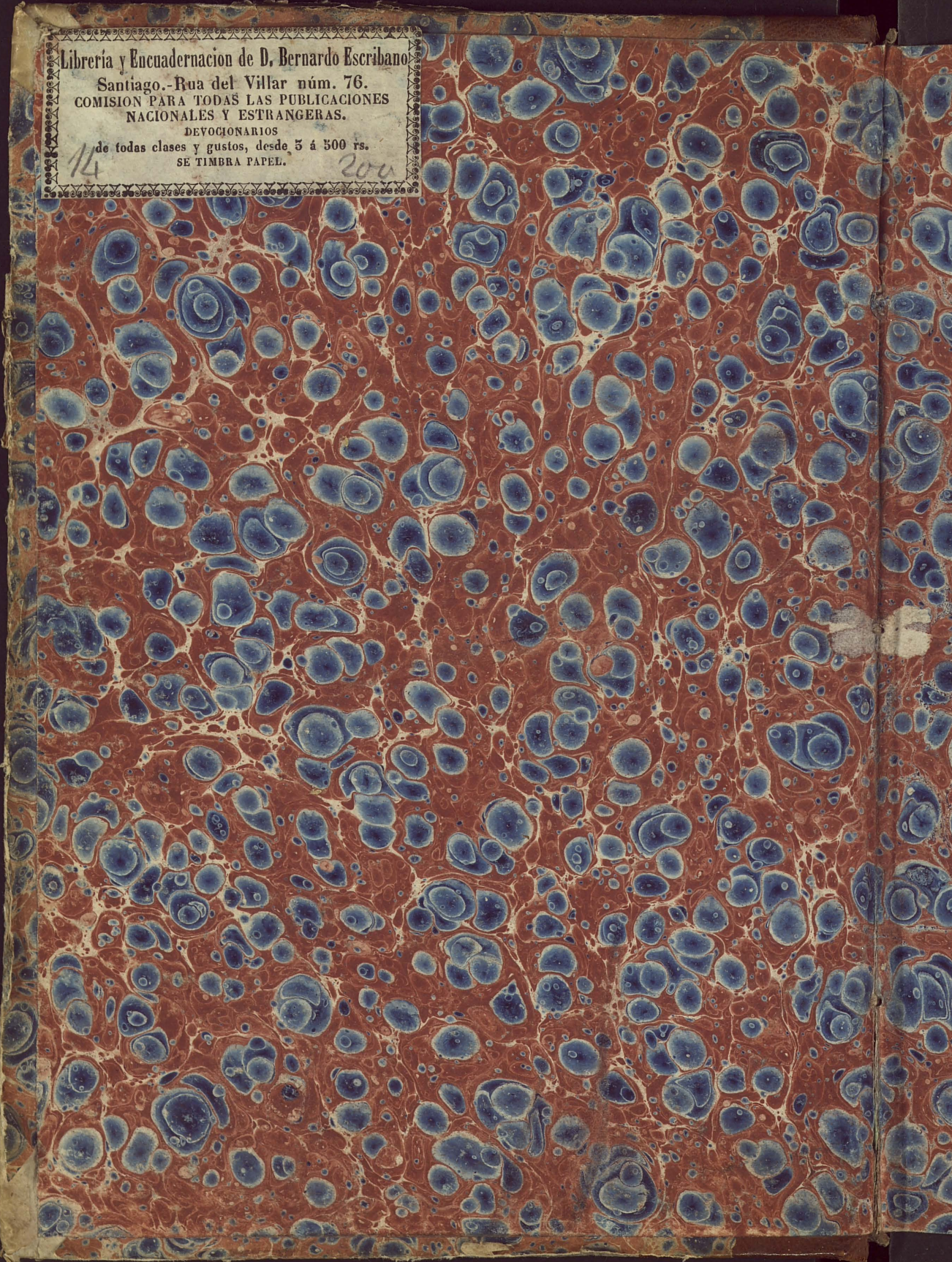
DEVOCIONARIOS

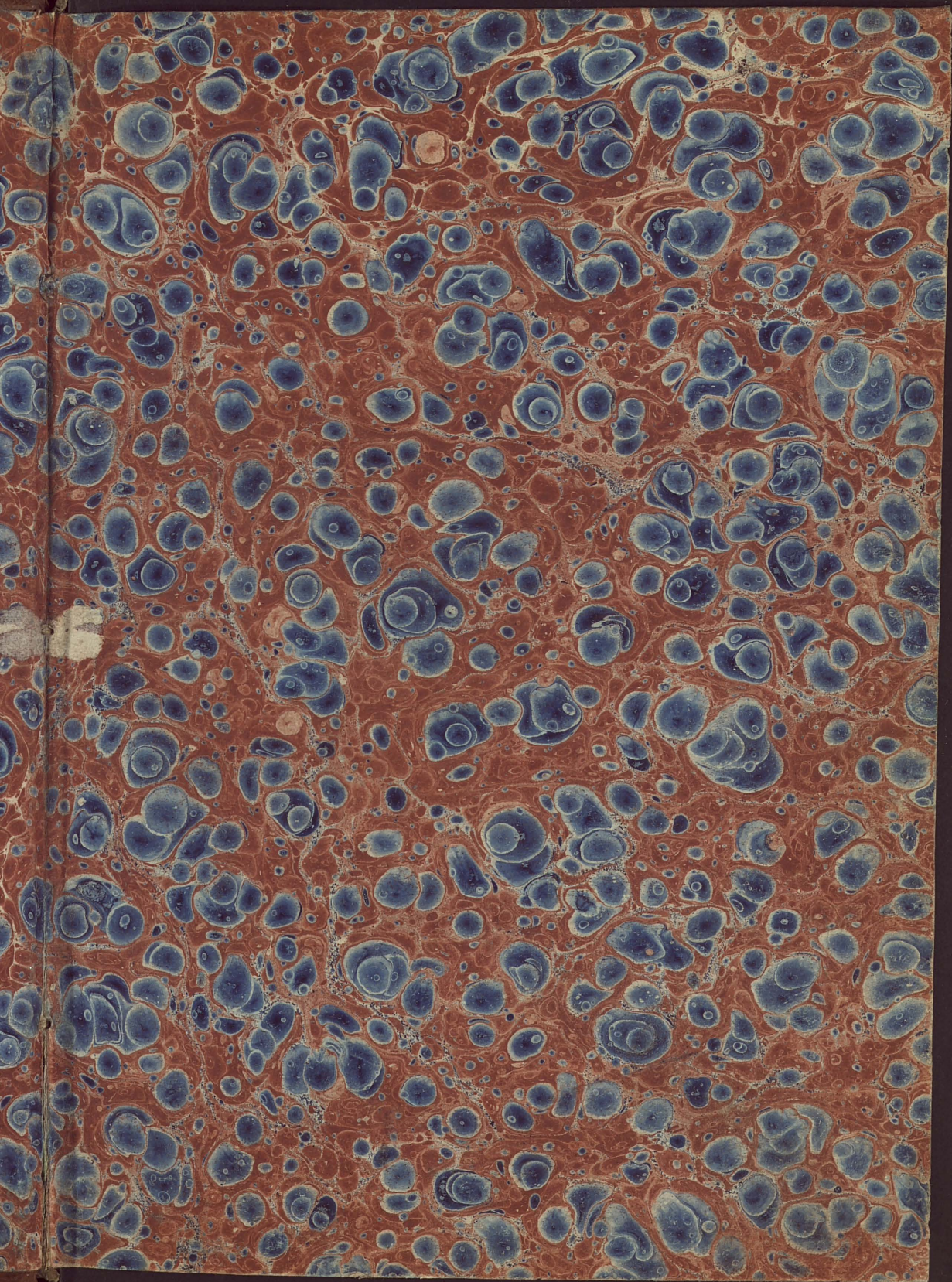
de todas clases y gustos, desde 5 á 500 rs.

SE TIMBRA PAPEL.

14

200





14/200

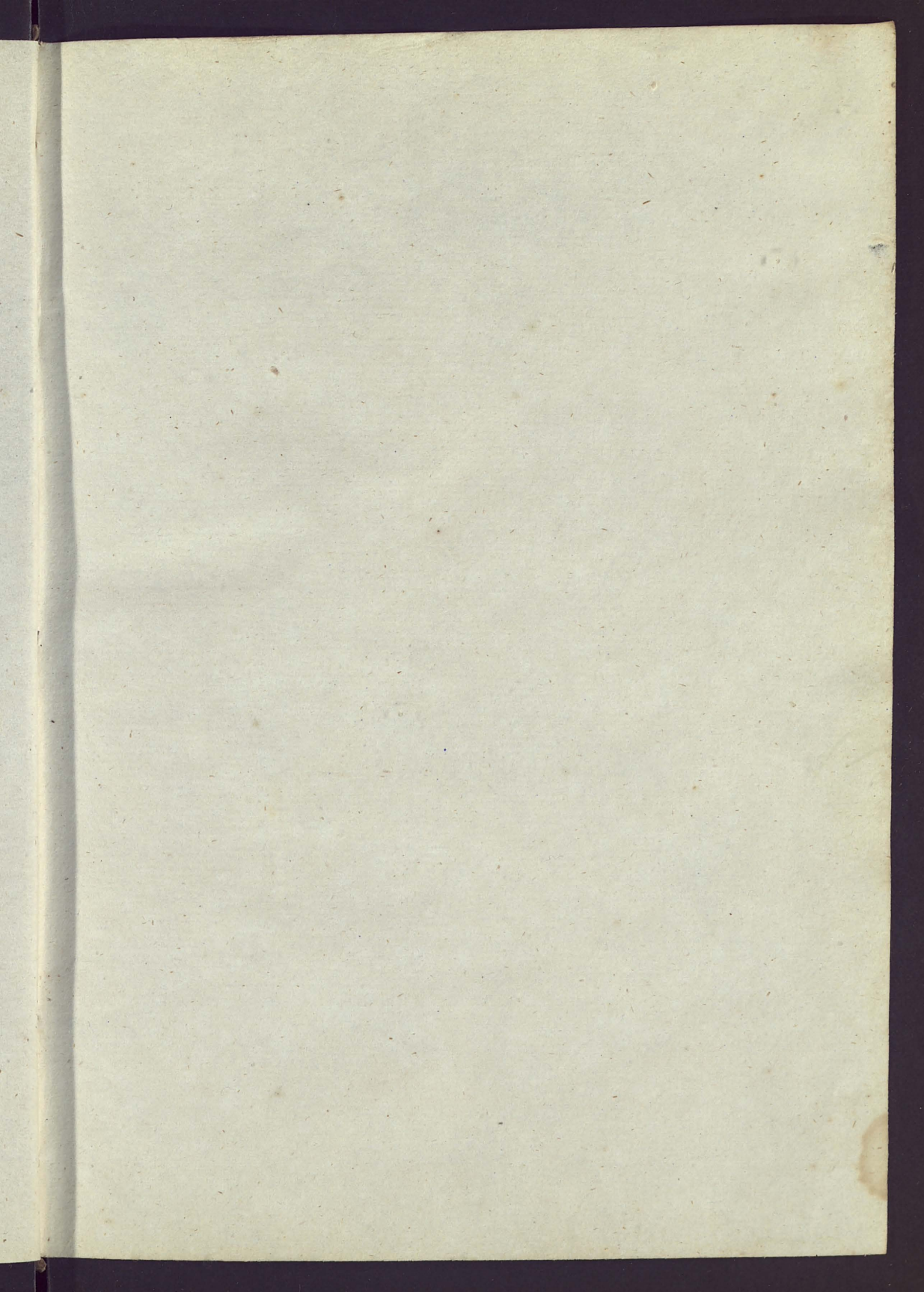
FVN. Ms 12

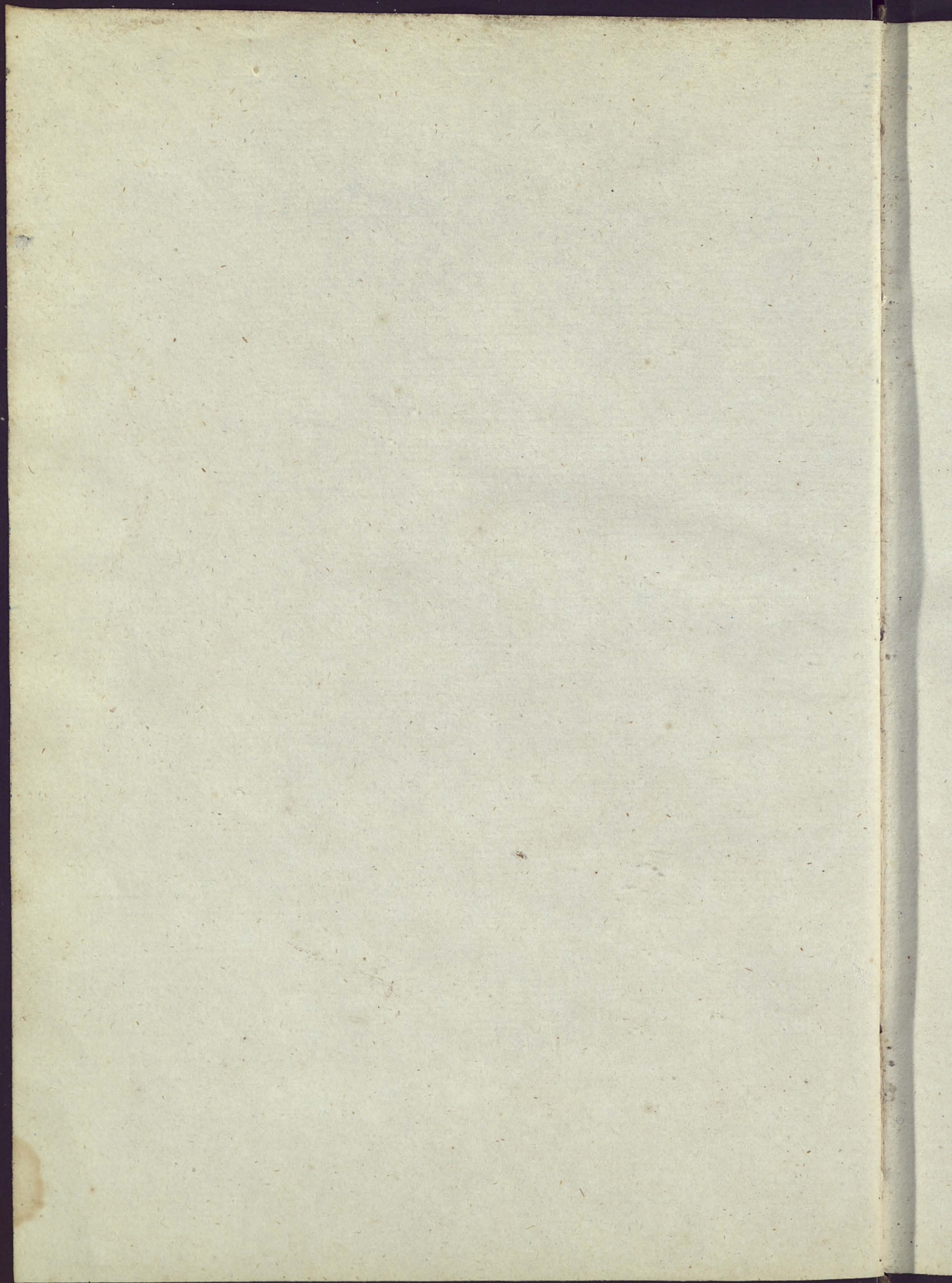
Handwritten text, possibly a signature or name, oriented vertically.

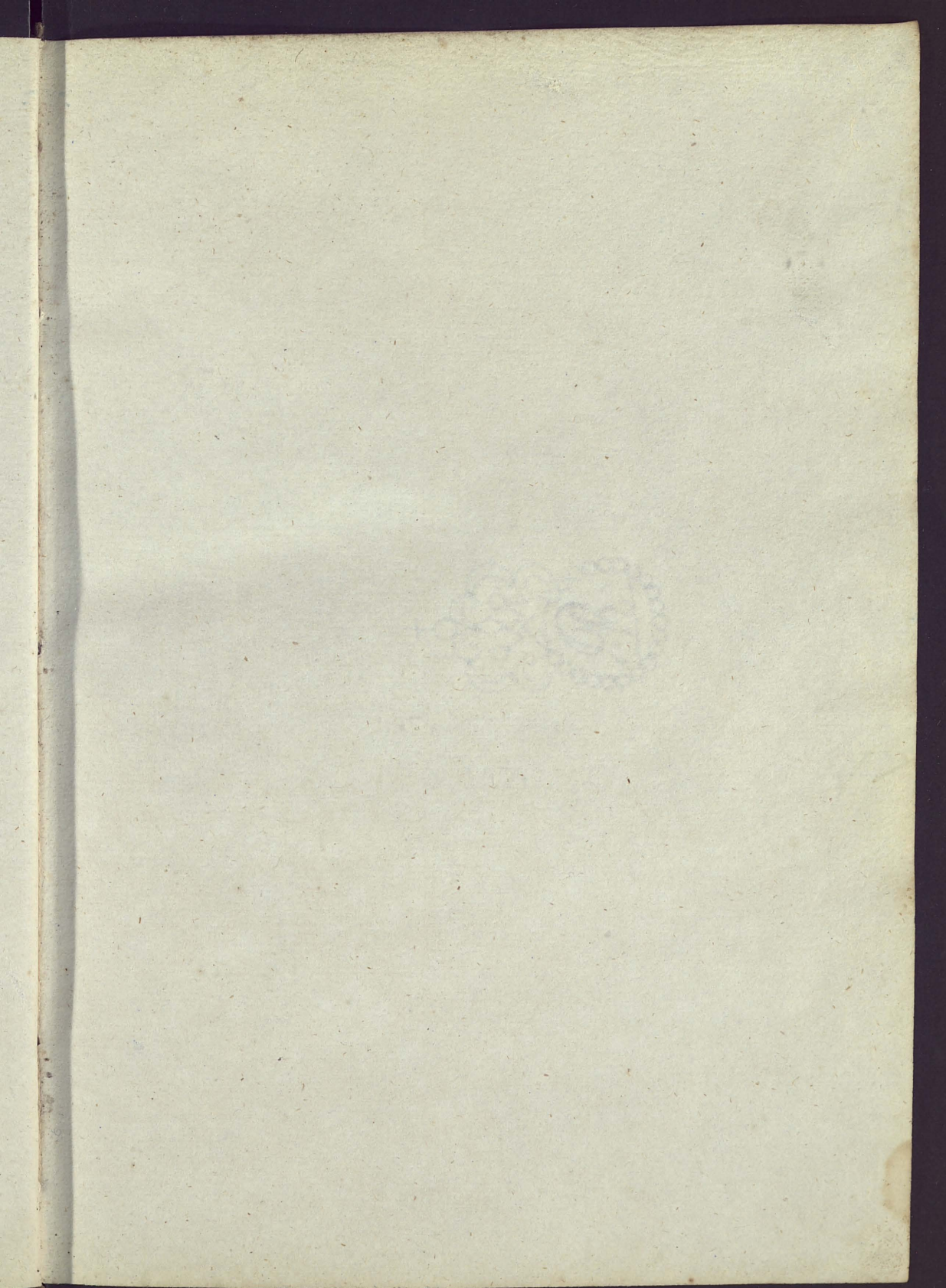
Stamper

Handwritten text, possibly a signature or name, oriented vertically.

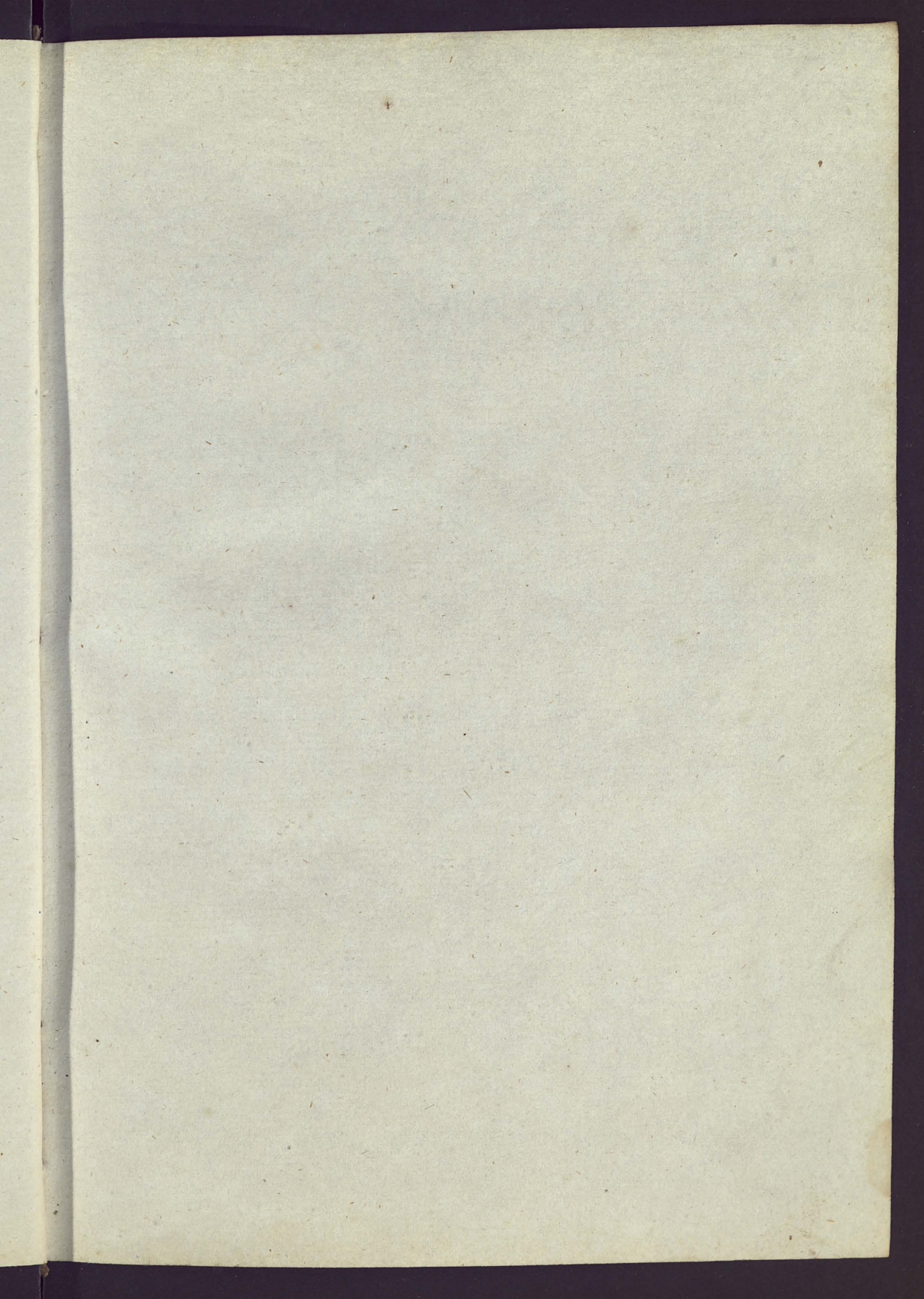
Stampano

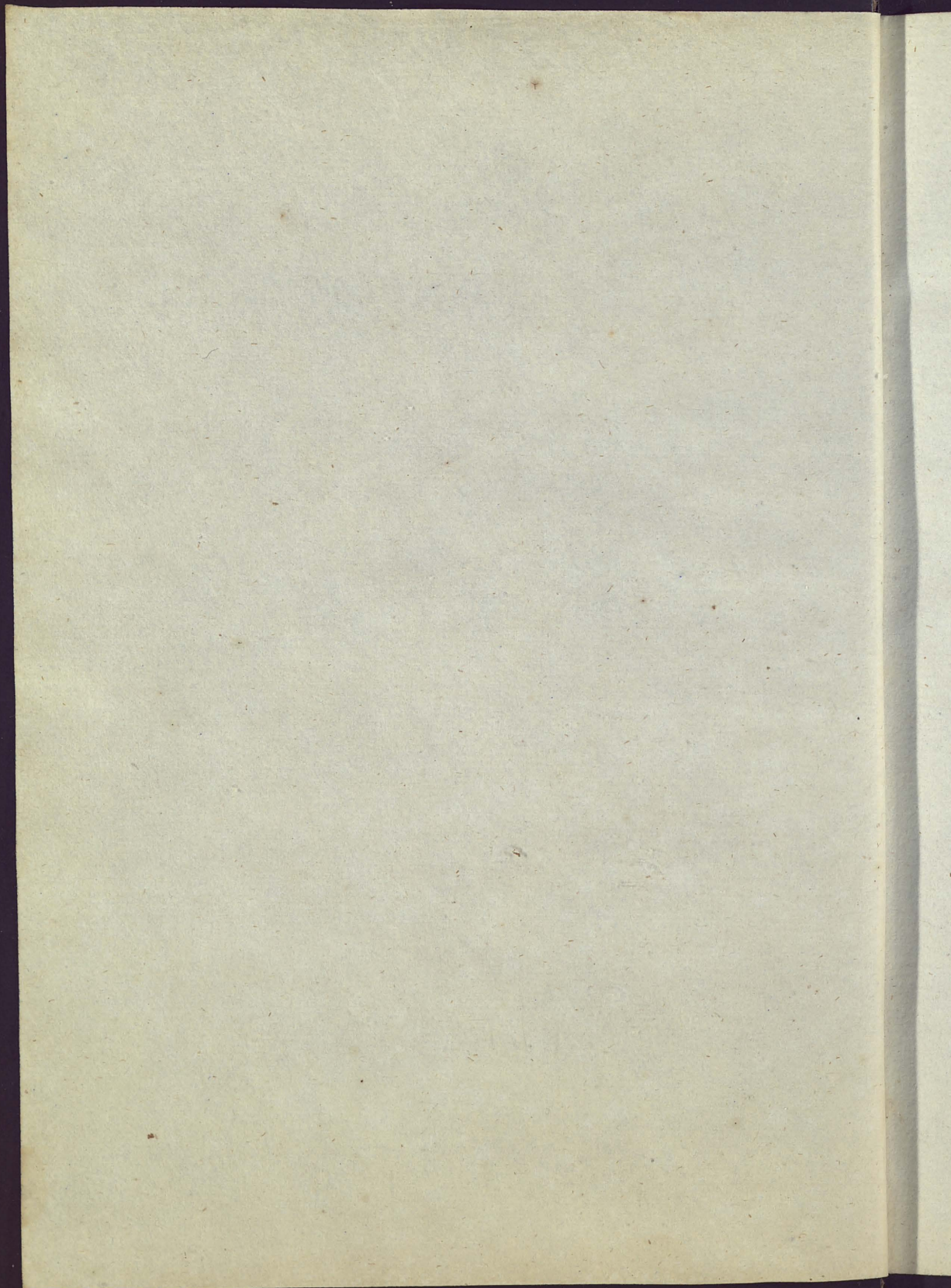


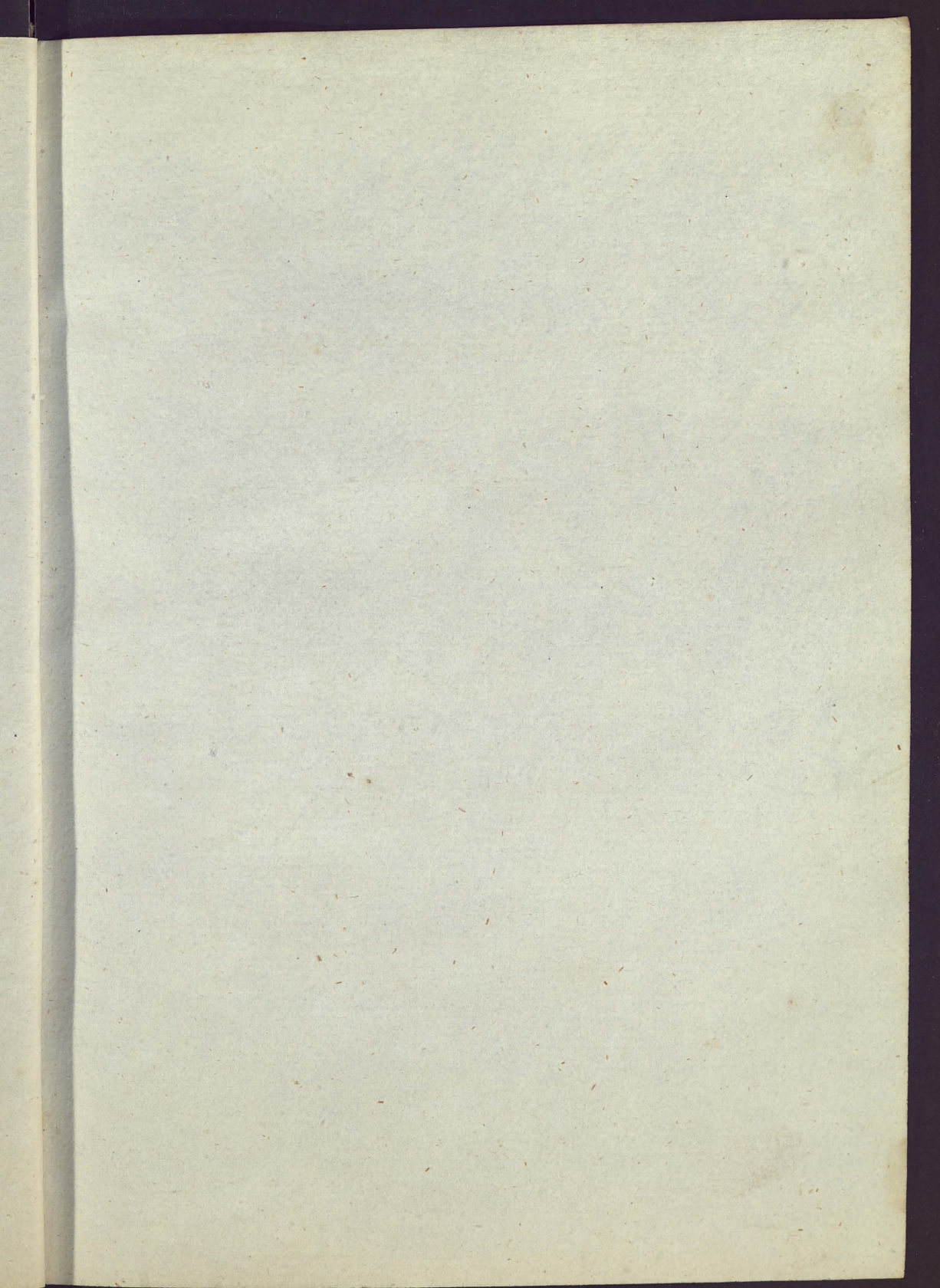


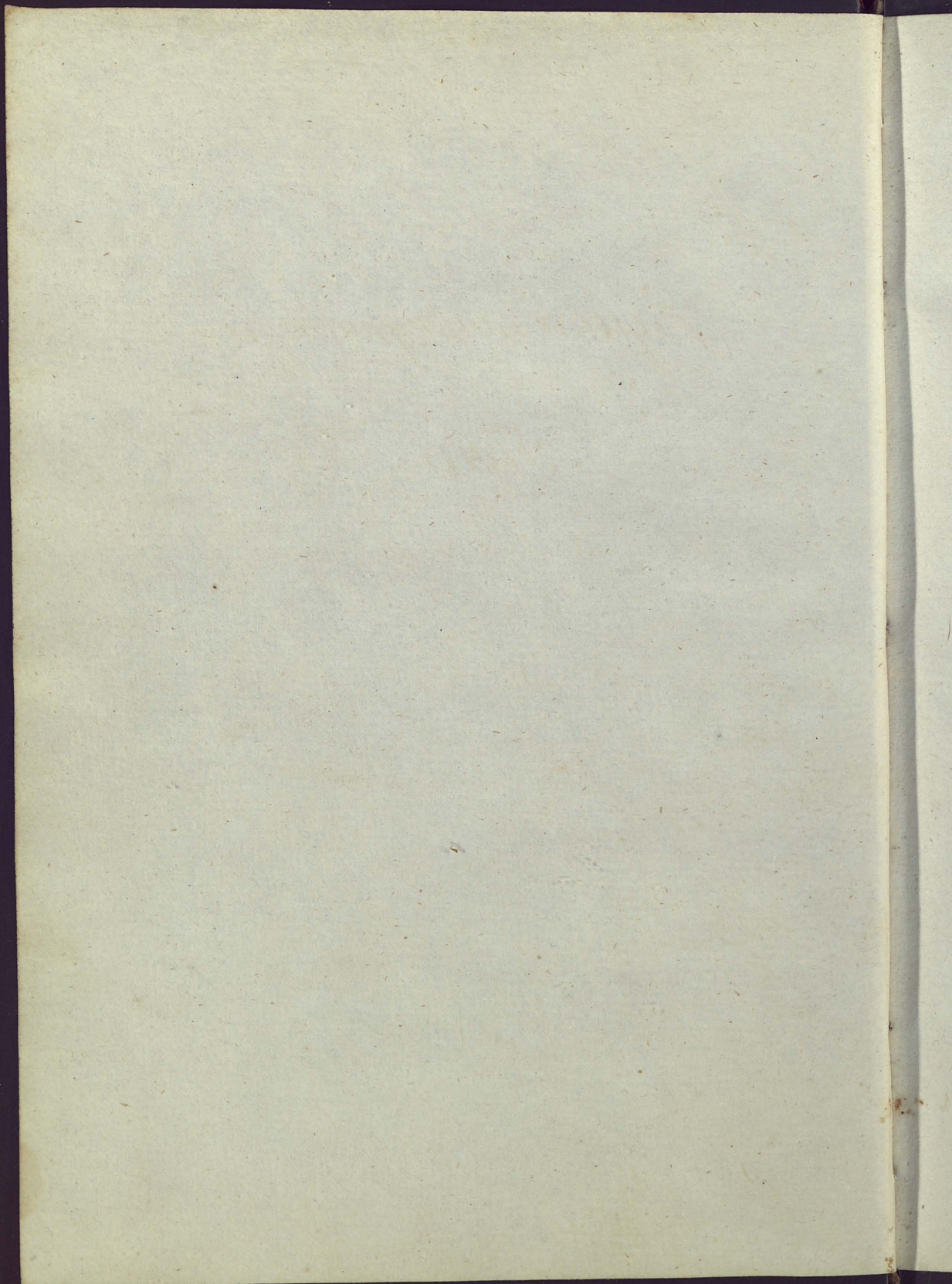












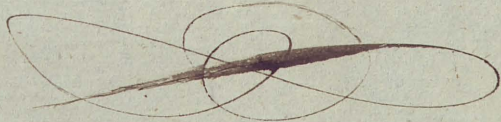
Pájincas contemporáneas.

Florci

ó
hasta donde llega una mujer
por

D.^{na} M. V.

1857.



18th March 1844

Dear Sir

I have the honor to acknowledge the receipt of your letter of the 14th inst.

and in reply to inform you that the same has been forwarded to the proper authorities for their consideration.

I am, Sir, very respectfully,
Your obedient servant,
J. H. G.

Flora

ó

hasta donde llega una mujer.

I

En la loma de un pintoresco valle, sembrado de deliciosas quintas de recreo y bañado por las cristalinas aguas del Ulla, hay sobre la margen izquierda de este río una modesta, pero hermosa y bien cultivada hacienda, conocida de algunos en el día por la hacienda de Piñeñavista, nombre debido á la balagüena situación que ocupa y al magnífico golpe de sorprenden-

te vista que ofrece el valle entero con-
templado desde la misma localidad.

Su actual poseedor es un ilustrado
caballero de sesenta y ocho años, servi-
dor leal y antiguo del estado, sin una
sola mancha en la hoja de su dila-
tada carrera pública, empezada en
1808 cuando, invadido el territorio
hispano por las águilas napoleóni-
cas, hubo de empuñar en su defensa
las armas de la patria; siendo uno
de los muchos voluntarios e inmorta-
les literarios de Santiago.

Extremadamente inclinado al
campo, invirtió en esa hacienda un
considerable capital, por manera
que, mejoraba de año en año, vino
a ser el predilecto sitio de su residen-
cia luego que, jubilado y libre de
los negocios públicos y de la políti-
ca, trató solo de vivir en sosiego y
agradable paz el resto de sus días.

Esposo ensiviado y excelente pa-

Se, lloró en varias épocas la muerte de algunas hijas y en menos de tres años las de otra hija casada y su marido, la de su consorte misma y muy especialmente la del hijo mas joven de los varones y abogado que tenia; pérdida irreparable en la familia, por el gran talento que á aquel hijo adornaba y el porvenir brillante que parecia sonreirle, tanto que no le faltaban emulos en el pais, donde figuraba ya y reunia multitud de amigos.

De diez hijos, pues, que al señor de Bisueñavista habia dado su difunta esposa, solo cinco viven en la actualidad, solteros todos, cuatro hembras y un varon, unico de que aqui nos ocuparemos y conocerán nuestros lectores bajo el nombre de Bizarro.

II

Era el miércoles santo de 1856;
el diez y ocho de marzo de este año;
la aurora empujaba a 'despuntar' y
el hijo del señor de Pisueñaxista,
calzadas unas grandes botas de cami-
no, vestido por las mangas un hol-
gado talma azul, rodeado el cuello
con una bufanda cenicienta de la-
na y llevando en la cabeza un som-
brero blanco de paño y ala larga,
salía de la hacienda de su padre
montado sobre una fogosa yegua
baya, en compañía de un criado
y en dirección a la metrópoli con
pastelama, distante tres escasas
léguas de la enunciada hacien-
da.

Consagrado con sus hermanas

al cuidado de esta, daba treguas por unos quince días a sus campestres faenas y partía a ver las funciones de semana santa, curiosas y llenas de atractivo en Santiago, por la majestad y pompa con que se celebran y por la numerosa concurrencia que se fuera y dentro de las cercanías acude a ellas.

El reloj de la catedral dejaba oír las ocho de la mañana y Bianot, entrando por una de las avenidas principales de la ciudad, sin saber aún donde apearse, enderezó su yegua a la calle de P^{***} y, ante el aspecto de una casa regular, señaló la con el número 12, sobre el dintel de cuya puerta se veía un cartel de posada,

— Entra, Quofre, dijo a su criado; entra y sabe si en esa casa hay habitación para mí.

Quofre entró corriendo y, vuel.

to en un momento con la noticia de
haber allí habitacion para su amo,
apeise y entro' este en la posada, don
de Macrina, criada de vostro alegró
y cutis blanca, un tanto ajada; se
mijamona y que parecia mandar
en casa, le condujo a un pequeño
cuarto de sombrío aspecto en el
primer piso, diciendo:

— ¿Foma & chocolate, señor?

— No, hija mia, que antes de salir
le tomé. ¿Es esta la habitacion que
se me destina?

— Desde luego, si a v. gusta.

— No mucho, por cierto, es tan
sombria y está, ademas, tan desali
ñada.....!

— Si es por desaliño, señor, no la
deje v., que en un instante se arre
gla y limpia.

— No hay otra mejor desocupada?

— Esta que ahora mismo va a se
jar libre un oficial de carabineros

y en la cual puede quedar si, dijo
la muchacha, enseñándosela.

— Mejor es que la otra y en ella
me acomodaré, una vez ya en esta
posada.

— No señor: no quedará si en nin-
guna de estas dos habitaciones. Yo
haré subir si a otra que no le se-
sagrará. Voy a que la señora
baje.

— Está bien; y diga si a mi cria-
do que traiga la maleta.

— Voy corriendo.

Al cabo de unos minutos, bajo
en efecto D.ª Gliceria y, precisado
Bianor a elegir entre dos gabinetes
casi iguales, en el primer piso el
uno, con vista a los Agros de Car-
reira, y en el segundo el otro, con
vista a la calle, optó por el de la
calle y en él quedó instalado desde
luego, mediante un precio módico
de antemano convenido.

Bianor contaba ya treinta y cua-
tro primaveras y sus pequeños ojos azu-
les, su tez morena y poblada barba, uni-
do esto a un carácter dulce y generoso, gra-
ve y un si es no es melancólico a la vez,
daban a su fisonomía cierto aire de
misterio. Sencillo de corazón, si no po-
seía un talento raro y privilegiado, te-
niale en mediana escala, con pocas ne-
cesidades y pocos riesgos. Formal, has-
ta en las menores acciones, resignado
con el género de patriarcal vida que
le cabía en suerte al lado de su padre
y sus hermanas; soltero, por como-
didad y no por aversión al matrimo-
nio que aborrece, empero, entre
quienes no cuentan con lo indispen-
sable a subsistir, rindió culto al
amor en los fugaces días de su ju-
ventud, deslinada en diferentes po-
blaciones; días de ilusión y encan-
to que el tiempo luego evaporó, de-
jando únicamente en el corazón

tristes reminiscencias de lo pasado, co-
secha de sesengüños, que el mundo
viene a regularnos despues de seducir-
nos con sus aparentes y falsos gozes,
sus pompas y lisiandades, y, entre
esas reminiscencias y sesengüños, la
esperanza del porvenir, la sonjera
siempre y agradable, por mas que
nunca llegue a realizarse; su vida es
trolla que el escabroso sendero alum-
bra de la vida y alienta al hombre
hasta en los reveses y tribulaciones
mayores.... Pero entremos ya con el
lector en la modesta habitacion del
huésped que someramente acabamos
de describir y en la cual quedaba ins-
talado.

Era esta un gabinete de segun-
do piso, como dijimos, con su espa-
ciosa alcoba y ventana hacia la ca-
lle, ventana unica sobre un balcon
de hierro que atravesaba toda la fa-
chada y desde el cual se dominaban

la alameda, el colegio de San Clemente,
Santa Susana, el Pilar y en el confín
del horizonte, detrás del colegio de San
Clemente, la escueta cima del Pedriso
con sus sinuosos senderos bajando hacia
el Sarcila.

Abornada con media docena de
regulares sillas, una mesa con su cajon-
cillo y sobre ella una escribanía de cris-
tal blanco; un aguamanil con su copa
y jarra, tambien blancas; un espejo en
la pared; un San Francisco de Asís, al
óleo en lienzo grande sin marco, y den-
tro de la alcoba y a los pies de la cama
una percha para colgar ropa, no de-
bemos omitir que dos puertas la abrian
paso, una independiente, atravesando
la alcoba, puerta por la cual iba a
servirse Bicanor, y otra en el centro
del tabique que separaba este cuadri-
largo gabinete de la sala proxima,
puerta cerrada a la sazón y sala
de la cual fuera un día sin duda

parte el gabinete mismo, según indicaba
el balcon corrido de la fachada.

III.

Diez días llevaba ya viviendo en
Santiago, en esa ciudad donde hacía
años empezara y concluyera su carrera
literaria y donde, por consiguiente, na-
da le era desconocido y contaba algu-
nas relaciones y amigos, desde cuyas ca-
sas, unas veces, y desde la calle, otras,
sio' las procesiones de Semana Santa
solemnnes y concurridas como cuando al-
gun año les hubiera visto en los fe-
lices tiempos de la alegre vida esco-
lar; procesiones á que siguieron las
fiestas de la Pascua con bailes y sa-
racs en las tertulias y familias; bai

les y saraos hasta entonces suspendidos á causa de la Cuaresma.

Presentado Brianor en una de eti-
queta que dió el lunes la esposa del
caballero M^{***}, encontró allí la mayor
parte de la aristocracia santiaguésa lle-
na de preciosas galas y poblando el alfom-
brado salon, precedido de una ontesala, á
que se subia por medio de suave esca-
linata, guarnecida á entrambos lados con
jarrones de camelias y otras flores, sobre
la que tocaba música de la Milicia
de la ciudad; salon en que la esposa
del caballero M^{***}, arrastrando magní-
fico vestido de raso blanco y ceñido el
blondo cabello de una diadema de ri-
cas piedras, cumplimentaba con son-
risa, bonaire y amabilidad encanta-
doras á su escogida reunion y hacia
se la sirviesen abundositos dulces, pon-
ches variados y chocolates que ella mis-
ma ponía en manos de las señoras;
y salon, en fin, donde entre aquella

aristocracia figuraban madama F^{ra} y su graciosa hija Carolina, á la cual el hijo del señor de Prismañavista sacó á bailar un Schottisk, dos Rigodones y un vals, retirándose con ella y su mamá al ser de día.

Corría el veinte y nueve del citado marzo y, entrando Brianor en casa á comer, vio asomada á una de las ventanas del primer piso una joven, bella como un sol, llegada con su mamá á aquel albergue la noche del día anterior. Deslumbróle su hermosura. Subió corriendo y por medio de Mariana hizo saber á la recién venida de la admiración y entusiasmo que su belleza le inspiraba; resultado de cuya embajada fue la siguiente donosa contestación de la forastera: "Si á ese joven gusto tanto, diga-le que me compre dulces"; contestación llevada por la misma Mariana á Brianor, anhelante de una

conjetura favorable en que poder
hablar á aquella seductora beldad.

La tarde habia trascurrido y,
paseando Brianor de noche intranqui-
lo y á solas en su habitacion, noto que
en la inmediata sala habia señoras:
miró por el agujero de la llave coloca-
da en la puerta del centro del tabi-
que y vió con placer de nuevo á la
joven y á su mamá: á la joven, fren-
te á frente de la puerta con su lin-
do rostro, adornado de lustroso pelo ne-
gro, sobre el que se ostentaba blanca
gorrita de encaje con cintas verdes:
á la mamá, con la señora de la sa-
la madama de Javiela, hacia un cos-
tado: á aquella, silenciosa y como pen-
sativa, apoyado el brazo en una con-
sola: á estas, hablando alternativa-
mente y en dulce familiaridad al
parecer. Brianor contempló un ra-
to así á la primera; paseaba y
volvía á contemplarla; pero, más y

mas intranquilo por no poder entrar en la sala, a causa de no ser visita aun de madama de Gavela. Decidido ya a pedir chocolate y acostarse, una musica acierta a pasar por la calle y, pensando en que la joven no dejaria de salir al balcon para oirla, abrio el entonces su vidriera y se pechus a la ventana (pusose a esperar, no la musica que se acercaba, sino a si se abriera alguna de las vidrieras de la sala. En efecto, a poco de haber abierto *Pianor* la suya, abriose igualmente una de las de la sala que facilitaba paso al balcon, donde aparecio la joven con un pañuelillo de seda a la cabeza y cubiertos los hombros con un manton.

— Tambien la musica despertó la curiosidad de el, señorita?, pregunto *Pianor*.

— Un poco.

— Tiene el la voz muy empañada.

da y quizá el fresco de la noche ofen-
da a' s.

— Señor: esto es ya un mal crónico
en mi y su historia algo larga.

— Como quiera, sentiría que ese
mal se agravase.

— Gracias.

— Lo sentiría, sí; pues desde que es-
ta mañana vi a' s. al entrar en ca-
sa, es ya s. un objeto halagüeño por
el cual se interesa mi corazón.

— ¿De seras?

— Tan de seras, que experimento
placer y pesar a' un tiempo: placer,
por haber tenido el honor y gusto de
conocer a' s.; y pesar, porque en bre-
ve, señorita, iré a' ausentarme ya
próximamente de admirar a' s. Mas, al
viendo a' la música, se me antoja que
ella va a' detenerse debajo de este bal-
cón.

— ¿Y eso?

— Sospecho es a' s. a' quien viene

Sirijida.

— No lo crea s.

— Ya se yo cuenta s. algunos dias en Santiago, señorita; y nada de extraño tiene que, al cambiar de albergue, quisiera en el nuevo obsequiar a s. algun amarrido somcel y seámos esta dama tiene ya galan.

— Soy libre, amiguito. libre como el pensamiento.

— Libre s.? — Imposible.

— Se lo juro a s. a fe de Flora.

— Bello nombre: tan bello, como la bella joven que lo lleva.

— ¿Y el de s.?

— Dos son los de que comunemente uso, uno en casa y entre mi familia, y otro fuera. El primero, no sale, digamoslo así, del lugar doméstico y, por tanto, solo revelaré a s. el segundo, ya que uno es el que parece de sea s. saber. Bienor me llamo, pues, Señorita.

— Que me gusta.

— Nunca será tanto como el de s.
a' mi.

— Lisongero debe ser y es s., Bia-
nor.

— Nunca tambien en mejor conyun-
tura; pero no, que habla el corazon
y en mi corazon no hay jamas li-
sonjas, Florita.

Apoyada Flora contra el bal-
con y asomada Bianoer la cabeza
por entre las dos hojas semicabier-
tas de su vidriera; asi cerca la una
del otro, se partian al rumor de la
musica que sin detenerse marcha-
ba por la calle abajo, cuando, em-
pujada una de aquellas por la
nocturna brisa, vino a arrotar
la cara del segundo de una ma-
nera brusca, tanto que hubo de
preguntarle la primera:

— ¿Se ha lastimado s. ?

— No, dijo Bianoer, sin hacer

caso al pronto; mas, llevando luego
un pañuelo blanco que empuñaba
hacia la mejilla azotada, y vio con
asombro en él una pequeña man-
cha de sangre y, variando enton-
ces la conversacion,

— ¿Sabe s., Florita, que me
há hecho sangre en la cara el
golpe que s. notó?

— ¿Si? — Lo siento.

— ¿Será esto un mal presajio?
¿Será que no deba yo hablar á s.?

— ¿Porqué, Bismar?

— Porque veo, Florita, que con
sangre se inaugura nuestra rela-
cion, contesto riendo.

Flora se rio tambien y, tra-
tando de retirarse á la sala don-
de quedarán su mamá y mamá
ma de Gavela,

— Humedexcale s. con agua fres-
ca, dijo; humedexcale s. al instan-
te y ya mañana verá como está.

— Sin duda estará mejor y curará pronto siendo con frecuencia a' s.

— Hasta mañana. Buenas noches.

— Buenas noches, Ferrita. Hasta mañana.

Y cerrando ella al punto su balcon y su ventana Bicnor, lavó este con agua fresca la parte herida y corrió a cenar con un capitán que ya esperaba, a quien Bicnor conocía de muy pocos días, y lunes ya antiguo en la casa, hombre de estatura completa, grueso, cari-redondo y de bigote poblado y semirubio; militar, un tanto baladron, que se suponía al corriente de todo, siquiera ignorara se mucho, o parte, de lo que aparentaba saber; que ofrecía luneta o' palco en el teatro, se guro de que no se le había de aceptar, de que no le faltaría

escusa, si se le aceptara, á fin de
no cumplir lo ofrecido; y que, pre-
sumiendo de buen mozo y erudo
verde, hablaba con frecuencia de
su partido entre los jóvenes, de
sus relaciones entre la clase alta
y de que, si comia en su posa-
da, era por eguismo y comodidad,
viéndose convidado de parientes,
o amigos, casi todos los dias; y
hombre, finalmente, que era
en sociedad de conversacion can-
sada y fatigosa, reducida, por
lo comun, á travesuras de su
juventud, modas de uniformes
y pantalones suyos en campaña.

IV.

Hija Flora de un funcionario de

marina, cuya esposa es hoy una viuda con
varios hijos, de los cuales se hallan unos en
America, al lado y cuidado de su ma-
dre otros, viven de diez y nueve años, na-
cida en la Coruña, vino con aquella
a tomar los cueros de las arenas mar-
jenes del Sar y del Soréla, pues los ma-
ritimos de su país eran la perjudicia-
les, segun los médicos, en las indispo-
siciones que la trabajaban. Si; por que
Flora, robusta en su niñez, padecía
mucho en la época a que nos referi-
mos; padecía una afecion terrible
de corazon, vértigos de cabeza, con-
vulsiones alguna vez, suspension del
respiracion, incontinencia de orina y, lo
que es peor, propension marcada
a verdadera tisis en la larinje: todo
ello originado de disgustos y sinsabo-
res en unos amorcillos desgraciados,
adquiridos en el campo, empuzados
con gran calor y a que siguió pro-
fundo y mal definido aborrecimiento

de parte de Flora hacia el hombre
estremadamente querido en un prin-
cipio y que insistia aun en su pasion,
con amenazas de venganza, siempre
que sus deseos no obtuviesen algun
dia éxito favorable.

Nadie, al ver los rasgados y
grandes ojos de esta joven; sus ojos de
fuego, castaños y bellisimos; su na-
riz aguileña; su Gocqueñita boca, guar-
necida de hermosos y blancos dientes;
el buen color de su semblante, lleno
de expresion, frescura y vida, sestina-
do a enganar al mundo, como ella
decia a veces; nadie, al ver su rostro
asi encantador, sospechava que pade-
ciese. Ello era, empero, demasiado cier-
to; y cierto, o muy probable, tambien
que aquella flor temprana de vi-
vos y lindisimos colores presto se
marchitaria y hundiria en el se-
pulcro, segun mas tarde llego a en-
tender deianor por si mismo y se

lo aseguraron personas, á quienes debió
creer.

La impresion que en su animo
produjeron tales descubrimiento y no-
sadas fue por demas amarga y, en
lucha abierta con su corazon, vacilan-
te á ratos entre amar ó no amar á
Flora, tento á ensayar con ella el
papel de amigo; pero de un amigo
tierno que alienta al paciente en
su infortunio y, tento ó mas que
lo siente y llora este, lo siente y llo-
ra el mismo despues á solas, sin des-
pertar recelos en la persona objeto
de tan vivo interés.

Ignorando el dia de su entrada
en Santiago, supo solo que, aburrida
de una casa de huéspedes donde estuvie-
ra algunos dias, llegó la noche del vein-
te y ocho, como dijimos, á la en que él
se hallaba y estaba asimismo el capi-
tan, de quien hablamos, en una sala
del primer piso contigua al gabinete

en que fueron alojadas Flora y su ma-
má, sin otra separacion que un sencil-
lísimo tabique, mas sencillo aún que
el que dividia la sala de madama de
Gawela de la habitacion de Boianor.

Así las cosas, nada mas natural
que, siendo el capitán Nazario antiguo
huésped en aquella casa, visitase á la
hermosa vecina recién llegada con su
mamá. Consultólo, empero, antes con
Boianor y, resuelta de común acuerdo
la visita, determinaron verificarla jun-
tos el siguiente día treinta por la
tarde.

Los cinco serian, poco mas ó me-
nos, cuando, en el cuarto ya del ca-
pitán el impaciente Boianor, pasa-
ban uno y otro al gabinete inmedia-
to, á tiempo que la joven Flora en
traje de toseo habito color negro con
un escudillo de los Dolores en la
manga y sentada en una silla,
luciendo una cruzcita de oro al cue-

No, pendiente de una cintilla terció pelo
también negro; unos pendientes gran-
des de diamantes; un camisón bor-
dado, en que brillaba lindo alfiler de
pedrería igual; tres sortijillas en una
de sus monisimas manos; unas pulseras
de fina cerda y calzando sus chicos y
bien formados pies unas ajustadas boti-
llas de cuero, atusábase al tocador
su lustroso pelo de ébano y colocaba
en su cabeza la gorrita blanca de
cintas verdes, mientras la mamá arre-
glaba no sabemos que cosas encima
de la mesa.

Alzóse entonces nuestra joven
y, dejando a un lado el espejo y ser-
vando su flexible delgado talle, empezó a
saludar al capitán y a Bismar, in-
vitándolos con su mamá a tomar
asiento.

El tiempo, las modas, los trajes
y otros lugares comunes y socorridos
fueron el tema principal de convers-

sacion en esta visita que vino á abre-
viar un preludio de la música de na-
cionales, remida en la alameda; visi-
ta durante la cual no cesaron de mi-
rarse Flora y Bixnor, bien que sin
atreverse la primera á preguntar
por el golpe de la vispera al segun-
do, ni este á mentar la menor cosa
sobre el particular. Era aquella
una primera entrevista y el golpe
tan insignificante por otra parte,
que nada se conocia mas de una
lijera rascadura poco perceptible.

El capitán y Bixnor pre-
guntaron á la mamá si no sa-
lian á pasear un rato y, habiendo
contestado que con mucho gusto si
el estado de salud de Flora no lo im-
pidiese, despidieronse entrambos,
agraciándolos sus respetos, y marcha-
ron hacia la alameda, quedando
Flora y su mamá con otras seño-
ras que entraban.

Volvian de la alameda el capitán
y Bicanor, cuando ya la jente toda
se retiraba del paseo y, notando el se-
gundo que dos señoras se hallaban en
la ventana de su gabinete:

— Capitán, dijo, ¿no ve V. señoras
en mi ventana?

— Ja, ja ja; ¿es verdad?, contestó
el capitán. Doña Gliceria es una de
ellas.

— ¿Nuestra posadera?

— Si.

— Pues la otra es Flora, repuso
con entusiasmo Bicanor

— A sorprenderlos, amigo mío, que
la ocasión es magnífica y V. mas
feliz que yo, pues dejan el pri-
mer piso y se marchan al segundo.

— Eso será por ser mejor la jen-
te que vuelve del paseo.

— O no. Suba V.; suba V. corriendo
antes que se vean y se retiren.

Bicanor sube corriendo, en

efecto, toda la escalera hasta el segundo
piso: entra en su gabinete y, no ha-
llando a nadie, presume pasarian
a la habitacion contigua: en su vir-
tud, penetra maquinamente en ella
y, hallando solo a madama de Ga-
vela,

— Perdon, señora, la digo semi-
atrubido, si la libertad me tomo de
entrar en esta estancia, sin tener
el honor de conocer a V., ni el de
ser visita suya.

— Tome V. asiento, caballero, con-
tó madama de Gavela. Precibo a V.
con mil amores y, pues esta ocasion
se me presenta, yo soy quien per-
don debo pedir, por no haber en-
viado a V. algun tarjeta, hallándonos,
como nos hallamos, bajo unas mis-
mas tejas y siendo, como es V., mi ve-
cino mas inmediato.

— Señora.....

— No lo estrañe V. Con algunos

me conduje cual debiera y no tardé
en arrepentirme; así es que prefiero
muchas veces pasar plaza de incivil,
o desatenta, a tener que admitir per-
sonas que no saben, o no quieren,
portarse segun la buena educación
y sociedad exigen.

— La finura y franqueza de V.,
señora, me enamoran y a esos pies
ofrezco desde luego mis respetos.

— Esta habitacion es suya, caba-
llero.

— Una pregunta me permitira
V., señora, si no la ofendo.

— Diga V.

— Esa joven, recién llegada a nues-
tro comun albergue, y D.ª Gliceria
juntas hablaban en la ventana
de mi aposento hace un instante,
a tiempo que yo subia deseoso de
hallarlas en el mismo sitio. Entro
y ya no estaban; habiendose reti-
rado no sé a donde. Crei fue. (C)

aquí; pero séo me equivoqué? ¿Vielas
sí, señora?

— Con efecto; ahí reían y charla-
ban hace un momento: ocultado se
habían sin duda — Flora, Gliceria,
dijo;

Y levantándose de su silla, se-
jando Bicmor también la suya,
abrió aquella la puerta del tabique
que daba al aposento de este y
sentadas una y otro rieron en
en la ventana riéndose a más
y mejor.

— ¿Que es eso?, preguntó ma-
dama de Gavela.

— ¿Que ha de ser!, respondió
D^{ca} Gliceria. Que, retiradas en esa
alcoba, al subir se afuera este caba-
llero, vimosle entrar, mas, tan
ciego, que no acertó a descubrir-
nos.

— Y no era fácil, habiéndose ya
ocultado, repuso madama de Gavela.

— Frasesas son las niñas, añadió
Bismor.

— Ea; venirse para acá y fuera
de la ventana, Florita, que hace fres-
co, continuó madama.

— Un momento, señora, dijo Bia-
mor. Esa ventana cometiò coger un
delito y justo es lo espie hoy. De
pechos en esa ventana oia yo ano-
che una musica que por la calle
pasaba, al tiempo que en su bal-
con se le salio a oirla tambien Flo-
rita. La musica dejó de oirse a
poco, mas esta joven y yo, habien-
donos por primera vez entonces
saludado, empezabamos a enta-
blar conversacion distraidos, quan-
do una ráfaga de viento, impe-
diendo una de las hojas de esa vi-
driera, vino a herir mi cara con
el borde.

— Con efecto; tiene se en la me-
jilla derecha una como especie de

lijera cortadura.

— Ese fue el delito de la sentada, señora. Permite si, pues, que, lastimado ayer por ella, en ella tenga hoy el placer de estar un rato con Flora y D.^a Gliceria.

— Muy poco tiempo. Quiero á las 8. en mi habitacion: empieza ya á anochecer y ese fresco no es saludable, Florita.

Madama de Garcla tornó á ocupar su silla y Flora, D.^a Gliceria y Primor corrieron al lado suyo al cabo de media hora, insensiblemente desliada en grata conversacion; agregandoseles tambien en breve la mamá de Flora, que subia de su cuarto con una cajita de quildoras en la mano para su hija, y mas tarde el capitán Narciso, que es el via del circo, donde se habia ido á jugar.

Reunidos así en Pequeña tertu-
lia moderna de Gaxela, la mamá
de Flora, esta, D.^a Gliceria, que
entraba y salía á cada instante,
el capitán Nazario y Bismor, ha-
blóse de si era mejor Santiago ó la
Coruña, de cuales jóvenes vestían
con mas elegancia, las santiague-
sas ó coruñesas; pero, sobre todo,
del padecer de Flora, á quien
contemplaba su mamá con es-
presión de sentimental ternu-
ra, tal vez desapercibida de su
bella hija que, separándose ami-
madamente con Bismor, a pe-
sar del constante empañamiento
de su voz, declaróle, entre otras
cosas, lo muy aficionada que era
á flores. "Soy loca por ellas", dijo,
y refirió con tal motivo cierto lan-
ce acaecido á una amiga suya
por una flor.

Llegado que hubo la hora

De las once, levantóse la reunión y
el capitán y Bianca bajaron con
Flora y su mamá, el primero
dando el brazo á esta y el segundo
á aquella, subiendo luego uno y
otro á cenar.

V.

Era madama de Gavela una se-
ñora viuda como de sesenta años, co-
lor trigueño, aspecto grave, de pocos mi-
mos y carácter un tanto fuerte al pare-
cer: su imaginación, empero, era la de
una joven: nada se le escapaba y sa-
bia perfectamente los resortes del cora-
zón en la edad de las pasiones. La
~~primera~~ impresión que uno recibía
al verla por primera vez no era cier-

tamente demasiado ventajosa, ni halagüeña; mas esa impresion se redificaba luego que se la oia hablar y se experimentaba la finura, amabilidad y respetuosa franqueza de su trato.

Llevaba de mañanera una bata de percal a rayas negras sobre fondo blanco y en la cabeza una gorra de dormir; viendosele mas tarde con un traje de hábito, color castaña, pañuelo negro a los hombros y gorra de igual color con sus correspondientes encaje y cintas; traje ordinario de que usaba, con el que salia a la calle y recibia en casa.

De mañanera, madama De Gavela barria algunas veces su habitacion y limpiaba con un plumero los muebles y cuadros de la misma. Vestida ya, calabase sus conocidos anteojos y leia junto a la ventana, o escribia cartas sobre un sen-

cillo velador con suma facilidad, soltura y firmeza de pulso, tanto que sostenia a veces una conversacion al propio tiempo que escribia.

Corrio diferentes poblaciones y en la época que historiamos vivia en Santiago, separada de sus hijos, por amor sin duda a la independencia y por padecer tambien bastante; y vivia sola en su habitacion, o sala, de que mas de una vez hemos hablado, la cual tenia una ventana igual a la del gabinete de Oñamor y la puerta vidriera que daba paso al balcon de hierro. Tenia, ademas, una espaciosa alcoba con su puerta falsa y la principal de entrada frente a la vidriera que comunicaba al balcon: veiose, frente a la lateral del tabique que separaba esta sala del gabinete de Oñamor, una consola con tres females de cristal arrimada a la

pared; notandose bajo el del centro una
espeje en madera de la virgen del Car-
men, adornada con dos lindos escapu-
larios bordados de hilo de oro y algu-
nos bijes de piedras preciosas; bajo ca-
da uno de los otros dos un florero for-
mado con diferentes conchas de mar
perfectamente combinadas; y colga-
ban, finalmente, de los cuatrosien-
tos de la pared algunos cuadros al
óleo, entre ellos, el Retrato de D.
Gliceria.

Dijimos lo muy aficionada
que era a las flores la linda con-
mesa y aqui diremos que, habien-
do la aprecido algunas la noche del
treinta el capitán, este no pudo, o
no quiso, despues hallarlas: empero,
veramente, que nada habia aprecido re-
celoso de no poder cumplir quiza, sa-
biendo que muchisimas habian ido
para el baile de la esposa del caba-
llero M^{xxx}, proporcionose, no sin tra-

bajo, en el jardín de un amigo pagne
no ramillete que el siguiente día un
poco antes de comer puso personal-
mente en manos de la joven, dicien-
do: "Sobre es en verdad la finera,
mas es en cambio muy grande, Flora,
el corazón del hombre que la sedu-
ca. Guardela tú, pues, como un tije-
ro recuerdo mio, como el recuerdo de
un amigo que hoy sera á tí. Por ul-
tima vez acaso, pues marcha ma-
ñana al amanecer."

Flora, cojiendo las flores con
asidero, quedó al pronto y al pa-
recer sobrecujida y Olimar, no atra-
viéndose á continuar, dirijióla una
mirada llena de intencion, hizo
una respetuosa cabezada y subió
corriendo á su gabinete.

Despidiéndose por la tarde de su
vivos conocidos y, retirándose tempra-
no á casa, subió á la habitacion
de madama de Gavela, con la cual

estuvo un rato a' solas, no tardando en
aparecer alli Florita, linda aquella
noche mas que ninguna otra a' los
ojos de Bianor; asi es que, embececi-
do todo en contemplarla, no sabia
apenas que decirle, ni si quien debia
hablar era el amigo sincero que mar-
cha y teme por el amigo, o' el rendi-
do amante en la vispera terrible
de una ausencia indefinida. Sus pa-
labras fueron, pues, aquella noche
gocas y vacilantes. Su corazon
queria amar y, amando, no duda-
ba seria correspondido. La razon
y la prudencia, por otro lado, re-
presentabanle ese amor como un de-
lirio, como un delito, atendido el
estado de salud de Flora; y hasta
la conciencia, que al encuentro sa-
lia a' su vez tambien pintandole
las consecuencias funestas de ese
mismo amor, amenazabale de con-
tinuo remordimiento y acusacion.

Hallábase Bianor en llamas: sus-
tuvo, empero, del modo mejor posible
su papel y aquella noche, como la
anterior, despedido que se hubo de
madama de Garsela, dando a Florita
el brazo, bajó con ella hasta su ga-
binete y de ella y su mamá se
despidió igualmente allí con marca
da emoción que al fin no pudo re-
primir, ni le permitió observar lo
que en el interior de Flora pasaba
a la sazón. Algo debía pasar, pues,
terminada la cena y estando Bianor
para acostarse, entra en su gabi-
nete Macrina y, acercándosele con
misterio,

— Señor, dice, de parte de la seño-
rita que se finja & enfermo y no
marche mañana, o que, si se mar-
cha, no sea tan temprano como
la indicó.

— ¿Eso, Macrina; dijo a & la se-
ñorita? — No es verdad. Eso lo fin-

je & y, sabiendo que marchó, me via
me & ahora con cuentos

— Así Dios me salve, señor, como
me lo dijo. Finjir! ¿y para que?

— Finjido, o no, está bien. Buenas
noches, Macrina.

— Señor, que & descanse.

Dicunt conoció al instante que
Macrina no mentaba y, si bien se mos-
tró con ella severo y aspero algún
tanto, no era porque en su interior
no la agradeciese el recado, si que-
ría fuese a aquella hora, sino por-
que no quería, ni le convenia ha-
cer su confidente a una criada y
criada de posada.

Acostóse pensativo y, des pier-
to apenas comenzó a despuntar el
alba del primero de abril, dejó las
sábanas y arregló con toda calma
su maleta, a fin de ganar tiem-
po y no marchar ya sin dirigir
una mera y última mirada

a' Flora.

Esperó largo rato a' que entrara su criado; dió a' este la maleta y demas; tomó seguidamente chocolate; calzóse las grandes botas de montar; púsose, en una palabra, como se camina y, bajando despacito la escalera, despues de todo esto, para ver como Duasre aparejaba, lo primero con que se encontró al tocar el descanso del primer piso fué el precioso rostro de Florita que con un pañuelo de seda a' la cabeza, en traje puramente de mañana, salia por la puerta principal de su aposento no sabemos a' donde, ni a' que.

— Buenos dias, Florita, dijo sorprendido Bianor. ¿ Como tanto se madruga hoy ?

— Oia, Bianor, contesto ella tristemente. ¿ Va marcha si ahora ?

— Todavia no, Florita: todavia

no. Dimele mucho haber de partir
hoy de aqui y no lo hare' sin antes
volver a' hablar a' el.

— Entonces, hasta luego, Bismar;

que no se olvide el.

— Florita, hasta luego: no, no me
olvidare'.

La jensen se retiró adentro
y Bismar siguió bajando la escale-
ra, gansoso de aire libre que diese
consanche a' sus pulmones y refres-
case su corazon. Saltó en la calle
y, entrando a' ver en una casa alli con-
tigua su yegua, que ya habia lim-
piado y ensillado Onofre, dijo a' este
fuese andando con otra caballeria
menor de carga. Volvió luego a' su ga-
binete; vio nada le quedaba que re-
cojer en él; miró desde la ventana
como detrás de la carga marchaba
su criado y bajó acto continuo a'
la habitacion de Flora, la puerta
de cuya estancia, abierta inmedia

tamente, Dio' paso a' Bianor, pálido
y el corazon todo oprimido. Salu-
do' atentamente a' la mamá y cor-
riendo al lado de su hija, sentada
cerca de la ventana, dejóse caer so-
bre una silla, tan fatigado y ren-
dido, como si llegara de hacer apú
una gran jornada. Clavo' ella
entonces los ojos en Bianor y, mi-
randole de hito en hito, exclamó:

— ¿ Con que tan pronto se mar-
cha &.....! ¿ Tan pronto, Bianor!

Este, mirando a' su vez a' Flo-
ra, que si algo empezaba a' leer
en el corazon del hijo del señor de
Pismenarista, era imposible leya
se todo lo que en él pasaba a'
la sazón, la lucha ardiente allí
empeñada, lucha en que la re-
flexion se hallaba á pique de
caer por tierra, lucha en que
el corazon decía " ama hoy, si
quieras muera mañana " y la

reflexion, "vive, siquiera sea sacri-
ficando un poco de amor"; el pri-
mero, con ese lenguaje misterioso, ilu-
sorio y apasionado que vence á veces
y nos seduce, por lo mismo que no
le comprendemos; la segunda, con
el acento frio del positivismo y de
la verdad que desengaña y ad-
vierte los peligros, pero cuyo acen-
to no siempre es escuchado y, si se
escucha, es cuando á deshora y
tarde recobra su imperio la ra-
zon; este, deciamos, mirando á
su vez á Flora, lanzó un pro-
fundo suspiro y, habiéndola á me-
dia voz, por estar presente y cer-
ca la mamá,

— Voy á marcharme, dijo, re-
forciendo con violencia el ala de
su sombrero; voy á marcharme,
sí, porque no hay remedio; mar-
cho, empero, Flora, con el cura-
zon destronado. Preferible me

fuera no haber conocido a E.; marchar libre cual entre; vivir la vida monótona y tranquila de mis campos, a tener que aburrir me ahora en ellos, privado de un alimento perdido ha tiempo y que mi espíritu solía a hallar por fin en E. En esos campos, Flora, lejos de E. ¿quien llevara el vacío que necesariamente se va a experimentar mi curación? Las soledades que desde hoy van a pesar sobre el ¿quien, Florita, las disipará.....?

— Algun objeto querido en su país, contestó ella; otra mujer que ya allí tendrá E.

— ¿Otra Flora?, repuso Bismor.

— Al que se muda, Dios ayuda, Bismor, dice el refran. E. se marchará y Dios sabe lo que en su país tendrá E. Yo si

que me cubriré.

Bianor miró entonces su reloj: eran las ocho de la mañana; escribiera hacia días á su padre estaría el primero de abril á las doce en Bisueñavista; y, aprovechando un momento en que la mamá salía á recibir cierto recado á la puerta, dejó su asiento y, estrechando con intencion la mano de Flora entre las suyas tremulas,

— Adios, Florita, le dijo enterrecido; me voy, pero Bianor sabrá de ti, sea cualquiera el medio que al intento elija.

— Adios, adios, Bianor.... Acuérdese de la pobre Flora....

— Flora, no olvide de al triste Bianor, añadió este.

Y caminando entre el resacalear de sus espuelas hacia la puerta, reiteró allí sus ofre-

cimientos a la mamá y bajo de pri-
sa a cojer su yegua, montado ya
en la cual, rompió al trote,
no sin dirigir sus humedecidos
ojos hácia el albergue que ha-
bitaba, en cuyo balcón vió que
con los suyos iba siguiéndole
la soliente y linda Flora.

Dejemos ahora en Santiago
a esta con su mamá y, pasando
a la hacienda de Prisueñavista,
en cuya casa entró Dicmor el
día y hora señalados, sigamos,
siguiera sea someramente, el
método de vida adoptado allí y
como se pasó el mes de abril
sin poder saber de Flora.

VI.

Nada más pesado que la

agricultura en terrenos pedregosos y quebrados, donde los acarreos son a la vez difíciles y caros, como sucede en Bisueñarista, especialmente en las épocas de sementera y recolección, careza y pesadez que en algunas localidades vienen a compensar en cierto modo los rinos, las frutas y otras producciones, tal vez desconocidas en terrenos mas accesibles al laboreo, pero donde los horizontes son menos pintorescos y variados, la perspectiva menos halagüeña, las fuentes menos limpias y cristalinas, los torrentes pocos, o ningunos, y ninguna, o casi ninguna, la frescura y lozanía de la vejetación.

Las circunstancias de Bisueñarista son en este sentido ventajosas y en su tierra de labor, en sus viñas y pomares, en sus bosques y praderas hay, así

los regalías útiles de la montaña,
cuanto los también útiles y mi-
mosas de la ribera; bien que,
merced a' la ligereza y calidad
del terrazgo, no correspondan
sus productos a' la considerable
extension del mismo; raxon por
la qual el cultivo precisa allida
mas esmero y mas jornales; sien-
do una cosa indudable que, mien-
tras al propietario de montaña
deja libres a' la labranza en cada
año algunos meses que pueda
consagrar a' jiros, o especulacio-
nes diferentes, ni un día concede
pueda decirse al de ribera que
en solo las faenas multiples y
costosas de la vid invierte tan-
to tiempo, o mas, que el monta-
ñés emplea en la preparacion
y siembra de sus tierras, amen
del mayor riesgo que a' aqueel
presenta esta clase de cultivo.

El caballero de Peismenarista,
que gusta de que las labores de su ha-
cienda y casa marchen bien, con méto-
do y puntualidad, tiene, ademas de al-
gunos caseros, criados de edad madu-
ra para el campo, uno para domés-
ticas faenas y dos criadas, una pa-
ra la cocina y otra para lavar, coma-
sar y ayudar a la cocinera, cuyas
operaciones vijilan y dirijen por
semanas sus mismas hijas, en tan-
to que su padre y Biano dirijen
y vijilan las campestres hasta don-
de les es posible. Por manera que,
gracias a esta acertada distribucion
en el trabajo, todo prospera en la
hacienda y reina entre sus mora-
dores la mas ensalvable paz.

Los caseros trabajan las tier-
ras de labor; cuidan de la huerta
y algunas praderias los criados y
por medio de jornales hacen las
labores todas de las viñas; procuran

do siempre el señor de la hacienda ha
ya en ella cada año una adquisición,
o algún perfecto positivo, no aparen-
te, útil, mas que de lujo. Empero,
esta señor jamas privó, ni priva,
a sus domésticos y sirvientes el des-
canso y distracción oportunos, ni a
sus hijos la diversion y el solaz en
dias determinados, tanto que quiso
tocasen todos algun instrumento;
siendo aun hoy el dia en que las
señoritas se Pimeñarista, despues
se asistir a como se prepara y
preparar a veces, ora un bistec u
otro plato para la familia, ora
un gran pote de caldo para lajen-
te de escalera abajo, abren su pia-
no y solas, o bien acompañadas
de Biamor al violin, tocan una
cavatina, una aria u otra cual
quiera pieza de música. Distrac-
cion no muy frecuente en el cam-
po, pero que allí mas que en nin-

guna otra parte dulcifica las costum-
bres, alimenta al alma y es hasta
como un recurso para las juvenes
en las monótonas largas horas de
los domingos y días de fiesta, sobre
todo en el invierno, cuando la na-
turaleza palidece y se descarna,
cuando los grandes señores, esos
señores que no producen, se retiran
a las ciudades, o a la corte, y que
son solo en las aldeas los propie-
tarios aplicados y los que no tienen
rentas suficientes a vivir fuera de
allí.

Mas, en medio de estas frenas
y distracciones, al lado de estos sen-
cillos cuadros de costumbres, otras
costumbres no menos sencillas y loca-
bles, sabemos se ejercitan en la ca-
sa de Pismeniarieta, pues sabe-
mos que allí el primero que ma-
nija es el señor de la hacienda,
no obstante su avanzada edad;

que allí, encendida luz, tan luego como anochece, se reúne la familia en una sola habitación, el padre con sus hijos, y, mientras desayunan lee en voz alta y para todos un periódico, si es día de correo, una novela, u otra cualquiera cosa agradable e instructiva, si no hay periódico, se ronan, cosen, bordan, o hilan sus hermanas hasta las ocho en invierno y en verano hasta las nueve, hora en que cenan la jente de cocina, se hace la lectura profana y empieza la del día del santo del día, a cuya lectura sigue el común patriarcal rosario que desayunan dirige a veces y una de sus hermanas casi siempre; despues de lo cual, acordadas las labores para el siguiente día, marchan a recogerse los criados y queda unicamente la cocinera que sirve mas o

menos tarde la cena a sus señores. Y sabemos que allí, por ultimo, ocurren la parroquia en sus diferencias y los vecinos en sus apuros, necesidades y conflictos. Por manera que raro, rarísimo, es el día en que de Pisueñavista no salen, ya el puchero para algun enfermo, ya el pan, ya la harina, ya la sal, que uno ó mas tienen á buscar prestados; ya el vino y chocolate, para un remedio; ya la herramienta, para algun trabajo; ya el dinero, para apartar al alguacil que aprieta por la venda; ya la bota, para la romería; ya, en fin, diferentes otras cosas de que, gracias á la Providencia, hoy abundante surtido en Pisueñavista, ha ciencia de la cual dejaremos de hablar ahora, para mudar el cortado hilo de nuestra historia.

VII.

Volviendo de Santiago Bivarr,
pensaba por el camino cual medio
seria mas apropiado a' saber de Flora.
Serios eran los que se le ofrecian, to-
dos con dificultades mas o' menos aten-
dibles, y hubo de fijarse en el de es-
cribirla por el correo. No se atrevia, em-
pero, a' hacerlo receloso de compro-
meterse y de que en su carta dijese
el corazon mas de lo que la razon
y la prudencia aconsejaban.

Permanecio' asi indeciso unas
quinze dias, lleno de melancolia y
sin acordarse sino de la bella Flo-
ra, digna de aprecio a' sus ojos por
dos conceptos fáciles de adivinar y
que no descomuen nuestros lectores,

el de sus inmensas gracias y el de su
padecer en una edad tan joven y tan
rica de atractivos. Cortando al cabo por
lo mas sano, resuelve una mañana
y he' ahí lo que la escribio en carta
dirijida á la Coruña, donde la supo-
nia ya.

"Bismenarista y abril de 1856."

"Interesado en el completo y pronto
restablecimiento de V. Florita, me to-
mo la libertad de dirijirle dos renglo-
nes, y solo dos renglones medio á la ven-
tura, por ignorar si llegarían, ó no, á
su destino. Ellos son, empero, salidos
del corazón, eco fiel de una verdadera
amistad, y parten del desierto, aquí
del fondo de las bosques, en averiguación
de la salud de V. Florita, nombre
que con placer conservo en mi me-
moria y no ceso de repetirme á cada
instante"

"Sensible y facilmente impre-
sionable, desvelame y me contrista"

pensar que él padece. Dígame si pues,
si ha habido mejoría, ó no, en su sa-
lud desde el día de nuestra entrevista
última y no olvide si que es su mas
apasionado amigo

Biomor."

Esta carta, que en nada compro-
metía al hijo del señor de Piruñan-
ta, antes le acreditaba de atento omi-
go, se alargo hasta cierto punto su co-
rason e hizole creer que él sería mas
ó menos pronto contestado; abriendo-
sele, en consecuencia, pora con Flora
un medio de relacion que continua-
ría despues, ó no, segun las circuns-
tancias. Pero pasó el mes de abril
sin que noticia ni contestacion algu-
na recibiese Biomor de Flora; y, sus-
pechando, á veces, un completo ol-
vido de parte de esta, no era ca-
paz de figurarse, otras, que, ora
por urbanidad, ora por lo que fue

se, quedara su carta sin contestar.

Llego, entretanto, el primero de mayo, el dia de la Ascension, nombre bajo el que celebrase en Santiago una feria anual de diferentes ganados, y, teniendo Pina por que pasar a aquella ciudad con tal motivo, monto en su yegua y partio asaz de mañana, pensando en la contestacion de Flora y dejando en Pisuenavista persona encargada de recoger y guardar hasta su regreso las cartas que para él vinieran.

Triste y pensativo caminaba Pina por hacia Santiago y decíase por sí mismo a cada paso: "Me alojaré en casa de D.^a Gliceria, en mi antiguo gabinete, veré allí la ventana desde la cual hablé por primera vez a Flora; recordaré la tarde que estuve allí con ella y cuanto la hablé allí." Luego se pre-

guntaba "¿Y si Flora permaneciese
se aun en Santiago, en esa misma
casa donde la dejé.....? Pero no,
se respondia, finalmente, eso no
puede ser: ella estará ahora en
la Coruña y ella no será ya hoy
para ti, infortunado Brianor, mas
que un ensueño, una sombra
dulce que pasó.....!"

Estas y otras reflexiones eran
las que Brianor se hacia por el ca-
mino, cuando, al entrar por la
calle de S^{xxx}, mirando al balcón
de hierro del albergue en que sol-
ría ir a alojarse, vio abrir la por-
ta vidriera, que comunicaba á
dicho balcón, y asomar en él á
Flora, lo mismo que un mes
hacia viérala tambien allí á tiem-
po que por la propia calle y en
la propia cabalgadura se aleja-
ba. La emoción que sintió en
tonces Brianor fue á la vez su

bita y agradable y, latiendo el co-
razon, apearse y subio corriendo, tal
como de camino se encontraba, á
saludar á la linda joven que, sa-
liendo al punto del balcon, decia
alegre y risueña, no sin algùn es-
fuerzo, á causa del empañamiento
de su voz.

— Yo esperaba á V. hoy: esperaba
á mi Bionor. Antes de oyer le con-
teste y en mi contestacion le indi-
caba y rimese á la Ascension

— Bien, repuso Bionor, rien-
do igualmente á su vez; muy bien;
yo no he recibido, empero, su con-
testacion e ignoraba, por tanto,
oyer, no solo ese esperar y los
deseos de V., sino hasta que es-
tuviese V. ahora aqui.

— No importa, Bionor; mi
corazon me auguraba que V.
vendria á la Ascension y el
corazon no me ha engañado.

— Señ: mucho ciertamente me ale
gro de haber venido; pero mucho
mas, Florita mia, de ver a' ti asi
contenta; y la mamá de ti?

— Los médicos la dijeron que
a' mi salud era preciso siguiese
yo en esta poblacion algunos dias
mas de los que habiamos señalado
a' ti, y se marchó dejandome al
cuidado y bajo la custodia de ma
dama de Garvela, en cuya sala
me sé.

— Mi habitacion, pues, será
la inmediata, la de la sien pasa
da, y asi podremos vernos con
mas frecuencia; No es verdad,
Florita?

— No: esa habitacion está ocu
pada ya por otro abogado y la
reservada para ti, por que, repi
to, se le esperaba, es la en que
estuve yo con mamá; La acep
ta ti, Bismor?

— Con mil amores. Por in manera
que dormire en la misma alcoba
y cama que el durmió.

— Con efecto.

— Permita el, pues, vaya a arre-
glarme ahora un poco en esa tra-
bitacion y... hasta despues, Florita.

— Bienor, hasta luego.

Mientras Bienor se arregla,
digamos lo que la mamá de Flora
hizo antes de marchar.

Noticiosa de que el homeópata
Mr. de la Gilmene tenia en San-
tiago un soncimbulo, a quien muy
retiraba y consultaba alguna vez
enfermedades que se le propo-
nían, quiso verlo antes de par-
tir y dejar su hija recomendada
a un médico, como en efecto la
dejó; quiso no omitir hasta esta
silijencia, siquiera no fuese mas
que por saber lo que el soncim-
bulo decía acerca de su Flora.

Cierta tarde, pues, salió de casa
y, llevando en un pañuelo una pren-
da de su hija, llegó a la de Mr de
la Gilmene. Introducida en una
habitacion, juntamente con una
amiga que la acompañaba, espe-
ró allí al magnetizador y al so-
nábulo. Pronto uno y otro se
presentaron. Mr. de la Gilmene
saludó atentamente a las dos se-
ñoras: el sonábulo llevaba tam-
bien una caperada y, ocupando
cada cual su asiento, abierta una
verdadera sesion de magnetismo,
tomó el magnetizador Gilmene
las palabras y dijo al sonábulo
— Venos, Moises, a dormir
un rato. Estas señoras tendrían
placer en ello: han oido prodi-
gios del magnetismo y quieren
ser aborra sus efectos. Siéntate,
pues, aqui.

El sonábulo sentóse en

tonces frente a' frente del magnetiza-
dor y, cogiéndole este por los pulgares,
miróle de hito a' hito con cierta supe-
rioridad imposible de definir. A poco,
los ojos del sonámbulo se amortiguaron
y sus párpados se abrían y cerraban
con frecuencia. El magnetizador con
las manos abiertas hizo luego algunos
pases verticales desde los ojos hasta los
pies y el sonámbulo quedó dormido,
de manera que solo el pulso, la respi-
ración y el matiz rosado de sus
mejillas indicaban la existencia de la
vida. En tal estado y convencidas las
señoras de que su sensibilidad había
enteramente desaparecido, dijo Mr.
de la Gilmene

— Preciso es que suerma así, pues
a' este sueño magnético seguirá en bre-
ve el sonambulismo.

Impaciente la mamá de Flora,
impaciente y ansiosa de saber lo que
el sonámbulo diría acerca del objeto

de sus desvelos y curiño, un año se la figuraba cada ligero instante que en silencio trascurría. Mr. de la Gil mene lo reparaba y no tardó en pedirle la prensa consultable. La mamá de Flora sacó entonces del cajón una chumbrilla de su bolsente hijas: pisóla el magnetizador en contacto con el somnambul y, empezando ya a consultarle,

— ¿Estás bien, Moisés, y le pregunto.

— Si, dijo el somnambul.

— ¿Estarás en disposición de contestar con acierto y de reconocer esta almilla que pongo de ti en contacto?

— Si.

— Pues, una vez que así lo dices, dime también ¿de quien es la almilla?

— De una mujer.

— ¿Joven, o vieja?

— Joven.

— Fíjate en reconocerla y dime

lo que padece.

El sonámbulo, al oír esto, que
dóse un momento como á pensar, ó
á informarse de alguna cosa y dijo
luego:

— Tiene sangre acumulada al pe-
cho y á la gorgonja.

— ¿Que mas padece?

— Padece de convulsiones y de ner-
vios, pues los tiene contraidos.

— ¿Y ves algo mas en esa seño-
rita?

— Desarréglos en.....

— Basta, basta.

La pobre madre no sabia en
donde estaba, ni lo que la aconte-
cia y, viendo como aquel hombre,
aquel ser muerto para todos, excep-
to para el magnetizador, revelaba
cosas visibles y palpables en su ma-
yor parte, dirijiéndose á Mr. de la
Gilmene, le dijo:

— Preguntadle, señor, si sanará

mi hija.

Y Mr. de la Gilmene preguntó en
tonces al sordicumbulo

— ¿Sanará, Moisés, esa señorita?

— Si; habiendo con ella mucho cuida
do.

— ¿Y que remedio popular la ordenas
tu?

— Agua de raíz de saúco y de raíz
de altea.

— ¿Como la ha de tomar?

— En medio cuartillo de agua co-
cerá treinta raíz de saúco como un
dedo y en otro medio otra treinta de
altea y tomará luego una cucharra
da de la de altea por las mañanas
y otra de saúco por la noche.

— ¿Que efectos la causará?

— Que la sangre circulará por
el cuerpo con mas facilidad; que
sus evacuaciones serán mas unifor-
mes, mas arregladas, y que su voz
aclarará.

— ¿Luego tiene la suya tomada?

— Si.

Tan cierto era lo que el somnambulista aseguraba de los padecimientos de la infeliz Flora, que su mamá misma, juzgandole sin duda un adivino,

— Preguntadle, señor, dijo de nuevo a Mr. de la Gilmene; preguntadle si mi hija tuvo amores.

Hecha la pregunta, el somnambulista contestó afirmativamente y dijo entonces el magnetizador

— ¿Fueron correspondidos esos amores?

— Al principio, sí; mas ahora, no.

— ¿Porqué, Moisés?

— Por el genio vivo de los dos amantes.

— ¿Y convendría a esa señorita el casarse?

— No: la conviene sosiego y tranquilidad.

Terminó con estas palabras últimas la consulta de la mamá de Flora y, consultadas varias personas de otras personas, el magnetizador despertó seguidamente al dormido Moisés y de un estado de aparente muerte trivole volver al de la vida ordinaria tan pronto le quitó el fluido encantador, por medio de pases horizontales con las manos sobre el tronco y se arriba abajo en la misma dirección.

VIII.

Arreglado que estuvo Moisés, tornó inmediatamente al lado de Flora, en visita a la sazon con un

joven de su país; josen de quien
habló ventajosamente así que queda-
ron solos ella, madama de Gavela
y Bianor; hablando tambien de lo
ocurrido durante el mes de ausen-
cia; conversacion en la cual toma-
ba parte de cuando en cuando ma-
dama de Gavela e interrumpida
en breve por la llegada de Ma-
crina, llamando a Bianor a la
mesa, donde esperaban para co-
mer el capitán Navarro y otros
caballeros.

Terminada la comida, dejó el
recien venido el comedor y, yoran-
do a la sala de madama, hizo
compañia a esta y a Flora, mien-
tras las dos comian, despues de lo
cual la ultima y Bianor salieron
al balcon de hierro, de brazos en
cuyo baramsal, viendo la jente
que venia de la feria, hicieron
se la una al otro algunas conj-

Senias. "Llegué a estar enamorada
de F***, decía, entre otras cosas Flo-
ra; ser sabidamente enamorada,
Dionisio, hasta el extremo de en
ocasion que él se hallaba postra-
do en cama y desahuciado ir a vi-
sitarse en su cuarto mismo dis-
fravada de hombre con ropa
de mis hermanos y acompañada
de un tío mio, con quien me pu-
se antes de acuerdo. Hoy, por
razones especiales, le aborro; él
insiste, no obstante, en su pasión
hacia mí; tanto, que días atrás
me encontró con carta suya
que vino a causarme muy mal
rato y a hacerme daño; carta que
puede ver si y en la cual escribe
que solo conmigo será feliz y que,
o se casarme con él, o ser obje-
to en otro caso, de su venganza.
Por él, Dionisio, sufrí un tiempo
mucho y, amensole, fui tena-

mente combatida de mamá que, in-
terresada en casarme con otro hom-
bre, prisionera me tuvo entonces
tres, o cuatro, meses en una habi-
tación, sin nada poder recabar
de mí. Mas hoy, respito, le abor-
rezco; no sintiéndome, empero, co-
mo no me siento, con elocación
de monja, imposible me es subsistir
así, sin amar a alguno, - hablo, Bia-
nor, a ti con esta franqueza - en me-
dio de que, gracias a la Providencia,
nada me falta por ahora. Necesito
y quiero amar, amar a un hombre
con quien pueda ser dichosa. ”

Sobres ilusiones de los diez y nueve
años! Sobre Flora el día en que
tus enfermedades te hagan ver que
no debes ni puedes en conciencia amar!

No; porque ese amor que te ilusio-
na hoy tal vez te mataría mas
prontamente.

Bianor, apesar de todo, escon-

chábala con aridez tierna y simpática.
ciega adisimular su interior, leer en su
corazón y, repitiendo sus últimas pa-
labras, la contestó:

— Amor a un hombre con quien
pueda ser dichosa; ¿le amaría & como
amo, dice, a F^{***}, a ese hombre a
quien tanto aborrece hoy?

— Lo mismo, Biamor. ¿; por qué
no?

— Porque eso, Flora, no pueda ser. So-
lo una vez se ama bien y es la primera.
Los amores que siguen son menos invo-
luntarios.

— Una de dos, Biamor: o se ama, o
no se ama. Si de veras se ama, yo en-
tiendo que lo mismo será la primera
que la segunda o tercera vez.

— Permitame & no esté conforma
con semejante teoría. Un primer
amor, Florita, todo lo encuentra vir-
gen, digámoslo así, todo lleno de ilu-
siones y en él se procede a ciegas, sin

cautela y sin conocer desengaños. Un segundo amor, por vehemente que aparezca, ó se le suponga, tiene que ser ya mas reflexivo y desconfiado, mas precisor y cauto, ir acompañado de cierto cálculo.

— Pero, si de veras se ama, como dije, y el amor es ciego siempre, ¿cómo, ciego amará el que de veras se enamora, sea esto la primera, segunda ó tercera vez que acaezca.

— Siento opinar de diferente manera que tú. Pero ¿haría tú, Florita, iguales sacrificios, tomaría tú por canchales del amor tan á pecho la segunda como la primera vez que amase?

— Eso, Dícote, dependería de la edad mas ó menos joven en que yo amaría; no de ser la primera ó segunda vez que lo ejecutase; y claro está que á los diez y ocho años, por ejemplo, una siento y ama mas vehementemente que á los veinte y

cinco o treinta.

— Heo con placer poseer nada vulgar talento y algo de experiencia en materias de amorio.

— Todos los seres nacen para amar y el amor es la base de nuestra existencia.

— El amor es toda la existencia de la mujer; pero en la vida del hombre no es mas que un episodio.

— Consenido en que el horizonte del porvenir es en nosotras muy limitado y todas nuestras aspiraciones se reducen, jeneralmente hablando, a amar y ser amadas de un hombre que en los saivvenos del mundo nos proteja y labre nuestra dicha, mientras que ese mismo horizonte es para el ilimitado y toda vez que el amor se presenta en el es como una luz fantorica que bruxa, una chispa electrica que los estremeca, despierta y escita, acaso, a pensamien-

los mas elevados y de diversa índole; esto no contradice, empero, mi doctrina; puesto que, episodio, o no, en 44. y existencia toda en nosotras el amor, si nombre merece de verdadero amor, tan intenso e impetuoso sera el primero como el segundo.

Las palabras de esta mujer caian sobre el corazon de Bismar y le abrasaban; de modo que, cambiando de posicion a cada instante y siendo que madama de Gavela se les acercaba, puso fin a aquel dialogo, diciendo:

— He aqui a la guardadora de si, Florita, que como nosotros sale sin duda a ser tambien la jente que viene de la feria.

Y madama de Gavela, con su vestido de habitito color castaña, su pañuelo negro a los hombros y su gorra de igual color, orlada de fino encaje, salio con efecto al balcon

y, apoyada contra el barandal a la de
recha de Flora, entablaron luego nue
sa conversacion los tres durante un
rato, pasado el qual, dejó Práximor el
balcon y marchó a reunirse en la sala
meda con algunos amigos que allí pa
seaban y en cuya compañía estuvo
hasta el anochecer, volviendo mas tar
de a casa al lado de Flora y mada
ma de Garrela, con las cuales encun
tró a tres ó cuatro jóvenes tertulios
de madama, entre ellos el abogado
del gabinete contiguo a la sala de esta
y el estudiante Anisio, de quien
oportunamente nos ocuparemos
y al que Práximor saludó entonces
por segunda vez.

IX.

La mañana del día dos florina

terriblemente y Brianor apenas pudo salir de casa; era cuá, empero, algunos asuntos y, sabedor de que en el Liceo había baile, pidió para el billete que se fue entregado por la tarde, a tiempo que con Flora se hallaba en la sala de matama de Gasela. Flora estaba en aquel día de buen humor y, empezando a contar con su un tanto clara, contó la Jaca de Terriope-
lo y acompañó a Brianor una canción erótica, recién aprendida por el mismo, cuya primera estrofa decía así:

“Una noche en la montaña
el Dios ciego se perdió
y, llorando en mi cabaña,
un axilo me pidió.
Hermoso era el niño;
Soliente su suu;
lloraba y abríle
y entróse «elou.”

Música sentimental la de esta

comienzo, contábalas Bismor con ton bre
na voz, al decir de Flora, con tal
dulzura y melancólica languidez, que
ambieron de repetirla.

Pecó luego Bismor algunos ser
vos compuestos allá cuando estudiante,
versos que dieron pie á Flora para
exijirle una composicion que queria
en su poder antes de que aquel mar
chase.

— Marcho paradomeñana, Florita,
y siento no poder ser gusto á s. Ha
ce mucho tiempo que no compongo
versos y hoy me seria absolutamente
imposible componerlos.

— ¿Porque, Bismor?

— Porque mis ideas todas se tras
forman entre s. Tendria, pues,
para componer, que esperar á ratos
de algun sosiego, á verme en mi
pais, donde, colocada poco á poco
cada idea en su lugar, quiza la au
sencia rimiese á repetir las de algu

na poesia.

— Creó que esas son susculpas, bía
mor.

— No, Florita, no; y aun así y
todo, temo que mi mimen no sea
bastante rico en imágenes para con-
tar al Sr., por mas deseos que tenga
de contarla.

Lo cierto es que ningun verso
la compuso, siendo el motivo, acaso,
la imposibilidad o dificultad que
hay en describir y contar aquello
que, por su belleza o gran mérito,
sija mas nuestra atención; la pre-
sencia o recuerdo de cuya belleza
o mérito no nos permite sino una
admiración muda que solo a muy
raros y privilegiados talentos es ca-
do manifestar de otra suerte a la
altura del objeto mismo que se ad-
mira. "El silencio, escribe Mr. de
Lamartine, es el lenguaje del hom-
bre cuando lo que siente excede a la

ordinaria intensidad de sus impresiones.

Llegada la noche, Brianor fué á que un peluquero le peinara y rizará el pelo, á fin de asistir al baile. El peluquero tenía en su casa *Xeorama*, abierto á la sazón para los curiosos, á quienes atraía música de un organillo que á Brianor melancolizaba y hacía pensar en Flora, mientras el peluquero, llevando á la lumbre unos rizadosos medio frios y cojiendo de ella otros mas calientes, ejercia su perfumada industria y hablaba á Brianor de *Anna*, *Inkerman*, *Sebastopol* y otras vistas de batallas en la guerra ultima con el ruso; vistas recién traídas al *Xeorama*, de que era dueño.

Vuelto Brianor á casa, vistose para el baile; tomó chocolate y, subiendo incontinenti á la sala de madama de Garcla, con el sombrero y guantes en la mano,

— Permítame si, Florita, dijo a' esta; permítame si la dé el trabajo de abrocharme estos guantes.

— Con mucho gusto, Bismar. Siene si hecho todo un dandy; ¿A que hora empieza el baile?

— Dicen que a las once.

— Son las diez; ¿Marcha si ahora?

— Cuando Florita quiera.

— Es decir que aún quedará si algún media hora.

— Poco tiempo me conceda si.

Y los guantes abrochados,

— Gracias, Florita, dijo: estaré hasta las once; ¿Place a si, madama de Gavela?, añadió, dirigiéndose tambien a' esta y sentándose.

— Consenido y nos place, respondieron a la vez Flora y madama de Gavela.

Bismar, pues, al dar las once, dejó su asiento y se despidió de una y otra hasta el inmediato día. No

las dejó, empero, solas, que allí que
Subem con el capitán Narceño
y Anisio y allí dijo Flora a Bicia
mor, al tiempo de marchar,

— Espero, Bicomor, no se olvidará
4. de bailar por mí una Polkita.

Mas Bicomor pasó la mayor parte
de la noche en conversacion con
Carolina y en mamá y solo dijo
algunas sueltas de vals con dos
ó tres parejas que le concedieron
los caballeros con quienes estaban
en baile.

El día tres comió fuera de casa
Bicomor. Fuso la tarde con Florita
y madama de Gasela; la noche,
en el teatro, con motivo de un con-
cierto, y terminó el cuartito por la
mañana sus asuntos. Pidió a las
once de comer y, estando a la mesa
y la puerta del comedor abierta,
atravesó Flora con una toalla
al brazo y una copa de agua en

Las manos; miró hacia el comedor y, siendo solo allí al hijo del señor de Pismenarieta, excusósele; puso en una silla la copa; lavóse luego las manos; enjugóselas seguidamente con la toalla y, hablando con Bicanor mientras este comía, preguntóle con la mayor sencillez al parecer:

— ¿Eolverémos a vernos luego, Bicanor?

— Si marcha & pronto a la Coruña, tal vez que no, Florita.

— Unos quince días será lo que aún me detenga aquí; pero me escribirá & al menos, Bicanor; no escribirá & ¿sí?

— Una carta puede extravíarse y.....

— Eso no es fácil, habiendo con tela, Bicanor.

Bicanor quedó entonces pensativo y no supo al pronto que responder. Hablaba casi maquinalmente y

Las palabras ultimas de Flora ponian
le al borde de un abismo de que has-
ta alli habia tenido con mas o me-
nos prudencia, mas o menos espon-
taneidad. Reprimio cuanto le fue
posible su corazon y, ocultando a
Flora la espina que en el llevaba,
contestola despues de un rato.

— Escribiré a H.; si, lo escribiré,
porque es imposible ya que yo olvi-
de a H.

— Escribame H., pues, y acértese
se H. de mi; pero mucho, mucho,
Bismar.

Dichas estas palabras, una y
otro salieron del comedor. Aquella
corrió a la sala y este a ponerse en
traje de camino; hecho lo cual, su-
bió a despedirse de madama de
Garsela. Estrechó entre las suyas,
como la primera vez, la mano de
Florita y, saliendo por la calle apia
hasta fuera de la ciudad, vio co-

mo la primera vez tambien, a Flora
que le seguia con los ojos desde el
balcon; enriandole un saludo con la
cabeza y con la mano, saludo a que
Bicmor correspondio con otro igual.

X.

En Pisuñarista Bicmor antes
que los rayos solares de la tarde
traspusieron las empinadas cum-
bres de los vecinos montes; restitui-
do otra vez al seno de su familia,
halló allí la un dia consiada carta
de Flora y, aunque nada nuevo o
suponia añábase a lo que en los
tres y medio ultimos habia oido de
boca de la misma, resgo al pun-
to la obla y, desdoblando elegantí-
simo papel, que cubria un sobre,

leyó en caracteres traxados con fa-
cilidad, soltura y gracia lo siguien-
te, poco mas ó menos.

“Santiago y abril 30 de 1856”

“Amigo mio: No queriendo se-
morar un instante mi contestacion
a la que de la Coruña acabo de reci-
bir y q. se sirvió dirigirme a aquel
punto, diré a q. que, lejos de espe-
rimentar mejoría en mi salud des-
pues de nuestra entrevista ultima,
sentí en ella bastante deterioro, ra-
zon por la cual mamá, aconseja-
da de los médicos, tubo de retirar-
se sola, dejándome unos cuantos
días mas aqui, encomendada al
cuidado y bajo la proteccion de ma-
dama de Gavela, a quien ya q. co-
noce”

“Soy gracias a q., inolvida-
ble decir, por el interés que se

toma en el alivio de mis padecimien-
tos y espero que, siendo la Ascen-
sion mañana, vendrá á ella, con
cuyo motivo nos veremos."

"Tengo, Bismar, hermosa pro-
vision de flores que gustará á tí,
y de las cuales alguna podría ofre-
cerle su muy atenta amiga

Flora."

Bismar dobló seguidamente el
papel; encerróle dentro del sobre
mismo que traía y guardó todo en
su pupitre hasta el otro día que,
volviendo á desdoblarle, leyó de nue-
vo su contenido, pero con mas cal-
ma que la primera vez, fijándose
á cada instante, pesando cada
palabra y apurando todo su valor.

¿Sería que le encantasen la dul-
zura y sencillez del estilo de esta
carta, dulzura y sencillez dadas uni-
camente á la mujer? ¿Serian la

elegancia del papel, la belleza de los caracteres y la uniformidad en la distribución de las líneas? - Nada de eso - Era que, cuando una mujer que vida nos escribe, sentimos que sus cartas no nos digan más de lo que naturalmente dicen; no nos revelen todo el interior, todo el corazón de esa mujer al tiempo de escribir, tanto que, no satisfechos con una primera lectura de cuento, tal vez con lágrimas en los ojos, nos ha escrito, leemos y volvemos a leer sus renglones, creyendo descubrir en ellos lo que buscáramos y que nunca, o casi nunca, se consigue, como nunca, o casi nunca, tampoco llega a realizar cumplidamente el hombre aquello que en la vida más ambicionó.

Flora, empero, no era, que vida de bienor, según la acepción que el vulgo da á esta palabra.

Tomás la hizo una declaración: jamás
la dijo que la amaba. Amarla, para
dejarla engañada luego: amarla, pa-
ra abreviar sus días, labrando su des-
gracia, la del hombre que se uniese
a ella y hasta la de inocentes seres: ins-
pirar la ilusiones y esperanzas que no
debiam realizarse nunca, era, como
atrás dijimos un delirio, un delirio
de que Biamor, si fuer de honrado
y caballero, no queria hacerse respon-
sable; un delirio que ha mirado con
horror tan pronto se penetró del mal
estado de salud de Flora, desde el día
siguiente a la noche en que por pri-
mera vez la habló. Queríala y com-
padecía, ya lo dijimos también,
como se quiere y compadece a una
persona simpática que sufre; mas
que un amigo a otro amigo; menos
que un amante a su querida. Por
eso Biamor, tratándola a veces como se
trata a una niña, mimábala con

solicita ternura y delicado estudio, lo mismo que madama de Gaxela, quien, hablando cierta noche con Bianor acerca de Florita, dijole no sin emoción:

— Dócil como si la sé hay, sin embargo, que complacerla en todo, proporcionarla siempre impresiones tranquilas y agradables; porque, mas o menos tarde, el fin visto está ya, amigo mío. Los médicos así lo auguran.

— Lo sé, señora, lo sé, contestó Bianor, y tanto me contrista esto, que miro a Flora e imposible me parece haya de ser la muerte quien tan temprano y a deshora marchite y reduzca a nada las gracias y la belleza con que la Providencia enriqueció a esa criatura.

— Como ha de ser!, repuso madama de Gaxela. De nada somos dueños y Dios, que lo concede todo, da y quita a cada uno lo que mejor place a su sabia e inescrutabile so-

luntad.

— Asi es, señora; pero Dios querrá que Florida, tratada convenientemente, llevada tal vez al campo, á un país alegre, delicioso y lejos de la mar; Dios querrá, repito, viva muchos años todavía.

— Ojalá suceda así, pero mucho lo dificulto. Dias atrás experimentó una recia convulsion que la duró cinco horas; llevada una apacible tarde á dar dos vueltas por la alameda y, tornada á casa, sintió ya mareos de cabeza. Su sueño es, además, muy intranquilo de noche; luego cierta especie de carraspera, unas tos bronca de cuando en cuando y hasta ese continuo empañamiento de la voz.....

— Créo lo de menos eso último: lo peor, señora, lo terrible y que mas compasion inspira es la tisis en la laringe.

— ¿Tambien eso sabe v.?

— Un amigo mio, á quien la ma-
ma de Flora consultó, Mr. de la Gil-
mene, me lo ha manifestado y tembló,
señora, al verle explicar lo funestas
que son sus resultados siempre que
esta enfermedad llega á presentarse:
ella no existe aun, segun ese
amigo mismo me informo, ni se pre-
sente, acaso, habiendo recibido el
cuidado, un regimen esmeradísimo y
permaneciendo soltera Flora. Por
eso digo que, tratada consue-
nientemente, Dios querrá viva aun bas-
tantes años. Flora, por otra par-
te, parece estar resignada con sus
dolencias y, habiéndose visto ya, se-
gun dice, mucho mas mal de lo que
hoy se vé, tiene esperanzas gran-
des de sanar y fia mucho en la Pro-
videncia, señora.

— Eso sí. Es muy buena y yo la
estimo como á una hija. Deseo,

empero, que cuanto antes se ponga
en marcha y se la lleve; pues yo,
amigo mio, soy ya una vieja; ten-
go tambien mis males y estas co-
sas me afectan demasiado.

Bianor mudó al punto de con-
versacion y madama de Garvela,
que con su protegida habia ma-
te en un principio al hijo del
señor de Pisneñavista, debió com-
prender entonces el jénero de cari-
ño que este profesaba a aquella.

¿Comprenderialo Flora tam-
bien asi? Ah! Figúrate si no
lo comprendia, o no pensaba en
comprenderlo, por desgracia. Flora
queria amar y ser esposa. La vi-
da sin ternura y amor es un ro-
saje seco, chillon e' insufrible; dice
Victor-Hugo. Quería amar. ama-
ba ya a Bianor: no lo ignoraba
este, ni fingia Flora; que, si una
amistad puede fingirse, no puede

finjirse ni ocultarse, no, un amor, si
quiera, como las plantas, langui-
desca y muera faltoso de alimento.

En mejores circunstancias, Bia-
nor alimentara perdidamente ena-
morado el amor de la joven y linda
Flora; mas entonces, atendido el es-
tado de su salud, no podia, no se-
bia alimentarle y menos darle pa-
bulo.

¿Comprenderia esto mismo tam-
bien Flora? Figúrasenos tampoco
lo comprendia. Creemos, empero,
y poder aseverar que, siendo ella que
su amor no hallaba en Bianoer cor-
respondencia, un amor igual al su-
yo, hubiásele comprendido una se-
gunda carta procedente de Biana-
rística, no seguramente la que
esperaba Flora, pero si la que Bia-
nor debia dirigirla y la que en su
interior habia pensado, cuando en
la entrevista ultima del comedor

la ofreció escribirle; carta que al fin vino a persuadirle de que en realidad Biamor no era su amante.

Sentimos no poseer integral esa segunda carta, escrita con lágrimas por Biamor, sacrificando su coronación, y de la cual solo un trozo se conservó; único que de ella pudimos recoger, helo ahí.

"Pisueñavista y mayo del 356"

"Vuelto a esta su casa, recibí, Florita, la muy ansiosa, elegante y fina carta de E., a través de la cual descubrí su hermoso corazón y el inmerecido aprecio que E. se sirve dispensarme. No lo olvidaré jamás, Florita, no; porque, si común es ver en todas partes un amor mas o menos intenso, mas o menos verdadero,

es muy rara en cambio una verdadera amistad, son preciosos del cielo despreciado y en el mundo por desgracia profanado. Sincera y verdadera será supongo, Florita, la de ti: sincera y verdadera es la mía; y una y otra serán predilectas, además, como hijas enteramente del acaso y espontáneas tanto como generosas."

Un tempano de hielo, caído sobre el corazón, fueron sin duda para Flora las palabras últimas de este fragmento, o trozo, y ellas debieron causarle muy grande eco, pues nunca a esta segunda corta contestó; resultado natural del pensamiento acudido en hora crítica y llevado a cabo por Bismarck; resultado de un pensamiento que hería a Flora en lo más vivo, sin permitirle ya reconocer en Bismarck más que un objeto odioso, o indiferente cuando menos, a

sus ojos. Nunca, ó rara vez, una mu-
jer queda siendo amiga del hombre
á quien amó; si á ese hombre ha te-
nido que renunciar, por que no la cor-
respondía, ó no podía corresponderla
con su amor. El vacío que en su co-
razón deja entonces el mismo amor,
á que se renuncia, jamas puede lle-
varlo la amistad del hombre un día
amado.

XI.

Paseando en su cuarto á solas
cierta tarde de invierno, consoleciente
todavía de un ataque de cabeza, ori-
ginado á nuestro ser de secretas ca-
vilaciones sobre el paso recién dado
cerca de Flora, esperaba á que de
Santiago volviera Onofre, y esperaba.

le con impaciencia, observando á cada instante desde una de las ventanas de Pisueñavista el camino por donde debia venir. Viole asomar, por fin, y, entrado Onofre al momento, puso en manos de su joven como una carta de madama de Gaxela, juntamente con un libro.

Era este una de las obras de Mr. Alfonso de Lamartine, la última novela Rafael, que madama y Flora habian pedido á Biamor, para leer, cuando el primero de abril tornaba á Pisueñavista, y le devolvian; reduciéndose la carta á manifestar madama su sentimiento por la indisposicion de Biamor, que Onofre la contaria, y á referirle como Flora estuviera tambien indispueta de la cabeza algunos dias. Nada, empero, habia en esta carta de halagueño para Biamor: ni una palabra

de Flora, ni una sola galubria suya
de cariño, ni un solo recuerdo de
amistad, siquiera fuese comunica-
do por la misma madonna de Ga-
vela.

¿Seria acaso que ya no pudiese
se escribir la joven? ¿Que las do-
lencias no la permitieran acordar-
se de su Bicmor.....? Pero el capi-
tan Narcario escribia tambien a es-
te y decia, respecto a Flora, que
ella se hallaba contenta, al parecer,
y muy obsequiada.

¿Engañarian a Bicmor madama
de Gavela y el capitán? Ni
la una ni el otro le engañaban. Flo-
ra, padeciendo a la continua mas ó
menos, siquiera no guardase cama,
empeñaba a ser amada por Amiso,
de quien tenia celo el capitán. Este
no la inspiraba simpatias. Amiso
era simpático y correspondido. Aquel,
como siempre balabron, desahogábase

citando a Bicmor dos o tres jóvenes por
sílas de amor por él. Este, mas re-
servado y menos independiente, vivía
a su memoria, haciendose lugar en
el corazón de Flora, a quien visita-
ba dos veces cada día. El uno repre-
sentaba, quizá, un papel ridiculo:
el otro apretaba poco a poco los do-
rados eslabones de una cadena impo-
sible de aflojar o romper despues,
sin venio del que la arrastra.

Flora, pues, estaba aún en tan-
tiago y las cartas de mercedina de
Garcela y del capitán consueñan a
Bicmor de que él era, con efecto, un
objeto odioso, o indiferente cuandome-
nos, a los ojos de la bella coruñesa.

Bicmor quiso, empero, conven-
irse por si mismo. El orgullo y amor
propio se lo aconsejaban y el orgullo
y amor propio le decían viese de
nuevo a Flora y la hablase, que
ella sería para con él una ser-

Sadeta amiga, por mas que no pu-
diese ser su amada. Mas aqui el
orgullo y amor propio, sino entera-
mente, engañaron en parte y por
el pronto a Bicmor.

Corrió el veinte y dos de ma-
yo a Santiago, tercera vez a casa
de D.^a Gliceria y, apeado a tiem-
po que el capitán Nacarrio en el
alfeizor de su ventana hablaba
con un amigo, que lo era igual-
mente de Bicmor,

— ¡Caballeros!, dijo este desde
la calle.

El capitán y el amigo se sor-
prendieron; mas luego el primero
se rio, preguntando el segundo des-
de la ventana

— ¿Cuándo ha llegado v.?

— Ahora me he apeado.

— ¡Diablo!, esclama el capi-
tan. Son las ocho de la mañana
y acabo de levantarme.

— Y, sin correr mucho, acabo yo de andar tres leguas a caballo, contestó Bismor.

— Suba &, dijeron el amigo y el capitán.

Subió Bismor y, siéndole Marina desde la escalera,

— ¿Creciento ha madrugado &, señor...! exclamó a su vez, preguntando luego

— ¿Y sabe la señorita que ha venido &?

— No, ni se lo diga &, Marina.

— Si, señor, replicó la muchacha, voy a decirselo ahora mismo, cuando lo sepa.....!

Y se retiró corriendo.

Bismor pasó despues a la sala del capitán que vino a recibirle y abrazarle, juntamente con el amigo. Dentro ya de la sala y en conversacion los tres, una mujer asomó por la puerta.

Era D.^a Gliceria que, conida la cabera
con una montilla negra de tul y, si-
rijendose hacia Biumor, se ciale con es-
tudiada coquetaria y riendose.

— Amiguito, hoy si que para si no
hay en mi casa habitacion desocupada.

— ¿De seras, D.^a Gliceria?, pregun-
to Biumor — No puede ser.

— Si tal: tendra si que irse al
Sondador.

— Bueno: ire al Sondador, si si se
empeña.

— Vamos, que no querra si ir y ya
sabe que aqui hay sitio siempre don-
de albergarle: ¿Quiere si, D.^o Nava-
rio, que le alojemos en esta misma
habitacion?

— Por mi con mucho gusto, cortes-
to el capitán.

— Por mi tambien, añadio Bia-
mor.

— Aqui, pues, queda si instalado

y bien esuido, dijo, por ultimo, Da
Gliceria.

Fuese esta y, retirado a poco
a su estomacia el amigo de Pizarro y
del capitán: solos ya estos dos entera-
mente, dijo Nancario a Pizarro

— Hay moros en la costa, amigo
mío: tiene el vizcal.

— ; Vizcal! No entiendo.

— ; Florita! hombre.

— Está aún arriba: lo sé. ¿a que?

— Diga si y no me descubra. Ami-
sio no se aparta de su lado y heuy
cuchicheos entre los dos y miraditas
tiernas que se cambian y..... Obser-
ve si con disimulo y allí le serva si.
Desde las once de la mañana hasta
las tres, que va a comer, y desde las
seis de la tarde hasta las once o doce
de la noche que se retira a cenar.

— ; Tiene el celos, Nancario?

— Yo no; que no la obsequio y me
sobran chicas. Dos tengo justamente

en la actualidad y una de ellas la co-
noce &.

— ¿ Pues entonces ?

— Lo digo por &.

— ¿ Por mi, Narcario, ja, ja. Yo
no soy mas que un amigo de Florita,
ya lo sabe &, un amigo que sien-
te sus desgracias, tanto mas sensi-
bles, cuanto que ellas pesen sobre
una mujer muy joven y lindisima.

— ¿ Como, ennumerado y con ri-
scal !

— ¡ Capitán ! Pepito a & que
no soy de Flora mas que un ami-
go; y así de nadie, ni de nada ten-
go por que estar celoso. Comprendo,
y & comprende como yo, que hoy
Flora no debe amar; pero, si ama,
si es su estrella que ame, no será
yo quien lo impida, ni el risal
del hombre a quien compare con sus
gracias. Pienso, capitán, que ellas
traen algo intranquilo a & y que

hay mas de envidia y celos que de caridad en lo que me cuenta. Espejo del alma son los ojos, Narcario, y en los de él mas de una vez he reparado decidida aficion a Flora.

Una interjeccion militar fue la respuesta del capitán a las palabras ultimas de Bricmor y luego oíó sí

— Le digo a él que me sobran chiacas y que en la actualidad me hallo con las, a cual mejor.

— Dichoso él, Narcario, si las encuentra a pares, como presume, repuso Bricmor, dando fin a este diálogo y aliñándose para presentarse a madama de Gasela y a Florita.

XIII.

Arasio era un muchacho imberbe

de veinte a veinte y dos años, estatura
mas bien corta que elevada; buen color;
rostro adelgazado; mirada investigadora
y tambien altiva; un muchacho que en
la época a que nos referimos termina
ba en Santiago los estudios de jurisperu
denencia.

Joven aprovechado, de talentos y
excelente fondo, al parecer, bien que al
go pagado de si mismo, sentia co
mo si dijéramos placer en escuchar
se, cuando hablaba; lo cual, unido
a una educacion no muy escogida, que
revelaban sus maneras un tanto rui
ticas, a la vez que libres, haciale
mas de una vez empalagoso, sobre
todo siempre que, defendiendo con
calor una proposicion dada, esfor
zaba su ingrata voz, llena de ga
llego acento. El orguio, empero,
sin empacho contra cualquiera,
si la ocasion se presentaba y, san
do a su fisonomia cierto aire de im-

portancia, hablaba de moral, de filosofía, de todo, en una palabra; pero especialmente de historia, sin economizar citas de autores.

Presentado a madama de Gavela y a Florita por el capitán Navarro durante la primera ausencia de Bicnor, fue en breve un amigo de las primeras, tanto que, visitándolas diariamente por la mañana y por la noche, llegó a hacer un hábito, una imperiosa necesidad estas dos visitas. Por eso Anisio estaba en la sala de madama de Gavela las noches de la Asension y del baile en el Liceo; noches en que ya Bicnor empezó a penetrar las miras del joven estudiante, respecto a Flora, y a explicarse el porqué, colocado siempre al lado suyo en la sala de madama, discutía desde allí, cual pudiera haberlo en cátedra al lado de sus con-

Discipulos. Florita tomaba parte
en alguna de estas discusiones: Anisio
la escitaba y Florita, encantado-
ra siempre, encantaba, si miraba,
encantaba, si veía; y encantaba,
si parlaba. ¿Que mucho encan-
tase, pues, de alguna manera al
escuchar?

Se hallabase de amores una ma-
ñana y Anisio, sentado como de cos-
tumbre al lado de Flora, sostenia que
todo hombre de cierta filosofía era
sueño de enamorarse, ó no, segun
quisiese; y que él, llegado el caso
de enamorarse, jamas se enamo-
raria á ciegos, ni dejaria arras-
trar por encantos de una belleza,
sin examinarlos antes á la luz de
la filosofía.

Ninguno de la sala de una
sala de Gaveta convino en seme-
jante teoría y Biemor, que allí
se hallaba á la sazón, mirando al

ternativamente a Flora y al filósofo.
-lejista, dijo con intencion marcada
y riendose, pero con la mayor mesu-
ra: "Dudo mucho sienta s. en su
interior eso mismo que sostiene; mas,
sea, o no, asi, yo rechazo la doctrina
que acaba s. de presentarnos y sos-
tengo que para el amor, para el
verdadero amor, no hay calculos, ni
filosofias. Sentimiento intimo del
corazon, el amor nace y se despierta
en la criatura cuando menos lo
imagina y hallase esta muchas ve-
ces, o casi siempre, enamorada,
sin saber como, ni por que. Na-
die es dueño de si mismo en este
punto, ni puede enromecerse de
que solo cuando quiera enamo-
rarse se enamorara. Ay ay del
dia en que una mujer hermosa,
una mujer llena de atractivos to-
me a un hombre de su cuenta
y se proponga enamorarle, hacer.

le caer en la red de su amor! Ese hombre entonces caerá: el mas filósofo entonces quemará incienso, mil delicados perfumes en el altar de esa mujer. ¡ Ay del día, Anisio, en que una joven, Flora por ejemplo, se empeñe en hacer caer a él! él caerá sin remedio en su red y él mismo entonces ni pretenderá, ni querrá salir de allí. Él no sabe, o finje no saber aún lo que es el amor. El amor es un tirano; es un mendigo que pide limosna a grandes voces y roba, si no se le da. ”

Anisio calló y no se atrevió a seguir en la defensa de su proposición. Pero los presajios de Bia por se han cumplido, sin que tardase un mes en ser al joven filósofo perdidamente enamorado de la bella coruñesa.

XIII.

Libre Bicmor del traje y polvo del camino, subia á presentarse á madama de Garsela y á Florita. Pero á aquella hablando con D.^a Gliceria en la cima de la escalera: sa cubola cortesmente: alargaronse en trambos sus serachas y, preguntaron sola Bicmor por Flora, á quien veia el mismo sentada junto á la silla que daba paso al balcon, — Florita, dijo madama de Garsela, estuvo dias atrás bastante mal; hoy está mejor; y, pues la veis desde aqui, segun observo, pase si adentro que allá salgo al instante.

Pasó adentro Bicmor. Flora, en traje de moniema, cosia al corpiño de su vestido de hábito unas ballenas y Bicmor, acercandose la, dijo:

— Acabo de alargar, Florita, mi
derecha a' madama de Gaxela: aho-
ra me toca alargar a' él la izquier-
da; la izquierda, si, Flora, porrá
él.

Y, alargándosela, en efecto, ella
alargó, no obstante, su derecha a'
Bicmor y saludóle, sin alzar ape-
nas los ojos del corpiño en que cosía,
con una frialdad que asesinaba.

— Madama de Gaxela, prosiguió
luego Bicmor, túso la amabilidad
de escribirme. ¿ni siquiera se acor-
dó de mí? ¿qué pecado, Flora, qué
pecado pudo haber cometido yo pa-
ra que así me trate él? ¿o no soy
acaso ya el mismo que era ayer?

— Eso, Bicmor, lo sabrá él; con-
testó Flora después de un breve
rato de silencio.

— Es decir, repuso Bicmor, que
soy culpable? ¿es decir, Florita, que
he perdido ya la confianza toda de

— El bien ó mal que resulte, segun
 él se porte, será porra él solo, Biana
 nor; y yo ningun derecho tengo á
 pedirle cuenta de su conducta. él
 se queja, al parecer, de mi y no se
 porqué. Cierro que no contesté
 su segunda carta: atribuyalo él
 á mis dolencias y no á otra causa;
 pues quien contestó á él la pri
 mera sea contestara tambien
 la segunda, si pudiera. Estuvo
 muchos dias mala, Biamor; y he
 ahí el motivo de no haber escrito
 á él.

Biamor sufría terriblemente:
 sabia que su segunda carta era
 el origen de aquel cambio de situa
 cion y que con solo una palabra
 que pronunciase todo se allana
 ba; Sisipandose hasta la sombría
 nube que pesaba sobre el corazón
 de Flora; pero esa palabra era

tambien la muerte y Bismar no podia,
ni debia pronunciarla, significara pro-
nunciandola consolase momentaneamente
a Flora y fuese el mismo para es-
ta lo que en un principio, mas aun
que en un principio.

— Las Dolencias, Florita, dijo se-
guidamente y con ironia Bismar, qui-
tan todo gusto. Y estubo enferma bas-
tantes dias y claro es que mi humor
ni gusto tendria para escribir, signie-
ra y mirara, a distraerla a ratos per-
sonas amigas, de cuya grata conver-
sacion no era facil ni podia pres-
cindir. Yo tambien estube enfer-
mo y, aunque madama de Garsela,
a quien nunca he escrito, se acordó
de mi y de mi salud, Flora de nada
se acordó. Ah! Cuán diferente y
terribada de los primeros dias en
que conocí a 'A.....'

— Soy la misma. Y vive en un
error y i que he de hacerle yo? La cul

pa en todo caso, Bismor, sera de 4.

— Bismor, Florita, no cubriga errores en este punto: tiene en cada ojo un telescopio y se muy claro, por mas que 4. intente convencerle de otra cosa.

Bismor, el predilecto amigo, creia haber tener derecho a que con él fuese 4. me no reservada. Bismor, si, que, acordandose incesantemente de Florita, se corbo tambien haberla oido decir un dia "soy loca por las flores" y cojió el mismo y trajo de su jardin de Blumenarista gracioso ramillete que no ofendera ya, no, a la que como 4. trata de hacerle ver lo contrario de lo que existe y el mismo se.

— Con que para mi cojió y trajo 4. flores de su jardin, Bismor.?

— Por mi mano cojilas para 4. ayer y hoy..... hoy las destruire, para que no caigan en alguna tal ven profana.

— Quiero esas flores, Bismor. Don

de los tiernos &c.

— En esta casa no; pero si bastante cerca.

— Quiero esas flores, repito. Traigá melon &, Biemor.

— No, Florita, no. ¿Quieres & acaso tener el gusto de ser melon destruido?

— ¿Será & capar? No lo horra &. Esas flores no le pertenecen ya: son mías, pues que cogidas fueron para mí. Las reclamo y quiero me los presente & ahora, ahora mismo, Biemor.

— ¿Dónde, pues que una mujer lo exige, dijo finalmente este.

Se salvó al punto en busca del ramillete bajo a guardar a Onofre, al cual riñó su amo por haber dejado caer de él una linda rosa de Alejandria con que terminaba.

El hijole Biemor escondido se bajo de su talma azul y triste y pensativo entrególe con desden a Flo-

ra que, dejando instantaneamente la
costura, corrió a sentarse en el suelo
al pie de la consola, donde en dife-
rentes vasos y jarras perfumaban
ya la habitación muchas otras flores.

Alojó luego con cuidado el en-
debe hilo que las apretaba y, sacan-
do del ramillete una a una cada flor,
afateábala y depositaba en la esten-
sida falda de su vestido, mientras
bailaba, en pie, estático y mudo a
ratos cunta la joven y a ratos incli-
nándose, para alcanzar de la falda
alguna flor y destruirla, sentía de cuan-
do en cuando en su mano la de flo-
rita que graciosamente le pegaba
y tenía. Así era que a cada instan-
te tendía la vista por la falda de
su vestido y cogía y afateaba de
nuevo, ya las clavelinas y albasas,
ya las rosas y jasmínes, ya los
doble encarnados albos que la
entusiasaban y enseñaban a ma-

Señora de Gasela.

Esta dispuso luego un vaso grande con agua. Flora empezó a colocar en él las recién llegadas flores, mientras madama, pasando a la vecina alcoba, iba a hacerse su toilette, y Dionor, leyendo las páginas de una comedia que halló a mano, sentóse en una silla baja frente a Flora.

Así las cosas; "¿Saisana!" Die de repente a la puerta de la sala una voz seguida de dos golpecillos. "¿Abelante", respondió Flora, continuando en su distracción. Dionor alzó la cabeza y el capitán Stracchino era quien aparecía entonces en la sala.

Solia anunciarse casi siempre de este modo a madama de Gasela; pero madama, o no oyó, o no quiso responder en esta ocasión y el capitán dijo, poniendo en una silla su sombrero,

— Florita, a los pies de S. V. ¿Que

tal se descomiso?

— Bien, Narcario, desde que me
acosté, contestó Flora.

Breve y seca por somnas debió
parecer y pareció al capitán la con-
testacion que acababa de recibir, pues-
to que, sin sentarse aún, tomó al
punto el sombrero y se retiró, salu-
dando a la joven que terminaba el
correglo de las meras flores.

Madama de Gavela termina-
ba también su toilette e, ido el ca-
pitán, salió inmediatamente de la
alcoba. Florita se alzó del suelo, ayu-
dada de Diamor, que le dio la ma-
no, y este, estrañando a su vez la
respuesta de aquella al capitán, no
menos que la súbita despedida
del mismo.

— Expliquenme ese misterio,
dijo a las dos señoras.

— Narcario, contestó madama
de Gavela, apesar de ser sordo.

y no obstante sus encarecimientos y tanto,
está perdidamente enamorado de
esta niña y, viendo que ella no le
corresponde, tiene celos de otro jo-
ven que entra aquí y él mismo
nos presentó.

— Damos, se Anisio, interrumpió Bicanor.

— Ese mismo, continuó madama
de Gasela, y sepa V., con el señor Flo-
rinda, que hizo y hace esfuerzos ba-
jos e insensibles por desacreditar-
le y alejarle de esta sala después
de habersele en un principio
presentado y recomendado.

— Pero no es eso todo, repuso
madama de Gasela: cuéntale lo
más salado; pues yo voy a salir
y no tendría, además, bastante
gracia para contarle: cuéntale
lo del viaje a la Coruña y lo de
la indisposición fingida.

— Dígamos, pues, dijo Bicanor.

— A otra hora, Maruja, replicó Florita. Ahora quiero hacer también mi toilette.

Madama de Gasela ciñose una mantilla y, sin la menor descunpencia respecto de Bianor, salió apresada, dejando a este solo con su protegida.

Flora, de pie ante el tocador, empezó a soltar las sedosas madejas de su cabello y, a la vez que introducía entre ellas el delicado peine, tarareaba el siguiente vulgar refrán: "El que canta, sus males espanta y quien lleva los annenta", con una voz, tan dulce, melodiosa y casi clara, que Bianor la dijo, tirando en una silla la comedia que en la mano aún tenía:

— Bien, Florita, bien: celebra los progresos de esa voz.

Ella no hizo caso, al parecer, repitió su canto, y volvió luego

la cabeza y, empujando el peine en una mano y apartando con la otra su cabello hacia atrás, habló a Bismar en estos términos:

— Las palabras de él, Bismar, al entrar hoy en esta sala, me cansan demasiado y no sé que haría a él, si a llevarme fuera de mi jenio: tengo que callar, pero sufrí mucho y oí muchas cosas en estos días.....

La vista de ese capitán me es repugnante. Descríbeme él de él, Bismar; de él que, por alejar de aquí a Anisio, quiso hacerle creer era él amante mío y que contra él mismo, a trueque de alejar a todos y conseguir sin intento, insentoría luego cualquiera cosa, si de él tuviese celos, por que en realidad me amase. Pero Navarro se equivoca, Bismar, y de mí nada conseguirá.

— No me caso con el capitán,

Florita, repuso Bismar: conozco su carácter presuntuoso y, llamado amigo mio desde cuando a' esta casa vino &, nada por hoy tengo que confiarle y, si algo él me confía a' mi, ningún efecto hacen en mi corazón sus confianzas baladronas. Amo, por otra parte, mi dignidad y ella mi desconfianza a' chismes, ni permite se abuse del nombre de Bismar. Este &, pues, segura, Florita, se que no se abarata!

Confidencias de amistad entre Flora y Bismar significaron a estas palabras hasta que, vuelta ya de afuera madama de Garvela, se retiró a' poco Bismar; confidencias en las cuales, si Flora comprendió a' Bismar, este comprendió también a' aquella, mas aún se lo que quisiera; pues comprendió hasta donde podía llegar una mujer de su despejo, llena de

pasiones vivas, aunque enferma, y
Sucha en materias de amorio; habili-
dad que veultaba con natural, o'es-
tudiadísima, sencilla en el decir.

El capitán, Bianor y otros
huespedes del masculino sepo comie-
ron juntos aquel día, como otras ve-
ces. Terminada la comida, los hues-
pedes se levantaron: el capitán
se levantó también y, llamando apas-
te a' Bianor, preguntóle con in-
terés.

— ¿No va a' ahora a' ver a' la
Saisama?

— Hace poco que sali de allí y
ella y Florita estarán comiendo abo-
ra, dijo Bianor.

— Eso ¿que le hace?, repuso el
capitán. Yo fumo allí todos los días
un cigarro a' esta misma hora. Hoy
lo fumaré en mi cuarto.

— ¿Porque, capitán?

— Ya vio a' el recibimiento que

tuviera esta manana.

— Aprension de E., Nicasario.

— No: soy demasiado orgulloso y no me humillare en ir ahora. Breve ciso antes alguna satisfaccion de esas señoras. ¿Hablabas E., acaso, algo de la conversacion que tuvimos los dos abajo?

— No, por cierto; ni una sola palabra.

— Pues lo temia.

— Venmos; olvide E. eso que nada vale; pasemos los dos adentro y fumaremos el cigarrito de sobre mesa.

— Soy orgulloso, repito, y no ire a esa sala hoy. E. se halla en otro caso y debe ir. Las señoras le harian tal vez a mal el que E. no fuese, estando en casa.

Pronunciadas que fueron estas palabras, el capitán bajo a su cuarto y Osorio entró en

En sala de las señoras a tiempo que
Macrina salia de servir los postres.
Acerio a la mesa una silla, sentose
y dijo luego a madama de Gavela
y a Florita.

— Nazario, señoras, resentido
con VV. por la acogida en tanto
busca de esta mañanana, no vie
ne aqui a fumar hoy el cigarro
de costumbre.

— Es mucho Nazario, interrump
pio' Flora.

— Necesita, VV., una satisfac
cion, continuo' Nazario, sonrien
do, y preciso es que VV. se la den
cumplida.

— Anoche, repuso madama de
Gavela, cenó con unas jvenes de
Caldas que estan en ese gabinete
contiguo y le traen fuera de ju
icio.

— Las mismas de quienes me
habló entusiasmado y con las cuales

Piensa ir al teatro esta noche, añadió
Bianor.

— Lo que Narciso mas siente,
en mi concepto, dijo seguidamente
madama de Gavela; lo que le tie-
ne resentido, lo que humilla su
orgullo y vanidad, es que sus mi-
radas y declamaciones no hallen
eco en el corazón de Flora.

Flora, al oír esto, veía
como una descosida e, imitan-
do el tono de voz y los ademanes
cómico-militares del capitán,
hacia reír tambien á madama
de Gavela y á Bianor que es-
clamó luego:

— ¡ Pobres amantes! ¿ como los
tratan así cuando no logran caer
en gracia...!

— Es, dijo Flora á su vez, es,
Bianor, que hay cosas ridicu-
las, cualquiera que sea la per-
sona que las ejecute. ¿ ahora

contaré a V. lo del viaje a la Coruña
y lo de la indisposición fingida. Na-
torio dice que me ama y preten-
de al mismo tiempo ejercer especie
de absoluto imperio sobre esta se-
ñora y sobre mí. Quiera que yo
no salga al balcón sino cuando
a él acurde, me mira con ma-
los ojos, si observa que hablo a
otro; y, si hay de noche jente en
la sala y ve que no puede hablar-
me a gusto, "Florita!", escla-
ma con énfasis, "a la cama"

Y Flora remedaba entonces
al capitán, poniéndose en pie me-
dio de costado, almequando la voz,
soblando el brazo izquierdo y se-
parando del cuerpo un poco el
codo.

— Una noche se me acercó
y con resuelto aire militar, co-
mo hombre que no se para
en barras, "Florita, dijo, es-

toy decidido: no hay remedio: me ca-
so y --- con él. Mañana mismo
tomo la diligencia para la Co-
ruña y allí me presentare' a
pedir la mano de él a su mamá.
Esta' él loco, Narcario, le contesté: :
cácese él con mamá, si gusta;
pues lo que es yo, ni pienso ca-
sarme ahora, ni estoy en dispo-
sición de hacerlo, ni mamá me
obligará a' ello, atendido el actual
estado de mi salud. ¿ No se él, Na-
rario, que estoy hecha una cata
plasma? " Eso sí que importa,
si es gusto mio casarme así con
él? " " Ah! no: calma, Narcario,
le repliqué. Desé mi salud y eso
pronto que hoy siente él pronto
se apagará. " Mas él, poco sa-
tisfecho, viendo no sacaba raja
por este lado, qued'óse en coma
la mañana siguiente; dijo
a' Maxima anunciase estaba

enfermo y dió hasta orden para que
un barbero viniera a sangrarle.

Sero, ni el barbero vino, ni fué pre-
ciso que viniera. Semejantes cosas,
Biomor, en un capitán, en un hom-
bre viudo y de alguna edad, lejos
de favorecer, desprestijian y ridicu-
lizan, tanto mas, cuanto sabemos
todos ya lo soluble que es Navarro.

Este, empero, no apareció
en la sala de madama de Gasela
durante todo aquel día y de noche
fué, efectivamente, al teatro con
los jóvenes de Caldas, a quienes
acompañó despues a casa y con
los cuales estuvo luego un rato
de sobrecena; bajando seguidamente
a acostarse.

Biomor yacía en coma y Na-
varro, al ver que no dormía, acer-
cósele de repente y díjole a ma-
nera de complacido.

— Acabo de encontrarme en

el pasillo a' la Pasena y me pregun-
to como era que no habia ido a' su
apartamento, ni por la tarde, ni de
noche. Indiquéla claramente el
motivo y diome especie de satis-
faccion.

— Es decir que estara a' ya con-
fento y dispuesto a' continuar fu-
mando su cigarro en la sala de
madama de Garcelá? contestó
Bicmor.

— Eso tenia que suceder pre-
cisamente, repuso el capitán.

Y preguntó luego

— ¿Hablaron a' él de mi algu-
na cosa Flora y ella?

— No, dijo Bicmor.

Sero Bicmor en esta oca-
sion mintió; pues mucho, mu-
chísimo, habian hablado.

XIV.

Dijimos que Bionor yacía en cama cuando el capitán bajaba a recogerse y dio lugar al anterior diálogo entre los dos. ¿Que causa obligó, pues, a Bionor a irse a cama sin esperar por el capitán para cenar contra lo que solía hacer?

Bionor acababa de confirmarse en la indiferencia que temía de parte de Flora. Anisio entraría en la sala de madama de Gaveta al anochecer y Bionor viera desde aquel instante, viera por sus propios ojos no ser él a quien la joven dirigía ya sus palabras tiernas, sus sonrisas y sus miradas. El amante podía más en su corazón que el amigo y los acentos de la amistad eran nada ante el acento misterioso y anche

lado del amor. Flora era todo amor; ignoraba y necesitaba amar, siquiera no debiese hacerlo. Comprendia de masiado lo primero: ignoraba demasiado, acaso, lo segundo; i que es- traño, empero, si creia que, libre en poco tiempo con cierto regimen de algunos males, habia de sanar de otros con el matrimonio y ser feliz al lado de un hombre honrado y bueno que la estimase?

Este hombre no podia ser dia- ur, como saben ya nuestros lectores. Por eso Flora, habituada poco a poco al trato de Anisio y descubriendo en él excelentes cualidades, en fuerza de la ocasion diaria que tenia de examinarle y sondear su covazon, fino a entregarle completamente el suyo, tan luego conoció que entre dos amigos, amado el uno y amante y amado el otro, este era quien de

bia poseerle y poseer con él todos sus secretos; siendo en su virtud indiferente a aquel y todos los demas en circunstancias iguales colocados.

Y que Anisio era el amante y amado de Flora vieronlo tambien sus propios ojos cuando, sentados ambos cerca de la ventana y disimulando una y otro cuanto les era posible disimular, decía Anisio:

— Creo que, a fuerza de ver y oír hablar a V., Florita, me habrá de encanorar de V.; Me dá V. tan buenos consejos.....!

— Si, Anisio; tómelos V.; porque yo he sufrido mucho y tengo ya alguna experiencia de ciertas cosas, por desgracia.

Luego, refirió Flora lo al borde que estuviera del sepulcro en la Coruña, las ofertas que allí habia hecho por ella su mamá y como, enteramente desau-

ciada por los médicos de aquella ciudad,
siniere a la de Santiago; termi-
nando su relacion con estas tris-
tísimas seductoras frases y aca-
ñicando al propio tiempo con la
mano los cabellos de Anisio.

— No ha mucho, si casi se vir
la muerte sobre mí, sin que sin-
tiese entonces el morir: hoy lo sen-
tiría, Anisio: hoy sentiría ya el
morir. Sea, en fin, lo que la Pro-
videncia quiera: una cosa, sin
embargo, me anima y da espe-
ranza: noto que estoy mejor;
mucho mejor ahora que cuando
vine de la Coruña y Dios quer-
rá que no me muera aún y que
el padecer tenga para mí un
termino en la vida. Si así no
fuere, ¿que hemos de hacer...!
Moriremos...! Y, aunque mi
muerte poco, o nada, importe
al mundo, créo no faltaría al

grano que derramase sobre mi tumba una lágrima. ¿No es verdad, Anisito, que derramaría si por mi una lágrima, si me muriese.....?

Anisito la escuchaba estático como a una sibila; no parecía afectarse, empero, gran cosa: solo Bismar, al oírla entonces, sentía partirse el corazón y, viendo que donde estaba el amante sobraban los consejos del amigo, saludó a las señoras y a Anisito, retiróse, tomó chocolate, bebió un vaso de agua y se acostó.

Bismar luchaba sinceramente: parecía como arrepentirse de su anterior conducta respecto a Floria: parecía entonces estar celoso: anhela poder curar repentinamente a aquella joven; restituirla a su primera frescura, belleza y robustez; decirle luego que

la amaba, como la como ningún otro,
él, en una palabra, a sí mismo no
se comprendía.

¡Terrible situación!; Terri-
ble situación la en que el hombre,
hablando con cierta especie de con-
fianza a una mujer lindísima,
en ocasiones magníficas y oportu-
nas, se se' forzado a ocultar
lo que en su interior pasa
y a mostrarse casi indiferente
ante esa mujer que, lejos de re-
buzarle y escatimarle su amor,
no parece sino que desea abrir
caminos para llegar a él.....!

Bienos luchaba, repetimos:
el vaso de agua, por otra parte,
se le indigestó y sentía dolores
fuertes de estómago: quejaba
se en silencio: frío sudor hume-
decía su frente: pidió té an-
tes que el capitán se recogiera.
sirvióselo al instante Macrina,

y, retirada que fué la luz de la es-
tancia, Bismor, notando algu-
n alivio en sus dolores, cerró insu-
luntariamente los ojos y se quedó
dormido. Pero a media noche, cuan-
do ya la cerradura de la puerta
de la calle se había corrido, cuan-
do ni el mas ligero rumor se per-
cibía en la casa, excepto el roncui-
do que en su alcoba hacia el ca-
pitom al dormir tambien, un
sueño invade su imaginacion, un
sueño en que, apoyada contra
el barandal del balcón de hierro,
se le aparecía Flora como la pri-
mera noche que la habló. Lle-
vaba, como aquella noche, un
pañuelo de seda a la cabeza
y con una de sus puntas enju-
gaba la sangre producida por
el golpe de la siberia. Bismor,
creyendo sentir el contacto de la
seda sobre su mejilla, se estre

mecio de súbito, lanzó un ay y empe-
zó á hablar de esta manera:

« Ojos, que deslumbrado habeis
vri de Anisio; labios, que mil ven-
perras pronunciasteis para él; son-
risa seductora, que estremeció su
ser; manos, que sin estorbo cica-
ricasteis las suyas intranquilas
y el cabello tambien de su ca-
bena, inclinada deleitosemente
y sin reparo ante el objeto fas-
cinador; mujer, en fin, que hoy de
nuevo á mi presencia te oísteis tanta
bora como nunca, huye de mí, mujer.

Ojos, labios, sonrisa y manos, huid de
mí: dirijios hácia Anisio con la poe-
sia y encanto que encerrais: buscad en
su corazón: preguntad á él, por el
amor, no á mí, no á mi corazón, en
el que nada hallareis ya mas que
una amistad hija del caballerosismo
y de la hidalguia; esa amistad, si,
el seno puro de la cual abierto está

vo y estaré siempre pora ti; oh, her-
mosa Flora!; Flo...ra...!; Flo...!;
nombre que poco á poco espiró así
en sus labios; quedando luego mas so-
segado y sin despertar; pero suspi-
rando de tiempo en tiempo y es-
tremeciéndose, como el que sueña
al lado de un sepulcro, ó al borde
de un abismo.

XV.

El hijo del señor de Aismuña
vista tenía que dormir en la ha-
cienda de este nombre el veinte y
tres de mayo. La mañana, pues,
del siguiente día al en que acaba-
mos de ocuparnos fue por él desti-
nada á asuntos especiales de fami-
lia; asuntos que procuró evacuar en

tiempo, a fin de poder pasar algunos instantes con Flora antes de partir.

Comió en casa con el capitán y uno y otro pasaron seguidamente a la sala de madama de Gavela y de Florita que empeñaban a comer, sentados ambas al velador.

El capitán situose en una silla al lado de Flora, a quien miraba de cuando en cuando con ojos tan expresivos que no ocultaban lo que él callaba. Brianor se colocó entre la joven y madama de Gavela. Deseo el capitán, llamado por D^a Gliceria, tuvo necesidad de bajar a su habitación, apenas se sentó, y en su virtud quedaron solos las dos señoras y Brianor. Este miró entonces a Flora, con señales de profunda impaciencia, muchas veces y quidiola en los postres una fresa de su mismo plato. Flora

vacilaba en alargársela; el pulso le
temblaba; cogió al fin una en un
cuchillo, mas la fresa se cayó al
plato; cogió otra y se cayó, como
la primera. Dominada, al pa-
recer, tambien de cierta especie de
inquietud, dejando el cuchillo sobre
el plato de las fresas,

— ¿No ha de volver a verme?
Bianor, antes de retirarme a la
Coruña?, pregunto, llena de la
mejor Sultana.

— ¿Volver a ver a él...! ¿Por qué?
¿Será venir en busca de la mu-
erte? Tanto padeci ayer, Florita, con
tanto Bianor con intencion y mas
y mas impaciente todavia.

— ¿Jeso?, pregunto de nue-
vo Florita.

— Que el corazon de él la res-
ponda, dijo Bianor. He aprendido
mucho en esta visita de ayer y
hoy; visita que me felicito, em-

pero, de haber hecho y va aumentando
el número de mis desengaños.

— El, Bismor, se empeña en abri-
gar errores; en ver lo que no exis-
te y, como dije ayer, la culpa en
todo caso será de él.

— ¡Mia! Ah! no, Florita, no.
..... Mas dejemos eso... ¿es no me
dio él aún ni una sola fresa.

— Bismor, cójala él mismo, pues
también ha visto él mi torpeza,
al querer alargarme una.

Bismor cogió por sí mismo
dos o tres fresas que aún queda-
ran en el plato de Flora, notan-
do apretaba esta con las sienes con
una mano e inclinaba al pro-
pio tiempo la cabeza sobre el
velador.

— ¿Que es eso?, preguntó al
punto madama de Garcla. ¿Es
sueño, acaso?

— No, Morruja: es una espe-

cie de pesadon a' la cabeza, y ya sa-
bes que casi siempre me sucede esto
al terminar de comer.

— Ahora vendra' el té y luego re-
posaras en cama un poco.

Bianor sacó entonces del bolsi-
llo su reloj y mirandole con triste-
dad,

— ¡ Los cuatro menos cuarto! di-
jo. Pocos instantes tengo a' mi dis-
posicion, Florita. Corra en brevedad
ese cuarto de hora y Bianor, ca-
mino de su pais, no molestaria
a' ti con su presencia, ni con sus
palabras.

— Pues que, tan pronto mar-
cha ti, Bianor?

— Un amigo me espera abajo:
juntos saldremos a' los cuatro y
juntos iremos parte del cami-
no que yo hare' bien triste, Flo-
rita.....

Nuestro cambio de miradas

siguió a estas últimas palabras de
Bricmor. Flora dirigióse seguidamen-
te hacia su alcoba, después de to-
mado el té; mas no se acostó, sino
que volvió al punto a la sala.

Bricmor conoció que ella necesi-
taba reposar: levantóse, pues, de la
silla que ocupaba: despidióse de
madama de Gavela, que le alar-
gó su mano: estrechó luego la de
Flora, que acercó a sus labios, y
deslinándose por la puerta con-
fuso y tético, fue a encontrar-
se con su amigo, el cual y Bria-
mor despidiéronse, finalmente,
del capitán y montaron el uno
en su mula y en su yegua el
otro, partiendo al trote, bien que
sin ver el último quedarse Flo-
ra en el balcón, cual quedar
solía otras veces en que Bricmor
marchaba.

XVI.

Consagrado Dámaso a uno y a otro asunto de su profesion y al cuidado de la hacienda de Pismeniárista, juntamente con su padre y sus hermanas, como dijimos, pasaron y vivieron días sin noticia tener de Flora despues de la entrosista del veinte y tres de mayo por la tarde.

Corria julio: Domésticas atenciones llevaron a Santiago diferentes veces a Dámaso en este mes y, prosiguiendo Flora allí aun, hizo algunas visitas y vivió enaladeantaba en sus relaciones con Anisio.

El tiempo de los exámenes habia pasado: Anisio terminaría en primeros de junio el año

ultimo de leyes y, aunque no padre,
tenia un tio, a cuyo lado debiera ir
despues de examinado; ¿odia ir? -
- Su amor a Flora se lo impedia
y el amor del tio no era bastante
a alimentar la misma necesidad
del corazon del joven. Asi mismo, em-
pero, llamado por la familia, mar-
cho en fin de junio a su pueblo
y en su casa y lejos de Flora pa-
so unos ocho dias, al cabo de los
cuales, siendole ya la ausencia
insoportable, hubo de volver a
Santiago, para continuar como
antes sus dos visitas diarias a
la sala de madama de Gaveta.

Corria julio, referiamos, y
una mañana, entrando Bie-
nor en esta sala, a poco de lle-
gar a la calle de S^{ma} presiden-
te de Bismarckista, halló a Flo-
ra sentada en una pequeña
silla junto al velador, sola, con

los ojos bajos, silenciosa y pensativa.
Flexaba, como de continuo, su tra-
je negro de lana con el escudito de
los Dolores; su hermoso cabello, tam-
bien negro, peinado, como siempre,
a la emperatriz y prendido de los
hombros en peinelo de morada
reda, cuyas puntas caicinda gracioso-
samente sobre el regazo.

Dicnor sorprendiase al pron-
to y, acercandose con timidez,
— ¡Florita! ¡Florita! ¿Que es
eso?, preguntó.

Ella alzó entonces los ojos y
con acento triste dijo.

— ¿Como ha ido, Dicnor?

Dicnor, sin responder, pre-
guntóla segunda vez.

— Venmos; ¿que es eso? ¿Tiene
si malas nuevas de su familia?

¿O es que se ausentó Anisio?

— Marchó esta mañana, Dic-
nor, contestó ella y, al decir esto,

sus ojos se arrasaron de lágrimas.

— Acabáramos, repuso Biemur, sentándose. Séo ahora, eco desde este momento, es el amigo mío.

— Si, Biemur, la soy y, teniendo a' él, como tengo, por un buen amigo, le hablaré ya con franqueza y enal una verdadera amistad.

— Bien: hablemos los dos así, que me place.

Florita cruzó entonces las manos y, enternecida, llenos inmensamente de lágrimas sus ojos, dijo:

— Biemur, casi me da serguenza, pero me es imposible rememarlo: no siento ser alguna abria hoy esa puerta que no me imagine es Anisio que torna al lado mío.

— Conozo, Florita, perfectamente ese género de situaciones. Yo también experimenté penas

y disgustos, borrascas del corazón á esas parecidas. Mas Amisio es ábre
rá pronto: él no podría resistir
largo tiempo sin ver á U. si; él
volverá muy luego.

— No, Bismar, que Amisio mar-
chó ahora para no volver aquí
hasta el octubre. Tiene negocios
domésticos que arreglar y que es-
tudiar mucho, á fin de graduar-
se. ¡ Ah! Bismar, ¿ cuánto he
sufrido y estoy sufriendo...! Qui-
siera marchar inmediatamente
á la Coruña; porque Amisio, an-
tes de partir, me habló de cosas
que me asustaron, que me ha-
cen parecer y; Dios sabe cuán
inocente estoy en toda la exten-
sion de esta galabrea...!

— ¿ Cuantos y chismes salidos,
tal vez, de casa?

— De casa no, Bismar, pero
si de afuera.

— Si la conciencia está tranquila,
desprecios &. Flora... No quite
crédito quien es incapaz de darle.
Yo tambien he visto algo; mas
seria preciso dudar de &. para
creer y decir jamas dudo
de Florita en ese punto.

— Gracias, Bismor.

— ¿Porque en nuestras entre-
vistas ultimas no habia de ser &
conmigo tan franca, tan ingenua,
como lo es ahora?

— ¿Que quiere &...!

— Hoy quiero no piense & en
que se ha ido Anisio. Quiero se
figure &. que le está viendo, que
le habla, que le escucha. Esto
quiero se figure &, si de cora-
don le ama y tiene entera
confianza en él. El alma de im-
amente encuentra en todas par-
tes los vestijos del objeto amado.
Una ausencia corta fortifica y ro-

busteca al amor, así como una lengua
se enfría y debilita. No dejes & so-
minarse nunca de la tristeza;
pues la sería perjudicial, lo mis-
mo que el recibir impresiones
demasiado fuertes y violentas. &
es rica en juventud tanto como
en dones personales: prodiga ha
sido en todo con & la madre na-
turaleza y preciso es vivir, pa-
ra amar; no amar, para en-
vivir. El yo es, Florita, lo primero.

— ¿Y piensas & que tengo gran-
des esperanzas de vivir y llegar
a ser la esposa de Anisio.....?

— ¿Porque no?

— Porque concepto aparente,
Díctor, mi mejoría. Solteré a
respirar los aires marítimos de
la Coruña, esos aires (para mí)
tan malos, y perderé allí cuan-
to he ganado aquí.

— Entonces ¿para que amar?

Amor sin esperanzas; amar por so-
lo amar; amar, en fin, para no
sentir luego sino penas y dolores,
es una locura, permita S. Flori-
ta, que Dícior se lo diga así. An-
te todo, la salud: lo demás ven-
drá despues. La Providencia
cuida siempre a' los que con
fe' la invocan. Confie S. Flori-
ta, en la Providencia: él es S.
tambien hacia ella su corazón
y, yo se lo aseguro, la Providen-
cia escuchará a' S. No hay co-
sa que mas fomento y tran-
quilice el espíritu que la ora-
cion: ella en todo caso nunca
a' nadie perjudica, antes nos
da' valor, prudencia y resigna-
cion; nos hace mejores, en una
palabra.

Abrióse entonces la puer-
ta de la sala: madama de
Garcelá, sosteniendo en su ma-

no se vecha un lente, leia junto a' la con-
sola en el Museo de familias y D.^a Glice-
ria, que entraba, acercase a' Brianor,
diciendo.

— El capitán Navarro no sube hoy
al comedor; come en su cuarto solo.

¿Quiere V. solo comer tambien?

— Solo no, D.^a Gliceria: me gusta
la sociedad.

— Comerá V., pues, con una fami-
lia de Andron que está ahí.

— Bien y espero tendría V. la ama-
bilidad de avisarme cuando esa fa-
milia suba y esté en la mesa la sopa.

— Será V. llamado.

— Como V. hoy con nosotros, Brianor,
dijo Flora, al retirarse D.^a Gliceria.

— Comerá con mil amores, Flori-
ta, mas voy a' avisarme de ello por
V. misma y por mi. Por V., porque
habria quien interpretase torcida-
mente esta entrevista del todo casual.

habría, acciso, quien dijese era él una
coqueta, pues que á la salida de Anisio
entraría Biomer y comiera con él.

Por mí, porque, acostumbrado á no te-
ner porqué ocultar la frente en par-
te alguna, no quiero ser pic' ahora
porra que se me tache de hombre
súil y bajo que ofende al amante so-
pretexto de amistad.

— ¡Que bellos y nobles sentimien-
tos, Biomer!

— Son los de mi vida toda; jamás,
Florita, he conocido otros.

— Yo sé que Anisio aprecia á él
y que quiso visitarle la vez última
que él estuvo aquí.

— Yo aprecio también á Anisio
y basta, Florita, que hoy le amo
él para que mas aún yo le aprecie.
¿Porque, pues, no me visitó?

— Anisio posee, como él, nobles
sentimientos; creyo que él abrigaría
algun rencor para con él; ¿así con

¡jiraba hasta de que yo le engañase;
tenia celos, Brianor, y no se atrevió.

— ¡Celos! Ah! Se disculpa; ¿mi-
ra en su caso fueran yo peor...!

Comprendo bien cuanto a estas ho-
ras ira sufriendo y va a sufrir en
la ausencia; se sufre tanto en estos
casos....! Lo se' por mi, Florita, y

lo veo ahora mismo en ti; ¿Distas
mucho su país de aqui?

— Diez leguas, Brianor.

— ¿y de la Coruña?

— Doce.

— Larga es a entrambos puntos
la distancia: empero, para el
amor no hay distancias; ¿verdad, Flo-
rita?, preguntó suspirando Brianor.

Florita se sonrió igualmente
y dijo entonces aquel.

— Eso es: quiero que si se ría.
no me gustan semblanzas tristes; y
si Brianor se ríe hoy, créo que bien
puede reírse también Florita, si

quiera sus dolencias la molesten y si-
quiera marchase há' poco su enamo-
rado. En tanto, pues, camina Anisio,
hablemos, Florita, de él: las penas
comunicadas son penas mas llevada-
ras: Anisio no tendrá hoy á quien
confiarlas; desorarán su pecho y
solo de cuando en cuando lanzará
este algún suspiro que, sin fuer-
zas para llegar hasta él, morirá
consolido en el espacio. Y en cambio,
tiene ahora aquí á quien confiar
las suyas. Brianor es un amigo
de Florita.....

— Sí, Brianor, lo séo con satis-
faccion y desde luego esté él segun-
do de que Flora es tambien de
las mejores amigas de Brianor.

— Esos ojos me lo revelaron á
poco de haber entrado y ya no du-
do, Flora. No siempre para creer
se necesita esperar á que la boca
hable; y hay mas verdades á veces

en un jato, ó una mirada, que en
canto queda pronunciado el labio.

— Así es.

— Solo una idea me atormenta
en este instante, digo seguidamente
Bicmor.

— ¿Cuál?

— La de que hoy mismo tengo
que hallarme en Bisueñarista y
quisiera que nuestra conversación
se prolongara: con eso pensaría
si menos en que Anisio se habla
ido.

— No marche si hoy, Bicmor.

— Marcho, si; pero volveré lue-
go: pasaré aquí una semana, ó dos,
y hablaremos entonces mucho de
Anisio.

— Con gran gusto, Bicmor; mas
temo no estar ya aquí para cuando
vuelva si. De un correo a otro es-
pero carta de mamá y tal vez que
me retire antes del Apostol.

— Creo que para entonces estara s.
Arzobispo aqui y que hoy no sea aün
el dia en que nos vemos por ultima
vez quina.

— ¿Que dice s. Bismarck? ¿y no
habré de ser a' s. algun dia en mi
calle, o en la Coruña?

— Holgara de ello: no he estado
nunca en esa ciudad.

— Razon de mas para ir.

— Tengo en s. ya un gran mo-
tivo y, o no voy a la Coruña, o si
voy habré de ser a' s.

Ya Gliceria llevo a la me-
sa a' Bismarck y este se fue a comer
con la familia de Padron. Florita
comio, como siempre, con mucha
mas de Gavela y despues de comer
se acostó. Aquella mañana ha-
bia madrugado sin sudar mas de
lo ordinario. Las impresiones de
aquel dia debieron ser en extremo
fuertes para ella, como lo son jene

ralmente. Los que acompañan a una
reparacion indefinida de dos personas
que se aman: asi es que se levantó
bastante tarde.

Por un orillo, en tanto, asun-
tos que trajera: entró luego en el
cuarto del capitán, que desde su
ventana le habia llamado, y pa-
reciendo allí un rato juntos, dijo aquel
a este

— ¿Como fue que no ha querido
el comer conmigo hoy, Narciso?

— Estoy disgustado: hace tres dias
que no entro en la habitacion de
la Saisena y como aqui entera-
mente solo.

— ¿Que ocurre, pues, capitán?

— ¿Fue y algun negocio desagrada-
ble entre manos? ¿Dio a y. cala-
barras alguna de sus muchas dul-
cinetas? ¿Tiene y. algun rival
con quien batirse? Sepamos.

— Ya sabrá y. que Anisio mar-

cho' esta mañana.

— Lo sé; Florita me lo dijo: ¿eso
tráe a' él disgustado?

— No, por cierto.

— ¿Algun desaire de Florita?
¿Algo que tenga él que echarla
en cara?

— Nada con razón se puede
echar en cara a' Florita, tan be-
lla y de tan bellos sentimientos!

— En efecto. ¿Dese ocurre, pues,
entonces?

— Se lo diré a' él con reserva y
en confianza. Me caso.

— ¡Ola, capitán! ¿Con que es
la cierta ahora?

— Es cosa decidida: me caso con
n.^o 429 él es reservado y caballero
y por eso se lo digo: a' nadie lo di-
je aún; de modo que es él el pri-
mero que lo sabe.

— Gracias, Narcario: cuento
desde luego con los dulces. Y, si

ello es cosa ya entre él y esa joven
acordada, no comprendo por que
haya de estar él ahora disgustado.
ademas, ¿que tiene eso que ser con
la merced de Anisio?

— lo que se dice que yo obsequio
a' Flora y no es verdad.

— Yo no sé si él la obsequia, ó
no. Formas lo dije, ni me cuide' de
averiguarlo: solo una vez pregun-
té a' él si tenía celos de Anisio. Creo
no fué inoportuna mi pregunta,
capitan; y creo poder repetirla
hoy; pues sospecho que los celos
siguen, significara trate él de disi-
mularlos, anunciandome una
boda tal vez imaginaria. Pero son
los seis y tengo que hacer aún
hoy tres leguas de camino has-
ta Prisneñavista.

Bienor salido al capitán,
que nego' de nuevo estar celoso: su-
bio seguidamente a' la habitacion

Se. madama de Gasela y, despidien
Jose alli de esta y de Flora, dijo
a' la ultima, estrechandola una
mano entre las dos suyas:

— Adios, amiga del alma mia:
hasta luego.

— Adios, mi amigo, mi buen
amigo Biamor, contesto Flora.

Y Biamor, a' las seis y media
de la tarde, partia hacia Pinar
sista, montado en su yegua baya.

XVII.

Julio no habia fenecido asin y
Biamor diputado provincial por el
pais de 4^{ta} con fecha veinte y cin
co, salio el veinte y ocho para Santa
go, a' fin de tomar asiento alli en
un coche y dirijirse a' Pontevedra,

en cuya capital debía instalarse inmediatamente la diputación.

Apeado en la casa de costumbre, vió y habló a madama de Gavala y a Florita y supo como la mamá de esta viviera tambien a Santiago Sesse de la Coruña, en virtud de alarmantes falsas noticias que Navarro Vieira llegar a sus oídos por medio de sujeto digno, acaso, de mejor encargo y nombrado ya en nuestras páginas, el abogado del gabinete contiguo a la sala de madama; noticias que la obligaron a dejar la aldea y ferreas de la misma, en que a la sazón se hallaba, por correr al lado de su hija.

¿Que era, pues, lo que la ensuciara a decir el capitán? Desgraciado en todas sus tentativas respecto a Flora, siendo que ni aun el honor obtenia de pasear con ella y con madama de Gasse

la, despues de ido Anisio, aconsejaba
darse en busca de aquella, a cuya
salud y reputacion perjudicaba la
compañia de esta; pues que en
su sala entraban jóvenes del va-
rónil sexo a todas horas; allí se
interrumpia ason de mañana el
menor de la doliente Flora; allí no
se la dejaba comer en paz, ni dor-
mir la siesta; se la hacia pasear
de noche, teniendola fuera de casa
hasta bien tarde; y allí, en fin,
ni un momento apenas se la per-
mitia de sosiego.

Flora sabia algo de lo que
el capitán contaba a varios de ma-
dama de Garrela; ignoraba, empe-
ro, lo que el mismo denunciaba a
su mamá por medio del abogado
del gabinete; y, aunque Narciso
procuró siempre con especial estu-
dio no hablar mal de Flora, no obs-
tante los desaires recibidos, habló-

le esta muy seriamente en el come-
dor cierto dia que la preguntaba
porque no habia de acompañarla
él a' pasear de noche con madama,
y ea que Anisio no estaba en San-
tiago para acompañarla.

— La compañía de él, Navarro,
dijo entonces Flora, no me gusta,
no me acomoda, ni la acepto. Él
blasona mucho de caballero y jamas
lo ha sido, ni será, segun soy vien-
do. Acostumbrado a' tratar con
grisetas, o' juvenes de baja esfera,
cree él sin duda alguna seré yo una
de esas mujeres con quienes juega
a' su placer. Esta él equivocado de
medio a' medio y equivocado asimis-
mo si celos, o' alguna inclinacion
hácia él presume despertar en mí,
hablándome de la falanita y men-
ganita, muertes por él de amor,
como imprudentemente me dijo
alguna vez. Soy herculina, ca-

capitan, y tengo una piedra muy bien
sentada en la punta de aquella torre.
Soy toda una señorita y sepa V. que,
si a esas mujeres deslumbraron, o des-
lumbran, sus charreteras, a Flora
no la deslumbran; Flora las despre-
cia y Flora anhela mas que unas
charreteras; anhela un hombre hon-
rado, un hombre de talento y digno
de su amor. Ni lo uno, ni lo otro,
es V. Narciso, y no crea V. que
de amarlo yo a la fuerza: eso se-
ria un empeño vano y a mas de
vano, ridiculo: ni piense me ima-
jine es amor lo que V. siente hacia
mi; no es amor, Narciso, no; es,
permítame V. se lo diga, es.... voluptu-
osidad...!!!

— ; Florita!, exclamó el capi-
tan, tembloroso y aturdido. ¿Que
vise yo a V. para que así me
ofenda?

— No ofendo a V., diciendole

lo que es, ó lo que su conducta y por-
te me dicen viene á ser. Debe, si,
avergonzarse tenga que dar á sus
lecciones de pundonor y delicadeza
una mujer, una niña, como yo.

El capitán no supo que res-
ponder y corrido se retiró á su cuar-
to. Ferrá, fatigada un poco de es-
ta escena demasiado viva para su
estado de salud, terminó aquí su re-
primenda al capitán y pasó á la
sala. Pero otra reprimenda mas
fuerte, salida de no tan bellos la-
bios, esperaba á un á Navarro; la
filípica de la mamá de Flora y
de madama de Gasela.

Llegada aquella á Santiago
después de la anterior escena de
su hija con el capitán, contó lue-
go á esta y á madama las cau-
sas de tan inesperada venida:
informose detenidamente de si
era cierto, ó no, lo que se la re-

firmes y, siendo era falso todo, en
vió recado una tarde a Navarrio,
rogandole hiciera el favor de su-
bir a la sala de madama de Ga-
rela en cualquier rato desocupado.

El capitán, confundido ya en
la entrevista ultima, acusado sin
duda entonces de la conciencia y
sin desesiar un punto de la con-
ducta indigna e invariable hasta
alli guardada, no quiso, o no se
atrevió a subir. Sando asi luego
a que las señoras, la mamá de
Flora y madama de Garelá, baja-
sen a su habitacion, donde, si
bien consentia entrar la pri-
mera, opusiese con dureza a
que lo verificase la segunda: en
vista de lo cual dijo la mamá de
Flora:

— O las dos entremos en la ha-
bitacion de Sr. Navarrio, y a las
dos nos oye Sr. , a entrambas vos

retirarnos

— Solo, desde luego pueda & entrar, Señora; como y cuando la acomode: con madama de Gavella, no.

Esta adelantose entonces hacia la puerta con dignidad; pe-
netró en la habitación, seguida
de la mamma de Flora, del mé-
dico y otras personas, sabedoras
de la reserva y, dejando a Nava-
rio mas blanco que la cera, ha-
blóle en los siguientes terminos:

— ¿Que tiene que decir & de mi
y de mi conducta, respecto a Flo-
ra?

— Yo?

— Si: ¿Que tiene que decir &?

— Yo.... nada, contestó el ca-
pitán, sin saber lo que en aquel
momento le pasaba.

— ¿Falté a Flora en alguna co-
sa? ¿Falté a &? ¿Pedí, o debo,
algo a &, o a alguno de los circuns-

tantes, como él mismo se permitió decir?

— Yo no dije eso; y a mi madama pidió si me debe él.

— ¿Que hombres entran arriba mas de los que entraban cuando por primera vez estuvo aquí esta señora?

— Ninguno, contestó de nuevo el capitán.

— ¿Quien, sino él mismo al guna vez, se atrevió a interrumpir de mañana el sueño de Florita? ¿Quien nos presentó y recomendó a Anisio sino él?

— Solo yo; es cierto, volvió a contestar.

— ¿Quien, sino él, fue el hombre que obtuvo hasta ahora el privilegio de sentarse a la mesa en que Flora y yo comiamos y comer con nosotras en mas de una ocasion?

— Nadie mas que yo, lo confieso

— ¿no es cierto, señor médico, cuñadito madama, dirigiendose a este, no es cierto aconsejó a Florita pasear de noche, ahora que la estación lo permite, mas sea no quiere ella llamar la atención de día, por tener que ir cogida, muy despacio y descomiendo a cada instante, a conservar su debilidad?

— Cierta, señora, que así se lo aconsejó.

— ¿Dónde entonces está, Narcario, la verdad de lo que mandó a decir a esta señora? ¿no la envió a decir a todo lo contrario de lo que en este momento afirma?

— Yo nada de eso la envió a decir y, si alguno lo asegurase, presente documento mio que tal espese.

— Es decir que, o miente él, o mintió el amigo de quien hubo de serse él. para hacer viniese a Santiago ahora sin motivo esta señora.

— Él insulta a un caballero.

— ¡Ja, ja. No profane él, María, un nombre que no me hace. Lleva él muy mal piques a las charreteras y Dios sabe como se gobernaron.

— La reina me las concedió.

— Él ahora las desagrada, muestra ser indigno de llevarlas e ignora hasta las más finas consideraciones debidas a nuestro sexo.

— Lo que yo veo en él, María, digo seguidamente la manía de Ferrá, son unos celos que le consumen.

— ¡Celos yo? Eso no es verdad, señora.

— Es verdad, Narciso, y tanto que,
no pudiendo recabar si cosa alguna
de mi hija, se venga en querer
desacreditar a la persona en cuya
compañia la he dejado; mas esta
persona sigue mereciendo mi con-
fianza y Flora, mucho mejor
hoy que cuando vino aqui, no se
ira conmigo; continuara en San-
tiago hasta que el señor médico
que ayre puede retirarse a la
Coruña sin peligro de retroceso.
Continuara en Santiago, Narca-
rio, y continuaran entrando arri-
ba los mismos que ahora entran,
menos si, a quien prohibo ter-
minantemente hable con mi
Flora. Sé lo que esta es; lo que
mi hija vale y preferiria sa-
ber la hablaban cien estudian-
tes, cien soldados de marina, a
que un solo instante estuviera
si al lado suyo.

— Muy de otra suerte se explica
ba a', señora, el día que me la
recomendó, dijo con intencion el
capitan.

— Si cuando, en que día re
comendé yo mi hija a' a'.? Re
cuervo que, al partir de aqui, cre
yendo a' a'. un caballero, un buen
amigo, atendido el interes que
parecia inspirarle el mal esta
do de salud de Flora, interes
que hoy ahora no ser puro ni
verdadero, recuerdo, digo, usé
para con a'. estas, o' pareci
das frases: " como antiguo lues
ped en esta casa y conocido an
tiguu de madama de Gaveta,
uego a' a'. que con ella, si al
gunas convulsions diese a' mi
hija y preciso fuese, antes que
otro hombre desconocido, se dig
ne estar a'. al lado suyo y exi
tor se haga. Señor." Esto, o'

cosa equivalente, manifesté á él.
entonces; está que me recomen-
dacion y nada mas. Hoy retiró
frente esa especie de confianza
que ya no me mereca él, y me-
remamente le pido hable con mi
Florita: sí; pues noto que él, y so-
lo él, es quien la hace padecer.

Al llegar aquí, el capitán
estaba tan turbado y confundi-
do, que daba casi lastima á
los dos señoras y á los que las
acompañaban; así es que, por
no verle mas y mas avergonza-
do, hubieron de volverse corri-
ba y dejarle en su cuarto á so-
los, pensativo y caviloso.

Florita no estuvo presen-
te á esta segunda escena: te-
nia escederse, si bajase, y que-
do paseando en el comedor.

Otro que el capitán, se hu-
biera consentido, en vista de lo

ocurrido, no solo se agnella pose-
sa, sino hasta de Santiago; mas
Narciso no; antes, lanzado ya
en el camino de la vengenda
y la bajera, siguió por él á
su placer, como diremos lue-
go.

XVIII.

Bianor partió hacia Pontevedra
el veinte y nueve á las cinco y media de
la madrugada y allí estuvo hasta el trein-
ta y uno, en la noche de cuyo día to-
mó asiento en el coche de Vigo y, vol-
viendo á Santiago, entró á las ocho de
la mañana del primero de agosto en
esta ciudad, donde domésticos asuntos
le retuvieron hasta el día y seis del mis-
mo mes.

La nueva entrada de Bismor en Santiago y casa de D.^a Gliceria dio en que pensar al capitán, mucho, mas cuando llegó a saber se le alojara en el gabinete contiguo a la sala de madama de Garsela y de Florita, significaba tratarse de aparecer risueño y disimular sus celos a la hora de comida, única en que Bismor le tenía frente a sí, juntamente con otros buenos pedes de D.^a Gliceria. Pero esos buenos pedes marcharon luego y el capitán dejó entonces de subir al comedor, comiendo y cenando a solas en su cuarto. La maña grosera no se ocultó a Bismor: ella era un desaire manifiesto a su persona, desaire de que en parte se alegraba; pues, no queriendo comer a solas, cosa repugnante para él, dijo al punto a madama de Garsela y a Florita:

— Si solo he de comer, señoras, sin persona con quien charlar, y so-

las tambien han de comer sst. en su ha-
bitacion, hagámolo los tres juntos, si á
sst. place.

— Con mucho gusto y en el comedor,
siempre que no haya jente, dijeron Flo-
ra y madama de Gazela.

— Ello no agradaría al capitán, repu-
so Bizarro; mas él se tiene la culpa;
pues con él comiera yo en esa misma
habitacion, si no me abandonara.

— La observacion de él es justa,
replicó madama; pero de Narciso
nada puede extrañarse ya despues
de lo que él sabe que pasó.

— Fue una fortuna para mi,
señoras, añadió Bizarro, y debo estar
reconocido al capitán; porque, de no
obrar así, me viera privado, acaso,
de comer ahora con sst. en una
misma habitacion.

No habia entonces en el se-
gundo piso mas que los dos seño-
ras y Bizarro. D^a Gliceria ocupa

ba parte de las habitaciones del terce-
ro. Por manera que esta, madama
de Gavela, Flora y el hijo del señor
de Bisneñarista venian a constituir,
digamoslo así, como una sola fami-
lia, tanto que D.^a Gliceria comia al-
guna vez tambien con los dos seño-
res y Bismar.

Mas, retrocediendo al primero
de agosto: corrían las horas de la tar-
de, el sol hundiose en el ocaso y Flora
y madama de Gavela, asomadas al
balcon, separtian amistosamente con
Bismar, mirando la jente que a la
alameda, o hacia el camino nuevo
se enterocaba. Entretanto, un caba-
llero, relacion antigua de D.^a Gliceria,
salia al lado de esta a ver si halla-
ba una casilla donde pasar algu-
nos meses con dos hermanas solte-
ras, a quienes esperaba.

Precien llegado a Santiago,
no era el josen alegre y bullicioso

de anteriores tiempos; el joven tra-
sieso que se solo un brinco salvaba
tres peldaños de escalera: era, si, la
figura espectral de un espectro; una
figura descolorida y tétrica, la pa-
lidez de cuyo rostro ocultaba en par-
te su negra crecida barba.

Procedente hacia poco de Ma-
drid, dejara allí los restos últimos
de su juventud y venia a tomar
aires, remedio de desahuciados y
evito funesto casi siempre. Fati-
gosa era su respiracion; el pecho
se le oprimia, a poco que se agitase;
las piernas le flaqueaban y, presa
de una especie de atonia, descubrian-
se a todos luces en su semblante
los caracteres de una tisis consuma-
da, si quiera se le hiciese creer lo
contrario y que su enfermedad
consistia solo en una simple pa-
sion de animo.

Marchaba, pues, muy des-

pacio al lado de D.^a Gliceria, como de
ciemos. Flora, madama y Adrian,
asomados aun al balcon, vieronle re-
gresar antes del toque de oraciones.

D.^a Gliceria saludó con el abenico á
las dos señoras desde la calle. Subió
con el enfermo la escalera y pene-
tró con el mismo en la sala de ma-
dama, donde una y otro descansaron,
retirándose este seguidamente á su
habitacion en el tercer piso y en bre-
ve á cama, no disgustado de haber-
seuelto sin hallar la deseada ca-
sa, si rendido de cansancio y lle-
no de melancolia, acaso, al verse
asi acabado, sin persona alguna
de su familia, enteramente solo.

D.^a Gliceria, empero, asis-
tióle con esquisita atencion y mi-
mo, acompañábale y daba conser-
sacion siempre que podía; ejercita-
ba, en fin, cerca de él los oficios tier-
nos de una madre ó de una her-

mana; pasando alguna noche, hasta sin dormir, sentada a la cabeza de su lecho; tan delicado estaba!

F. C., único conocido suyo en Santiago, acompañábale también de cuando en cuando, mas ese conocido tenía asuntos imprescindibles a que atender, dormía en otra casa y él, además, iba y volvía a las de los médicos en obsequio de su paisano: si, porque las volencias de este, agravadas el dos y tres, ocasionaron una junta de profesores, resultado de la cual fue convenir todos en que la enfermedad de aquel hombre era incurable y en breve le mataría.

Su pulso, tan pronto imperceptible, tan pronto vivo y frecuentísimo, inspiraba gran desconfianza. Luego cierta especie de delirio, a ratos y, final.

mente, alguno que otro curso de san-
gre.

D.^{ca} Gliceria procuraba no se
pararse un instante de su lado
y, tanto necesitaba tenerlo así, cuan-
to, entrando una tarde en su cuar-
to y no viéndole ni dentro ni fuera
de la cama, tubo de llorante
por su nombre, buscarle por
los rincones del aposento hasta
dar con él todo acurrucado a los
pies del lecto y casi debajo de es-
te; sintiéndole, además, saltar
del mismo una noche y poner-
se a andar por la habitación
hasta que, regociándose con dul-
zura desde un gabinete próximo,
en que reposaba a la sazón, hi-
zole acostar de nuevo.

Desconsolador era el esta-
do del caballero y su gravedad
aumentaba terriblemente; por
lo cual D.^{ca} Gliceria, de acuerdo

con F-C y los médicos, resolvió vi-
niese el perruco, a fin de que le
confesara y administrara el sa-
cramento de Extrema-Union, ca-
so de ser posible.

Ignoramos lo que en esto ha-
bo: solo si sabemos debió acaecer
en unas de las horas de la noche
del cuatro.

El inmediato día por la ma-
ñana Bienvenido acababa de lavar-
se y, estando con los peines en
la mano para componerse el
pelo, abrió madama de Gase-
la con silencioso disimulo la
puerta del gabinete, no la del
centro del tabique, sino la otra,
y, llevando en la derecha un
libro y sus anteojos, acercóse de
puntillas al hijo del señor de
Disneñavista, sin notarlo ape-
nas este, y díjole en voz baja:
— El enfermo está agonizando

y necesito ir arriba. Hágame v. el obsequio de acompañar y distraer a Flora; pues sentiría oyese al go y se alarmaría.

Bismor, instantaneamente sobresujido como si un frío glacial se apoderase de él, no supo casi que responder: madama de Garde se retiró. Ella iba a augurar a bien morir al caballero; Bismor a distraer a Flora.....!

Serenóse lo mejor que pudo y sin dilacion pasó a la sala.

Flora, descorridas las cortinas se sentó en una sillita baja dentro de esta frente al tocador, colocado en otra silla no muy alta, atusábase su peinado y retocaba los sortijillos ó capidillos. Bismor tenía aun los peines en la mano y, dando a su fisonomía un aire de sonrisa y tranquilidad, significaba de

su imaginacion no se apartara
lo que a madonna habia visto, si
quiera. se estremeciese, al consi-
derar lo efimero y seleznable
de terrenales gozes, la situacion
critica del que agunira y se des-
pide pora siempre, sin saber
a donde va; Bienor, repetimos,
cuercose a Florra y Bijula, en
medio de algunas delicadas cham-
mas:

— Magnifico, señorita! Estai
y hecha toda una emperatriz.
El peinado y los cuspidillos han
salido hoy a maravilla.

— Como siempre, Bienor.

— Como siempre, bien; mas
no siempre tan bien como han
salido ahora. Faltan solo las gor-
ritas de cintas verdes. La que
re el poner?

— No hay inconveniente.

— ¿Dónde está, pues?

Y Dámaso, andando por la sala,
hizo ademanes como se quería
buscarla.

— No se incomode V., Dámaso:
está aquí.

Y, poniéndosela en la cabeza,
miróse gravosamente al espejo de
paso que le cubría para colocar-
le en otro sitio.

— Eso, señoritas, me toca a mí,
dijo Dámaso, quien tomó entonces
en sus manos la silla donde el
tocador se hallaba y colócala jun-
to a la ventana de la sala, como
siendo luego: Yo iba a peinar-
me también, Florita: ¿quiero
V. tener la bondad de arreglar
mi pelo y abrir esta raya que
nunca logro abrirme bien?

— Ya sabe V., Dámaso, no es
la primera vez y que tengo
gusto en ello. Siéntese V. y ven-
gan acá los peines.

Bianor obedeció al punto y Flo-
ra empezó a peinarle con suma
calma, abriendo al propio tiem-
po la raya que dejó perfecta-
mente bien y limpia de toda
cropa. Lavóse incontinenti las
manos y, puesta á coser una
blusilla de percal y dos gorri-
tas, para regalar al recién na-
cido de una abeama pobre, se
partía se cuando en cuando con
Bianor que la leía á ratos tro-
zos del drama Isabel la cató-
lica por Nubi.

¡Mientras, el enfermo del
tercer piso entregara su al-
ma al Criador...!

Madama de Gavela escri-
biera un día antes á las her-
manas del ya difunto su ma-
lísimo estado de salud y bajo
luego, dejando arriba el li-
bro, sus anteojos y ejercida

una obra de sublime misericordia.
Flora y Teramor, signiera, como
jóvenes, pagasen un ligero tri-
buto de vanidad al mundo con
sus peinados, tambien las ejer-
cieran: aquellas, haciendo y re-
galando un traje por el des-
mudo: este, consolando y distra-
yendo al triste que parece; exi-
tándole disgustos nuevos y orgu-
lándole a sobrellevar las pesa-
das horas de su infortunio.

¿Seria igualmente meri-
toria, igualmente aceptiva a' la Pro-
videncia cada una de las ante-
rioras obras? — No lo sabemos.
Dios solo lo sabra: Dios que ve
nuestras fragilidades y miserias.
Dios que lee en nuestros cora-
zones; advierte nuestros pen-
samientos; castiga y remunera
con suprema imparcial
justicia. Verdad, empero, es

que poco, muy poco, se acuerda uno
de la eterna vida y, en vez de
acostumbrarnos a no temer la
muerte y evitar nos sorprenda
desprevenidos, en vez de fami-
liarizarnos con ella, como que
con nosotros va a todos lados,
come y duerme con nosotros,
lo último en que pensamos es
esto y esto lo último que nos
apena, sin duda porque es lo
último que aquí abajo también
sentimos y contemplamos, mas
¡ con que ojos, gran Dios! con
que ojos....!

El cadáver, sin aparato
ni ostentación, salió de casa
el seis de madrugada, tanto
que ni Bismarck se vio salir,
ni supo había salido hasta
que, baxante entrada la ma-
ñana, preguntó por él y por
su alma fue a ver una Misa en

la decima iglesia del Pilar. Poco
despues, unos albornices blanquea
ban la mortuoria habitacion
y D.^a Gliceria, consultando a'bia
por como letrado, deciale, entre
otras cosas:

— . Ese hombre ha muerto sin
testamento; dejó uno o dos bini-
les con ropa; algun dinero y alha-
jas que él mismo empeñaba a
inventarion a' ratos; pero esto no
lo escribio ni firmo él, sino F. C.
segun dictando iba el difunto.
Varias efectos quedaron, no obs-
tante, sin emotar y se emota-
ron luego, firmando a' conti-
nuacion madama de Gabriela,
F. C. y yo.

— . Es decir que 44. tres com-
pletaron el inventario?, in-
terrompio' D. Honor.

— . Cierto.

— . Jurolo, señora, desacerta

lo y no comprendo como madama de
Garela vino á incurrir en tal ligere-
za, en medio de que poco ó nada, prue-
ba semejante nota.

— F. C. repuso D.^a Gliceria, como
encargado en vida por su paisano
para correr con los funerales y de
mas gastos mortuarios, fue quien
de su misma letra le completó,
firmando madama y yo como
testigos que vimos estender el in-
ventario y vimos ademas lo que
el difunto dictara á F. C.

Diciendo entonces no pudo me-
nos de sonreirse y dijo á D.^a Gli-
ceria:

— Por mucho que la aseveracion
y firma de V. valgan en ocasio-
nes y circunstancias, nada, señora,
valen en el asunto de que se trata
y solo, acaso, servirian para pro-
porcionarnos las incomodidades y sin
sabores, especialmente si los herede-

ros se presentasen de mala fe. En es-
tos lances, Señora, es a la justicia a
quien toca inventariar, sellando y
custodiando bajo llave cuanto resulte
como del abintestado interin los here-
deros no se personan. Mas, una vez
nada escribió ni firmó el difunto, una
vez no ha habido ahí juen ni escri-
bano, que F. C. copie sencilla e in-
mediatamente en papel distinto lo
que su amigo le dictase y lo pre-
sente así a los herederos cuando
lleguen, manifestandoles con lisura
era cuanto el finado empeñaba
a hacer. Los herederos cumplirán
despues el inventario, o harán lo
que mejor les plazca. Puede tam-
bien adicionarle y presentarle así
adicionado, mas esto tendría, entre
varios inconvenientes, el de que, si
mañana u otro día descubriesen
los herederos algo no consignado en
el inventario, sería un cargo con.

tra F-C y un bochorno para 8. En
tiendo, de consiguiente, ser lo mejor
lo primero. Y 4.ª, señoría, no se mea-
cle en nada; límitese únicamente
á reclamar sus gustos; que, si ca-
ballerosos son los herederos, segura-
mente no deberían rogarse consejos ni
escatimárlos.

En su virtud rasgó F-C el in-
sentorio que madama, D.ª Gliceria
y él habían firmado, copió en otro
papel lo que el difunto había dic-
tado y presentó sin firma alguna
á la heredera luego que, días ade-
lante, llegó á Santiago.

Era esta una de las dos her-
manas del difunto y acompañába-
la, en clase de apoderado, un ecle-
siástico, quien, pasando una tar-
de á casa de D.ª Gliceria, cuando
Flora sabía ya todo, ó casi todo,
lo ocurrido, entró en la sala de
madama, á quien dijo, despues

de saludos muy corteses.

— La hermana del finado, con quien acabo de llegar a esta ciudad, me encarga haga presente a V. Señora, su gratitud y sus respetos, interin la misma no tiene a' hacerle, como ya quisiera muy. Pero el natural dolor, por una parte, y, por otra, su consorcio, con motivo de nuestro viaje desde Guay, bastaron a' detenerla.

— Que esa señora descanse y no se incomode; yo misma iré a' visitarla mañana, si mis achaques lo permiten.

— Espero que mañana tendrá ella tambien el gusto de venir a' conocer a' V. y ofrecerse a' su disposicion.

Persona atenta y fina, al parecer, el eclesiástico, nada habló entonces apenas de la herencia y al cabo de breve rato, despidiéndose aya

elemente de madonna y de Florita,
diciendo a la primera:

— Et esta mañana, señora, que
tenga la satisfacción de volver a sa-
ludar a V. en union de mi princi-
pal.

El día siguiente, con efecto, a
los doce de la mañana una mujer
delgada y alta, color trigueño, edad
como de veinte y ocho a treinta
años, vestida toda de negro y
acompañada del eclesiástico y F.C.,
formaba asiento en la sala de ma-
dama de Gavala.

Precedidos que fueron los sa-
ludos de etiqueta y el correspon-
diente pesame de ordenanza,
orijen de algunas lágrimas en
la enlutada, lágrimas que un
pañuelo blanco vino a enjugar
al punto, entraron en materia
ambas señoras y abordaron, no
sin rodeos, el objeto preferente de

la visita, o sea la entrega del exequi-
paje, sinero y alhajas del finado;
pues debe advertirse que, infor-
mada el día anterior la heredera
de la nota de F-C y cuenta de
gastos funebres, a ella unida, si-
jo al pariente y amigo del difun-
to.

— Mi hermano (y.g.h.) salió de
Madrid con ochocientos mil r.^s que en
el inventario no figuran: además,
me consta que él tenía, no solo
diferentes alhajas, como eran, en-
tre otras, un rosario de oro y
sortijas de diamantes, sino tam-
bien muchos y buenos comisolas;
efectos todos que tampoco apare-
cen en el inventario.

A cuyas reflexiones replicó F-C.

— Con una talega, señora, pudo
muy bien haber salido de Madrid
su difunto señor hermano y no te-
ner aquí una sobilla el día que

fulleció. Nada prueba, de consiguien-
te, lo que & indica. El me habló tan
solo de unos mil ochocientos r.^d que,
deducidos gastos fúnebres, como se
vea & en la cuenta sobre el par-
ticular, quedan en cuarenta y
tantos duros, cantidad existente
en mi poder y que a & entregará.
Esto, por lo que al dinero hace re-
ferencia. En cuanto a las alhajas,
nada me habló el difunto, ni se
si las tenía, o no; y, si a Santia-
go las trajo, juntamente con
esas tantas camisetas que & re-
fiere, en sus baúles estarán,
señora; pues yo ni me las he
llevado, ni las necesito, ni las
quiero: tengo mi conciencia
tranquila en esta parte; ser-
ví a su señor hermano con leal-
dad; corré por encargo suyo con
los funerales y, como amigo, hi-
ce generosamente en su obsequio

cuanto posible me fue hacer.

Abordado, pues, según decía
mos, el objeto preferente de la visita,
las dos señoras pasaron al co-
medor. F. C. y el eclesiástico las si-
guieron y allí, bajando a su vez
D.^a Gliceria y tras esta los baúles
y demás enseres del finado, pro-
cedióse al reconocimiento y entrega
de todo, informándose minucio-
samente de cada cosa la herede-
ra y regateando con impertur-
bable serenidad hasta la modes-
ta cuenta de gastos de D.^a Gli-
ceria, a quien apartó con la in-
significante suma de media onza,
reconocimiento y entrega que ter-
minaron a las tres de la tarde,
hora en que, hecha cargo de to-
do la herederay dado a F. C. re-
cibo satisfactorio, firmado de la
misma y su apoderado, despidie-
ronse estos de madama de Ja

vela, tornando acto continuo a' la sala, donde tambien lo hicieron de Flora que con Bismor aguardaba impaciente a' madama, para comer.

XIX.

Flora sentíase a' la sazón muy abisada en sus dolencias; comía regularmente y, por indicación del médico, salía a' pasear de noche; pues no se atrevía a' hacerlo de día, como atrás dijimos, a' causa de tener que ir cogida a' alguién, muy despacio y parándose o sentándose de trecho en trecho.

Bismor era siempre de la partida y, con Bismor, lo eran torn-

bien, ora la misma D.^a Gliceria y al
gun joven tertulio, ora la viuda
D.^a J.^{ta}, visita de madama y de
Florita. Esta daba el brazo a' Bia
nor, como al amigo de mas confian
za poria ella en Santiago, como
al amigo, a' quien sin rebozo po
dia abrir su corazon y comuni
car lo que en el pasaba, especial
mente hallandose, enal se halla
ba, distante del inolvidable obje
to de su cariño, como a' un ami
go, en fin, que la comprendia, da
ba oportunos consejos alguna vez
y la estimulaba a' salir, siendo
que el ejercicio al aire libre, lejos de
perjudicarla, era muy conveniente
a' su salud.

Alli salieron diferentes no
ches hasta la Quintana, en la
escalinata de cuyos soportales se
sentaban, despues de echar Flora
en el correo carta para su ma

ma, o' para el ausente Anisio, se
quien hablaba luego a' Driamor, y
tandole sus bellas prendas y con
segura parecia estar de la bon-
dad y firmeza de su passion.

La Quintana era para
Flora el predilecto sitio de descom-
so. Allí pasara otras noches con
su amante y madama de Gara-
la y allí cada objeto que a' la vis-
ta se la presentaba traia a' su
mente un recuerdo que no oculta-
ba a' Driamor: los silenciosos tor-
res de la catedral; el reloj que
marcaba las horas y los cuartos;
el convento de San Puyo, en al-
guna de cuyas rejias asomaba,
entre el reflejo de una bujia o
lámpara, la cabeza de una
monja; las ventanas abiertas
de las vecinas casas, interiormen-
te iluminadas y dejando ver de
tiempo en tiempo alguna perso-

na ó sombra que cruzaba, y has-
ta cualquiera misteriosa luz que
aparecía hacia la puerta de la
iglesia del expresado convento, ó
hacia la puerta santa de la
catedral.

La noche del día dos estuvie-
ron en la escalineta de la uni-
versidad; luego en la alameda
y fueron en la del ocho a S^{ta}
Clara, al pie de cuya fuente se
sentaron en un canapé de pie-
dra bajo la verde copa de unas
acacias que ni la menor brisa aji-
taba; y se sentaron, porque Flo-
ra había llegado hasta allí sin
descansar y porque el sitio aquel
y la noche misma brindaban al
reposo.

Sentados, pues, en S^{ta} Clara,
como en la Quintana, y orien-
tados fumando su cigarro, separ-
taron alegremente y embelesados

en contemplar la luna, que aparecía
y desaparecía entre las nubes, no me-
nos que en oír, ya el murmullo de
la vecina fuente que corría, ya
la campana de los carmelitas,
que llamaba a coro, ya el trote
de una caballería que pasaba,
ya el chirrido, en fin, estridente
y monótono del carro del labrie-
go, entrando en la ciudad.

¿Quién quería que Floria
persecirra mucho y esta sabía ya
cuanto la mejoraba el ejercicio,
moderado si, pero frecuente. Bia-
n por tiempo lo desconocía, can-
tes reparaba en ella menor can-
soncio se día a día, mejor sol-
tura en el andar y mejor color
en el semblante, por eso no ce-
saba de escitarla a salir. Cesien-
do, pues, a una de tan justas
excitaciones de la más fina
amistad el unirse por la tarde,

ciñóse á los hombros y sobre su ves-
tido de hábito un hermoso pañuelo
lo grande de seda; púsose una
mantilla negra guarnecida de
ricas blondas y, al caer del sol, cuan-
do todo empezaba á respirar fresca
cura, salieron ella, madama de
Guicela y Bianaor hácia la iglesia
del Pilar, abierta á la seroton con
motivo de la fiesta de S.^{ta} Filome-
na. Ocurron un rato en aquella
iglesia y, subiendo luego la escali-
nata de la alameda, siguieron
por el paseo nuevo que circun-
da el montecillo de S.^{ta} Susana
y vinieron á desembocar en la es-
quina del colegio de S. Clemente,
continuando su paseo por la Puer-
tafajera y Orna del Villar hasta
el Café grande.

Flora ostentaba un color
lindísimo, bastante caligria, al
parecer, y marchaba por si sola

a la derecha de Biemar, quien a su
izquierda llevaba a madama de
Gaxela.

Al entrar en la Plaza, trope-
zaron con Narciso y otros dos
o tres que se dirigian hacia la
alameda. Sorprendido el prime-
ro de tan inesperado encuentro, ig-
noramos lo que en su interior
debio sentir al pronto y lo unico
que podemos asegurar es que
de repente se puso palido y ba-
jó los ojos por no saludar.

Sentados en el Café y ha-
blando del encuentro del capitán,
tomaron un sorbete y, al retirar-
se por la misma Plaza, tropieza-
ron tambien al médico que felici-
tó a Flora, no solo por haber
salido aquella tarde, sino hasta
por serla de tan buen semblan-
te. Cerca de su morada, visitó
luego a las dos señoras a Descombar

y tomar chocolate; pero ellos, agra-
deciendo la invitacion, dijeron iban
a hacerlo en casa, con animo de vol-
ver a salir de noche. Y en efecto, cer-
radas que fueron unas cortinas y to-
mado que hubieron chocolate, des-
pues de una media hora de descan-
so, salieron en compania de D.^a
Gliceria, Bismor y el josem B^{xxx} ha-
cia el correo, al pie de cuyo edifi-
cio se sentaron todos, como otras
veces, en la escalineta que alrepi-
ste, tan pronto Bismor echó en el
buzon las cartas.

Sentadas con D.^a J^{xxx}, el mis-
mo josem y Bismor estuvieron
tambien alli la noche del Dia
Diez, noche en que el ultimo las
llevó a ser el Neorama. La mu-
sica de un organillo indicaba la
casa y atraia a los aficionados.
Subieron todos y Bismor presen-
tó sillas a las señoras, para que

descansaron un momento. Flora dejó en breve la suya y, leyendo la papel la tarjeta colocada en cima de cada lente, miraban y resolvian a mirar entrambos con satisfaccion y por veces los siguieron vistas:

A la izquierda, entrando,

• Vista de Viena = Ana de Austria, sorprendida al oír hablar de una conspiracion en sus propios salones = América: Toma del fuerte de S. Juan de Ulúa por la escuadra francesa en 27 de noviembre de 1838 = Una partida de caza en tiempo de Luis XV = Una gavilla de ladrones, robando a unos viajeros = Vista de una aldea cerca de Atenas. = Diego Velazquez de Silva, concluyendo el famoso cuadro de la familia de Felipe 4.^o = Rubens, presentando una de sus obras a Maria de Medicis = Tuleika ofre-

ce una rosa a Selim = Vista exterior
del teatro de la grande opera en
Paris."

29, Sando vuelta sobre la Dere
cha,

"Palacio de marmol del empe
rador de Rusia. S. Peterburgo = Amo
ros de Rodrigo y Jimena en la his
toria del Cid = Vista jeneral de
Punan = Cherbourg visto desde la ra
da = Vista de Barcelona desde la
Barceloneta = Vista de un pueblo
de Oriente = Vista jeneral de
Atenas = Constantinopla: Sivi
sion de vapores de guerra fran
ceses e ingleses a las ordenes del
contra-almirante Le Barbier
de Finau en el fondeadero de la
Corne d'or el 1.º de octubre de 1853.
= Primera entrevista de Manon
Lescart y su amante = Segunda
entrevista de Manon Lescart y su
amante en el locutorio de S. Sul

quien en Paris."

Callado que hubo el orgullo
y observado cuanto en aquel local
habia que observar, trataron de
retirarse: eran ya las once; baja-
ron la escalera y, despidiéndose
de D.^a J.^{***} y del jóven B.^{***}, siguie-
ron con Bismar hasta casa, de
pechos en cuyo balcon solia que
fuese Flora un rato antes de
cena.

Distraída en ver allí como
la luna y las estrellas en los cie-
los relaban, pensaba en su an-
tepe querido Anisio: llamaba
luego al hijo del señor de Bisue-
ñavista y, corriendo a su lado
este, social con natural lin-
guida melancolia.

— ¡ Que hermosa luna y cuan-
ta fulgente estrella, Bismar...
— ¡ No oye V. la brisa que
susurra entre los verdes árboles

de esa alameda? ¿No parece a' v.
misteriosa aquella centelleante luz
que allá se acerca por la calle sin
ser vista la persona que la lleva?
El correr de esa fuente del Colegio,
¿no percibe v....? el ruido seco de
las pisadas del transeunte; esta
soledad y hasta este silencio mis-
mo de la noche; cuanto dicen
al corazón que ama, Bismar....!

— Mucho, mucho, amiga mía;
mas no debemos ocuparnos ahora
de eso, sino de cenar.

Los dos se retiraban a la
sala y la cena era servida gene-
ralmente en el comedor, donde ma-
damo de Gaveta y Flora escribían.
Madama no cenaba: daba con-
versacion y veia como Bismar obli-
gaba a' Flora, diciendole
que, o' él no tomaba nada, o'
habia de tomar ella de todo lo
que él tomase. Entonces la jo-

sen se reía; tomaba de todo algo y
todo lo aprovechaba.

Terminada la cena, Flora
cujía una jorra blanca con agua,
salía a regar en el balcon unas
albahacas que allí tenía; Bienor
marchaba a su gabinete y, cer-
rando su vidriera, no sin diri-
gir alguna palabra de cariño
a la regadora, dabanse entran-
cas las buenas noches; Despedian
se hasta el siguiente día y Flo-
ra cerraba tambien luego la
vidriera del balcon.

XX

Ademas del frecuente ejer-
cicio á pie, aconsejaba tambien
el médico a Florita, y prove-

nia hasta su morada; algunos paseos
a caballo por la montaña antes de
que ofendiera el sol.

Disieronse, en su virtud, dos
cabalgaduras, una burrica y un
caballito: este para Flora y aque-
lla para madama de Gaveta.

Diomedes, que ya intimamente
trataba a las dos señoras, que co-
mía y cenaba diariamente con
ellas y de noche las acompañaba
siempre en sus paseos; Diomedes,
decimos, creyó un deber de aten-
ción, de compañerismo y de amis-
tad acompañarlas igualmente
en sus salidas a caballo, mucho
mas no teniendo, como a la sa-
zon no tenían, hombre alguno
que las acompañara, si se excep-
túa el sueño de las cabalgadu-
ras, y siendo cuan expuestas
iban a cualquier percance solas
y enfermas cumbas. Alquiló, pues,

un caballo y el doce a las siete de la
mañana empezaron estos paseos,
comenzando los tres por la calle
del Hórreo y Puente Pedriña has-
ta Sta. Lucía, lugarajo en el
cual se apearon y, sentados a la
sombra de un emparrado de
elevada vid, tomaron unos
cuentos dulces que pidieron de
sora a prevención. El mismo
y las dos señoras bajaron lue-
go a pie hasta una roblecillo
contigua y, sentados meramen-
te allí bajo la copa de un cas-
taño, entreteníanse en ver cu-
mo sobre el césped retozaban
algunos muchachos. Mas el
sol empezaba a descubrir y,
volviendo seguidamente hacia
el meson, donde esperaban el
mozo y las cabalgaduras, mon-
taron y tomaron, final-
mente, a la ciudad muy sa-

trabajos de este primer ensayo, á que
siguió otro hasta S. Marcos, en la
carretera de Lugo, y otro, cami-
no de Noya, hasta la fábrica
de paños del caballero B^{***}, cuya
joven y amable hija, acompañada
de un dependiente, enseñóles los
departamentos todos del estableci-
miento, provistos unos de escelen-
tes máquinas en ejercicio, y ocupa-
dos otros con abundante surtido
de primeras materias destinadas
á la elaboración; ensayos que me-
joraban visiblemente á Flora,
no impidiéndola ir de noche á
la Quintana, ni pasear en la
alameda, como pasó la tarde
del catorce con madama de Ga-
zela y Esquivar, si quiera la eno-
jase un poco ver allí al capitán
Navarrio que, mirándola de
soslazo y con afán, no tenía va-
lor, empero, para saludarla y sa-

ludar a quienes con ella estaban;
ensucios de media legua que na-
da dejaban que cesar y precedie-
ron a otro ultimo el dia quince
que, por ser el de la Asuncion,
celebraba los suyos madama de
Gavela.

Ese dia, pues, marcharon ca-
mino de Pisueñavista, o de Bia-
vor, como decia Flora, y llega-
ron a la S.***, aldea distante
una legua de Santiago. Bienor
llevaba tambien dulces aquel
dia; Flora, alguna fruta; y, sen-
tados a disfrutar de una y otros
en un pequeño soto orillas de
la carretera, no repararon al
pronto, ni en la distancia que
de la metropoli les separaba, ni
en que el sol iba a calentarse.
Bienor advirtiólo luego; indici-
lo a las señoras y, puestos in-
meditamente a caballo, regre-

salieron con paso vivo a la ciudad, bien
que no tan temprano como los an-
teriores días y, de consiguiente, no
sin recibir algún calor. Mas ni
aun este ligero exceso hizo daño a
Flora. Ella estaba muy contenta
de haber trotado sin peligro de
la cabeza: ella, entrada en casa,
bailó, rió y comió cual nunca
Bianor la viera comer, acaso, des-
de que la conocía: ella, mirando
ya entonces a Bianor como a un
hermano y este a Flora como a
una hermana, referiale impre-
siones de la época de sus prime-
ros amores con el joven F***, a
quien tanto aborreció (después) y
de quien hablamos en otros sitios;
imágenes tiernas que la misma
había escrito y rasgó cuando su
venida a Compostela. Referiale
igualmente lo que, acerca de su
porvenir, había anunciado el

fratológico Curri-Soler. Me citaba ser-
sus que diferentes apasionados la
compusieron en mas alegres años.
Me citabalo tambien propios, unos
sobre todo, compuestos en Cañás
cierta tarde que, hallada en aque-
llas minerales aguas, y sinieron a
visitarla unas amigas, las cuales,
contando, se retiraban muy go-
zosas, mientras Flora quedaba
llena de melancolia y de dolor.
Y ella, en fin, madama de Garse-
la, D.^a Gliceria y Bismor pasea-
ron juntos la noche de aquel
dia mismo por el camino nue-
vo y la alameda.

El bien y seis marchaba a Pi-
menaxista Bismor y, hablando con
el Florita por la mañana, dijo-
le entristecida:

— Si se marcha hoy, Bismor,
y mi jénero de vida va a ser
desde esta tarde muy diferente

del que cayer mismo notaría &. La
comerzacion de dos mujeres, que
ha tiempo se conocen y se ven to-
dos los dias, a todas horas, causa
pronto. Cosiendo, o leyendo, pasa
re' jinto a esa ventana las ma-
ñanas y las tardes; saldre' muy
rara noche y me aburriré mas
de una vez, no teniendo, como
no tendré, con quien charlar.-
Siento, ademas, una fatal cora-
zonada: se me antoja voy a es-
perimentar un gran disgusto,
o dolor. El capitán es capara de
cualquiera cosa: un dia juró
vengarse de Anisio y, para in-
disponerle conmigo, creó un en-
ganarme si aseguro que algo
ha imaginado. Se' que él se de-
jó decir temia ya convenien-
to Anisio de lo en estos dias
ocurrido, de mis paseos, Bicimur,
a pie y a caballo en compañía de él;

estos inocentes poseers que tan buen
resultado me han traído, pero que
van a salirme caros, demasiado
caros, Dícenme.

— ¿Será capax, Florita, de
famear la infamia el capitán?

— Navarro es capax de eso y
mucho mas, Dícenme. Si no le co-
noce bien; yo si le conozco y sé
el eco que en el jenio y corazón
de Anisio va a producir la ca-
lumnia, solo nombre que me
recorrió cuando de mi le diga, o
monde a decir, salido de cualquier
sujeto.

— ¡Dientolo por si y por mi tam-
bien; pues no quisiera que si sufra-
se, ni que mi nombre anduviera
en profanos labios.

— Si, Dícenme, no pierde nada
y se sacude bien, mientras seré
yo la que realmente sienta, la
que realmente sufra.

— Estemos inocentes, Florita, que Dios guerra triunfe al fin la inocencia. Créo haber indicado en otra ocasion a' S. y, si no, lo indico ahora: instruya S. en tiempo a' Anisio del objeto de mi estancia aqui y del papel que en la habitacion de S. y de madama desempeña. El debe conocer muy muy bien a' S. y nada dudará, por lo mismo, de cuanto S. le diga.

— Instruido le tengo ya, Florita, y créo que Anisio me conoce bien; empero, para el ausente, para el que por si mismo no puede enterarse de como las cosas acaecen, mas cierto se hace a' veces lo que un hombre ruin y bajo le comunica que cuanto pueda asegurarse su encumbrada.

— Anisio es joven de talento, Florita; no ignora lo que es el capitán y debe saber, por otra

parte, que solo en él tiene infecto
origen al presente toda intriga que
mas o menos lleve por objeto lastimar
el honor de él. Como quiera, juzgo
en su lugar ese paso y añadiré
que si el mudar de albergue yo y
no visitar sino muy rara vez á
él puede evitarla alguna pena, des-
de luego me decidí á no parar de
llegar mas en este donde convivió á él.

— No haga él tal, Vicario: nada
se adelantaría ya con eso; pues al
hombre que se propone inferir da-
ño á otra persona, nunca faltan
medios de conseguirlo. Además, ese
alejamiento mismo de él, respecto á
mi, interpretariase como un delin-
to criminal, cuando por fortuna
y no obstante la amistad íntima
que nos une, nada tiene por
donde con verdad vejarnos quien
en el caso de él no fuese segu-
ramente tan caballero, tan

honrado y escrupuloso como & es. Siga
mos, pues, Bianor, como hasta
ahora y, & venga lo que viniere, Dios
me dará valor y fuerzas para re-
sistir y la inocencia al fin triun-
fara, segun & dice.

Bianor comio, como los an-
teriores dias, con madama de fa-
rela y con Florita; despidiendose
de la cual, a' poco de comer, dijota
sonriendo:

— Marcho contenta, por que veo
a' & muy mejorada y porque, don-
de quisiera yo este, tengo me pa-
rece una amiga que sabria pensar
alguna & en mi. Quiero, pues,
quede & tambien contenta y no
pierda el terreno conquistado en
estos pocos dias. Adios, Florita:
i me empeña & formal palabra
de estar alegre, de no dar oido a'
chismes, alimentarse bien y hacer
esfuerzos para avigorarse y ade-

lento mas de dia a dia.

— Haré todo lo posible, Damián,
pues interes grande debo tener
en mi salud, cuando tanto por mí
se interesa &. &, a quien solo gra-
titud, un solo reconocimiento de
gratitud, es lo que ofrecer pue-
do ya.

— La buena amistad de &. Fla-
vita, es la que quiero, es la que
me basta hoy.

Y, dicho esto, Damián se reti-
ró, baxó la escalera, montó a caballo
y partió hacia Nisneñavista, son-
de solo pasó el diez y siete, pues
cortar de Pontesedra hallada en
casa de su padre, al regresar
de la metrópoli, obligóle a cami-
nar segunda vez hacia la capi-
tal de la provincia el immedia-
to diez y ocho.

XVI

Drilladas algunas dificultades que
en la diputacion surjian; llegó el vein-
te y tres y, no siendo ya indispensa-
ble en la capital la presencia de Bie-
mor y si en Santiago, donde hacia mas
de un mes tenia jornaleros ocupados
en la reparacion de una casa, tomó
el coche y antes que el sol se agues-
cia se pudiese entrar en la de D.
Gliceria, casa donde le esperaban
ya madama de Garcla y Flora;
pues visto le habian ir hacia el ca-
rrocer en el carruaje de Pontese-
bra que acababa de pasar; y,
tanto le esperaban, que, subien-
do Bieamor la escalera del segun-
do piso, Flora y madama salieron

a' su encuentro: esta, amable y tranqui-
la, como siempre: aquella, amabi-
lísima, pero triste, desmejorada
y con una gorrita negra a la ca-
baza.

¿Que sucediera a' la Semuda
sa joven en los dias que mediaron
desde el diez y seis al veinte y tres
de agosto? — Lo que su corazon
la predecia. El capitán, con efecto,
desfigurando inocentes hechos con
suposiciones falsas combinadas a'
su placer y transmitidas por si, o
por medio de otro a' Anisio, se
mia alarmado ya al ausente a-
monte, quien en dos cartas re-
cientemente escritas, no de ma-
la fe, si en malhadada hora
de vertigo y atolondramiento,
vino a' insultar al isolo de su
alma, a' su amor, a' aquella
Flora, hablando con la cual,
dijera mas de una vez en me-

jores días: "Quiero a' él, Florita,
tanto, que imposible me parece
lleque a' desconfiar jamas de él;
porque él es mi madre, mi her-
mana, mi amor y todo para mí."

Poco, o nada, nos importa
aquí el literal texto de seme-
jantes cartas. Poco, o nada, im-
portaría a' nuestros lectores. Bús-
temos y bástelos saber que en ellas
llegó a' subirse de la reputación
de esa madre, de esa hermana
y de ese amor, con impremedita-
da audacia, seguramente, pero
siempre con audacia; y ellas tra-
toraron de tal suerte a' Flora
que nunca Ojiamor la vió así
afectada, ni de peligro tanto
como entonces.

Abatida y cavilosa a' cada
instante, ni madama de Garce
la acertaba a' distraerla, ni Oja-
mor sabía que resorte elegir, a' fin

de alejar de su imaginacion el con-
tado de aquellas cortas. Siendo na-
da se conseguia, trató de discul-
par del modo mejor posible á
Anisio, siquiera fuese este quien,
insultando á Flora, ofendia in-
directamente á Nicomedes.

Acompañado de madama
de Gurela y D.^a Glicaria, hizo la
salida á pasear de noche y, mar-
chando del brazo juntos por el
camino nuevo, decíala, entre
otras cosas:

— No es que Anisio quiera rom-
per con su Flora, no; es que él,
dando á sí la importancia toda
que se merece, teme haya avor-
res, tan rapaces, que intenten
arrebatarle su paloma, por
mas que ella haya y conozca
los envoltos de esos avores; y que
mucho lo tema, si le partici-
pan que un avor anda dentro

del palomar...! Es que Anisio no quis-
ria a' el, no le devia esa importan-
cia misma que merece si, en sea
se velar por su ignorida y adver-
tirla de los peligros, de las ace-
chanzas que contra su honor se
tendran, insensible e indiferente
se mostrase a' todo, cual pudiera
hacerlo la persona mas estraña.

— Conozco eso, Bismor, e infelixa
de la mujer que con prudencia no
es celada: veces heuy en que ella mis-
ma se enorgullece de que la celan;
y este celo, nada indiscreto por
cierto, lejos de ser reprehensible, es
laudable, honra al hombre y
enaltece a' la mujer por quien se
tiene; pues ella sabe entonces que
vale algo y no es indiferente al
que se esta muerte la vijila. Pero
no es eso lo que Anisio hizo ob-
servar: el, creyendo al estrañio mas
que a' su amada, directamente

te la ofende desde luego: él supone
que mi amor hacia él es una for-
za, un engaño, y que admito ob-
sequios de otro hombre, obsequios
que ruborizan. "En la soledad,
al lado de una mujer con quien
la naturaleza escasa no fue en
dones, el cielo solo puede dar tes-
timonio de ciertos hechos.....!"

Esto, Diosvor, es lo que ofende; y
solamente me es el decirlo, Anisio
es quien a su Flora escribe es-
to.....!

— Dura y significativa es, en
verdad, la reflexión; pero mu-
cho debió padecer Anisio al
escribirla y sabido es que un
amante ausente es por lo común
recluido y exajerado. Si propiamente
no dijo el otro sí "para
el amante, para el que por
sí mismo no puede enterarse
de como las cosas acaecen, mas

cierto se hace, a veces, lo que un hom-
bre ruin y bajo le comunica que
cuanto queda asegurarle su ena-
morada? "Díngase V., Florita,
en el lugar de Anisio por un
momento: él tenía un peso sobre
el corazón, un gran peso que sa-
cudir y ¿con quien mejor que
con su amada había de desahoga-
rse, siquiera, desahogándose,
lanzase una expresión mas à me-
nos fuerte contra ella? Anisio
es fogoso, V. lo sabe: no pensó
en el daño que iba à hacer y,
arrepentido, tal vez, à estas fe-
chas de lo que escribí, anhela
expiar su ofensa y jeneroso per-
don recibir de V., à fin de con-
tinuar amandola, pero con mas
interés, con mas vehemencia que
hasta aqui. J., que arrepentido
no esté aún, ocasion llegará,
Florita, en que el antifaz de la

mentira caiga al suelo y luxca en to-
do su esplendor el rostro puro de la
verdad. Entonces, la que hoy sufre
gozosa y humillado, abatido an-
te sus pies, verá sin duda al
impaciente amante que un día
la insultó. Nada hoy se recon-
venciones contra Anisio: la dig-
nidad de él se rebajaría y el
talento y la dignidad de Flora
no se rebajan; pues saben con
exceso y, cuando convencer no
logren, escribir sin agraviar.

— Mas ¿por qué este hombre,
¿diganme, por qué este hombre,
había de tratarme así, sabien-
do lo que es Narcisio y sabiendo
que nadie sino él, pudo haber
sido autor de esa trama mudi-
ca ahora.....?

— Por qué idolatras a él y quisie-
re nada haya que decir de su Flo-
rita, ni se la encomore nadie.

Siguieron al anterior diálogo oportunos consejos por parte de Bricenar, consejos hijos de la más pura amistad, como, entre otros, era este: "Cuando el médico, atendido el estado de salud de el. La permita retirarse de Santiago, no si fiera el. La marcha al lado de su mamá, quisiera no sea más que por evitar alguna otra intriga, otros disgustos. Una joven del físico y morales prendas de Florita tiene que llamar precisamente la atención donde quiera se la vea, o se la escuche, y mejor es se la vea y se la escuche al lado de su mamá que al de una persona extraña, por buena que esta sea."

El veinte y cuatro era Domingo. Bricenar observaba en Florita el mismo abatimiento que el día antes: propiusola salir

a' pasó por la tarde: ella, empero,
no se decidía y solo, escitada a una
y Flora sea de Bianor y D.^a G.^{ta}, hu-
bo de resolverse al cabo y juntos
los tres con madama de Gavela,
saliéron por los Agros hacia
Cornes; en cuyo campo se sen-
taron y han estado mediano va-
to; volviendo seguidamente en
mucho conversacion a' casa, don-
de Flora no tardó en irse a' cama.

Descorridas, ya en el lado,
las cortinas de la alcoba, acercó-
se Bianor a' preguntar como
se hallaba.

— Me siento bien, dijo, por
ahora: noto, sin embargo, no
sé que síntomas: se me anti-
ja tengo arraigos de convulsión.
No me dejen v. sola, Bianor.
Quiero que v. hablen cerca de
mí; así podré yo hablar tam-
bien sin dormirme.

Y madama de Gavela y D.^a J.^{***},
con D.^a Gliceria y el joven B.^{***}, re-
cientr entrado, se aproximaron y,
hablando entre si alternativamente
de diferentes cosas, hablaban
al propio tiempo con Florra y Mia-
urr que, sentado a la cabecera
de su cama, con ella era con
quien mas a menudo se paraba.

Llegada que fue la hora
de cenar, madama de Gavela
y el hijo del señor de Pisuena-
vista quedaron solos con Flu-
rita y, a fin de que esta cenara
alguna cosa, hubo de per-
manecer aquel en la alcoba y
cenar allí sobre el velador, desde
donde el mismo la servia y
hacia platos, bien que todo lo
dejaba casi sin tocar y pronto
quedo dormida.

Primer trato entonces se
retirarse y, al hacerlo, dijo a ma-

Como le avisase, si ocurría novedad.
Fuso luego a su gabinete y se ausen-
to.

El inmediato día salió de ma-
drugada a ver sus operarios y,
volviedo a casa como a las diez
de la mañana, preguntó a ma-
dama de Gavela por Florita.

— Durmió regularmente, aun-
que soñando: ahora la tiene
s. con una convulsion, mas no
muy fuerte. Sírase s. pasar
adentro y veremos si entre los
dos nos remediamos, sin apelar
a nadie mas.

Díctor entró al punto en
la alcoba y, mirando a Florita,
conmoviase al verla casi como
muerta, con el cabello esparci-
do sobre el rostro y estremecien-
dose a cada instante. Madama
de Gavela empenó a cojer-
la de los brazos y, notando

que con las suyas contenia serrietas
la ropa de la cama hacia las piernas,
a fin de que no los descubriese,
ni en ellos hiciera daño,

— Yo haré eso, dijo: temo me
de un golpe en el pecho con los
puños y mejor es se venga a
aquí.

Bismarck cambió de sitio y,
sin molestar a la convulsa o en lo
mas minimo, rodeó con algunas
almohadas su cabeza, tomó en
tre sus manos las de la joven
y cariñosamente y sin que
fuera la contuvo en dos o tres
movimientos bruscos que hizo
con los brazos, entre suspiros
cortados.

Ella abrió luego las manos
y los ojos: llevó a la cabeza su
derecha y dijo, mirando de hito
en hito a un cadáver de gacela:

— ¿Y mis cartas, Morruja....!

— ¿Dne cartas, hija?

— Mis cartas.....!, volvió a decir e,
incorporase en cama de repente: alio
luego una de las almohadas: debajo de
ella tenia, entre otras, las fatales
cartas y, empezando a separarlas,
"una, dos," murmuró: "estas son"

Recostose seguidamente y, con
las cartas en la mano, volvió de
nuevo los ojos a madama y dijo,
por ultimo:

— Son mias, Mariuja: yo soy
su sueña; yo, ya lo sabes..

— Bien, mujer: ¿Quien te las
coje?

— Florita, hija mia, ¿que
es eso?, preguntó entonces, sien-
dola en tal estado de amor

— Sudo mucho; no es verdad?

— Si, Florita, si; pero ¿Dne
es eso?

— Quisiera llorar y no pue-
do; cuanto diera por llorar.....!

Y, sentándose en la cama y de
jando caer la frente sobre sus ma-
nos, añadió:

— ¡Pobre cabeza mía!; Como estáis!
; Como me dueles!

— No es extraño, no, vida mía, in-
terumpió Biamor. Un momento
de sosiego, que ese dolor ha de pa-
sar.

— No tan pronto, Biamor, co-
mo v. cree.

— Si, Florita; hai de pasar.

Madama de Gazela sirvióla
ceto continuo un sencillito caldo de
puchero; tomóle Flora sin repug-
nancia y vino a quedar mas sose-
gada y en conversacion con Bia-
mor durante largo rato.

A su hora, comió poco y,
aburrída de la cama, levantóse
a media tarde; peinóla D.^a Glice-
ria y se ciñó la gorra negra; sen-
tándose incontinenti a coser junto

a la ventana otra gorriilla de cin-
tas encarnadas. Madama se ga-
sela dijola no consentia aquello; pe-
ro Flora la respondió:

— En algo me he de entretener,
Mami, ¿o he de estar memo so-
bre mano?

Bicnur entraba a la sazon
de afuera: dijola lo que madama
y añadió:

— Hablemos los dos, amiga mia,
de cualquiera cosa y a un lado la
gorriita.

Flora entonces se levanto; pa-
so a la alcoba en busca de una
almocada y, soblandola, despues de
haberse sentado en una silla ba-
ja, reclino sobre la almocada su
cabeza y apoyo aquella contra
el cuerpo de Bicnur que, sen-
tado en otra silla alta, sabala
consercion y hacia surreir
alguna vez. Empero, la cabeza

se la iba; así que tomó dos sorbos
de chocolate y se acortó; deslinan
dose aquella noche en aquella sa
la lo mismo, poco mas o menos,
que la antecederite.

XXII

Díaznor salió el veinte y seis,
como se costumbre, a ver sus ope
rarios a tiempo que todo en la
casa era silencio y nadie aún se
levantara. Mas, al volver a casa,
hora en que Florita solia des
pertar, Díaznor entró en la alca
ba: Florita habia ya, con efecto,
despertado y la causa que a ella
la forzaba era terrible. Quería
hablar y no podía: la sangre se
agolpaba a su gorguenta y esta

señgre era como un dogal que la
oprimia y ahogaba: sus estremi-
dades estaban frias como el hielo:
su rostro amoratado: sus ojos en-
cendidos, chispeantes, y su fren-
te humedecida por un sudor
nada envidiable.

D.^a Gliceria aparecia co-
mo costada: madama de Gave-
la esperaba fuese aquello un
amago de corta duracion y
Picinor tuvo momentos amar-
gos en que creyó realmente
se ahogaba y mas de una vez
recorrió los un tanto semejan-
tes que á la muerte de su ma-
dre en Pismenavista precedie-
ran.

Decidido á no abandonar
á la pobre Flora en aquel
trance y á serla útil desde
luego en cuanto se él gen-
ciera, disimuló lo mejor po-

sible e', incorporándola sobre la ca-
ma y echémbola á los piés mas ro-
pa madama de Gavela, á fin de
que el calor se equilibrase, dijo
Bianor con gran cariño:

— Animo, Florita, vida mia:
ojalá que por los nervios, ó por
la boca salga esa sangre enve-
nada que incomoda ahora.

¡Si tuviéramos un medio de cal-
mar esa agitacion y obligar á
retroceder esa sangre...!

Flora entonces con gran fa-
tiga articuló las siguientes fra-
ses, deteniéndose un poco en ca-
da una:

— Si yo... pudiera experimentar...
..., yo buscaria..., entre otras...
..., muchas recetas... que conser-
vo..., una á propósito... para
esto...

— Indíquele si donde las tiene
y se buscarán, dijo Bianor.

— Si, añadió madama, indicamos
sonde estan; las buscaremos y tu
luego las repasaras y dirás cual
de ellas es.

— Dentro.... de mi.... baulito...
... estan, Maruja, envueltas
todas.... en un papel.....: no re-
velaras.... mucho.....: introdu-
ce la mano..... por los costados...
.... y en uno.... de ellos.... las ha-
llaras....

Madama de Gaxela tomó
entonces la llavecilla del baul:
firió por este de debajo de la ca-
ma; mas no acertaba á abrir-
le: abrióle Bricior y, sendo,
por fin, aquella con el paga-
te de las recetas, presentóle á
Flora que le desenvolvió al
instante y sacó dos, con su-
cumbas al desecado obje-
to. Cojiólas Bricior sin síla-
cion y, metiéndolas en el bol-

sillo, dijo:

— Ahora sírvase V., madama,
no dejar un momento sola a Flo-
rita interin salgo yo afuera con
estas recetas.

— Descuide V.

Y Bismar salió corriendo.

Aquí preguntarán nuestros
lectores; como en situacion tan
angustiosa y debiendo llamar al
médico, para ver que determi-
naba este, se prefirió no consul-
tarle y hacer lo que se hizo?

Pregunta oportuna y jus-
ta; mas nuestros lectores no sa-
ben aún, y lo sabrán ahora,
que el médico de Florita, sin
dejar sus enfermos encomen-
dados a otro médico, habia mar-
chado a Vigo, ignorándose el
dia de su regreso, y que Flori-
ta no permitio se recurriese a un
nuevo facultativo. Por eso Bria

por salió corriendo con las recetas,
encaminándose, no a la botica di-
rectamente y desde luego, sino a
casa del mismo médico de Flori-
da. Este no regresara aún y en
su virtud pasó a consultar con
Mr. de la Gilmena si procedían,
o no, las recetas y, caso procedie-
sen, cual de ellas sería la mejor.
Mr. de la Gilmena no estaba tam-
poco a la hora aquella en la ciu-
dad y Ojicmor, torcándose ya há-
cia casa sin atreverse a ir
en busca de ninguna de las
medicinas que señalaban las
recetas, temeroso de ocasionar,
acaso, a Flora un mal en vez
de un bien, paróse un rato:
acordóse del estado en que la
dejara y de haberla oído como,
en situaciones iguales a la en
que a la sazón se encontra-
ba, obtuviera siempre buen

resultado por medio de alguna de
las medicinas de aquellas dos re-
cetas. Volvió atrás entonces de
repente; enderrose á una bo-
tica de las mas acreditadas de
Santiago; hizo al farmacéuti-
co ligera reseña de lo que ocur-
ria y, asegurado de no resultar
inconveniente en que tomara
cualquiera de las dos medicinas,
optó por la mas suave; advir-
tiéndole el boticario la tomase
á cucharadas, una de hora en
hora, y que, si á la tarde sen-
tia notable alivio, lo verifica-
se de dos en dos horas.

Satisfecho Biomor en lo
que cabia de no haber proce-
dido á ciegos enteramente, lle-
gó en un momento á casa;
dió á Flora por su mano la
primera cucharada de me-
dicina y la enferma, antien-

Lo como especie de hervor en la gor-
ganta, empezó a calmarse y á
recuperar el natural color de su
semblante, tanto que pudo co-
mer ya luego alguna cosa, ser-
vida por Dicomor que, senta-
do al lado de su cama con ma-
dama de Garsela, comió á la vez
alli menos alarmado que en un
principio y hablando de cuando
en cuando con Florita que le
decia:

— ¡Cuán cerca, Dicomor, nos
cuesta nuestra amistad.....!
¡Cuanto debo á él! y ¡cuanto
he sufrido.....!

— Si, vida mia, contestó él,
si; pero madama y yo tambien
sufrimos, al ver padecer á él.
¡Como ha de ser....! Sufrir jun-
tos es mucho mejor que gozar
juntos. El dolor tiene lazos mas
fuertes que la felicidad para

estrechar dos corazones.

— En verdad que así es, encendió
Flora.

Esta por la tarde se levantó:
no gustaba pasar un solo día sin
peinarse: tenía, además, que es-
cribir a Anisio, cosa que no se la
podía prohibir; pues, acostumbraba
a no dejar en blanco ni un cor-
reo, escribiendo a su querido, lejos
de perjudicarse, quizá se distraje-
ra y consolara. Ello es que no hu-
bo novedad mayor hasta el inme-
diato día, ó sea el veinte y siete,
en que, hablando madama de
García con Bianor, a poco de
haber tomado este chocolate, si-
jole que la convulsion se repi-
tiera sobre la madrugada, bien
que sin carácter alarmante.
Mas a la convulsion sucedió una
modorra y a la modorra ensue-
ño, ó especie de delirio que, si

en el día cesó luego y no la impidió
comer, ni salir de cama despues,
a fin de peinarse y distraerse un
rato dentro de la sala, interin
no llegaba la noche para vol-
verse a cama, fue precursor
de otro mas imponente el vein-
te y ocho y que duró cuatro
horas largas, desde las doce de
la mañana hasta mas allá
de las cuatro de la tarde.

XXIII

En el delirio del veinte y siete
hablaba Flora de su honor como de
una riqueza inapreciable que por na-
da cambiaria: hablaba de Anisio
y, cojiendo sus dos cartas ultimas de
debajo de la almohada, donde por la

noche las dejaba "Estas son, decía, apre-
tendolas en la mano: estas son; ja
mas de ellas podrá sincerarse el
atrevido y dia llegará en que á la
cara se las arroje."

En el del veinte y ocho habia
una mezcla tal de cosas fiermas
que Diavari no podia menos de es-
cucharla con atencion y de dialo-
gar con ella; aunque sin abuso,
pues conocia el estado de debilidad
de su cabeza y el mismo, llenos
alguna vez de lágrimas los ojos, no
sabria hacerlo mucho tiempo, siguie-
ra lo intentara.

Flora acababa de recibir tam-
bien carta de su mamá, donde
donde, entre varias cosas, escribia
á su hija como á la sazón esta-
ba en la aldea y como sus herma-
nos habian tenido una partida
de caza, en la cual se acordarian
de nuestra enferma, Diestra sin

Suda, cuando sana, en el manejo de la
escopeta.

Esto contó madama de Gavela
a Bionor y esto debió ser, acaso, pá-
bulo al delirio de que ahora nos ocu-
paremos; pues, dormida, o amodo-
rada, Flora, leido que hubo la misi-
va de su mamá, despertó esperezo su-
bitamente, llena de sobresalto y
figurándose en la aldea; tanto
que, al acercarse madama, tomó
pronto sintió cruzar el lecho.

— ¿Que hace & ahí, abnelita?
La dijo, sin apartar los ojos de ella.

— ¡Niña! ¿Estás soñando?

— No estoy, no, abnelita: & vie-
ne ahora al lado mio, poria que
salgamos de paseo; pero ahora ha-
ce mucho calor, abnelita: saldré
mos allá mas tarde, si & quiere,
& iremos al Bosque, o al Molino.

— ¿Que Bosque, ni que Molino,
si estamos en Santiago.

— Si me engaña, abuelita.

— Somos, somos: despiertate, que
s'a' a' llegar Biamor.

— ¡ Ah! Biamor si que sabe todo lo
que pasa; mas él no puede venir
porque no tiene barca e' ignora
que yo me encuentro hoy en la
aldea. Si Biamor supiera donde
estoy, entonces él vendría.

— Pues ya serás como llega.

Biamor, con efecto, subia a'
la saxon de afuera y, entrando
en la aldea, halló a' Flora senta
da en la cama con una cham
brita blanca puesta y abotonada,
el cabello tendido sobre la cham
bra y sus ojos parecidas a' los de
una mujer loca, o' asombrada
cuando menos. Madama de Gasa
la la dijo entonces:

— ¡ Ah! eres que no te engañe:
mira como ha' llegado Biamor.

— ¡ O! Juan, interrumpió Flo-

ría, tomándole por su hermano, ya se que has estado de casa y bien pudiste haber contado con tu hermana.

— Ángel mio, respondió Biemor, aproximándose y cogiéndola de los brazos, no soy Juan; soy Biemor. ¿No me conoces?, Florita?

— Biemor!, exclamó esta, echando sobre él una mirada, no; no puede ser: tu eres Juan.

— Míreme & bien: soy Biemor, Florita.

Flora volvió a mirarle y respondió luego

— Sa, sa; ¿que hablas tu de Biemor, si no le conoces ni has visto nunca?

Biemor salióse entonces a la sala y, dejando a Flora con una dama y D.^a Gliceria, que acababa de entrar en la alcoba, sentóse en una silla sin saber que

resolucion tomar, no obstante que D.^a
Gliceria decia a' madama por lo
bajo escribiese a' la mamá de Flo-
ra, indicandola el estado de su
hija; idea que madama rechazó.

Pensado un breve rato, acer-
cose de nuevo de nuevo a' la cama
y, decidido a' representar el pa-
pel de Juan, por si de alguna
manera la hacia volver en si,
dijo a' la enferma:

— Si vieras, Flora, cuanto
de ti nos acordamos en la casa!

— Ya lo he' sabido. ¿tu i' que
matate?

— Dos perdices que te traigo.

— Dudo que la cocinera Gra-
bel las componga bien... Los
me dejais; pero ahora no será
asi, que yo saldré tambien. Va-
mos....

Y trataba entonces como de
echarse fuera de la cama.

— Hija mía, ahora no que hace mucho calor y es preciso comer primero: mas tarde saldremos juntos todos y tu serás de la partida.

— No me engañes, Juan. Ya sabes que siempre te quise bien. Dicen que en jenio algo nos semejamos.

..... Pero escucha: Sescóira haerto hoy un encargo...

— ¿Quémos.

Y, apoyado bien contra la cama y la cabeza inclinada hacia Flora, quiso a escucharla con peserosa atención.

— Voy a hablarte con mucha formalidad, Juan, y tu has de estar igualmente muy formal.

— Bien: ya lo estoy: ¿No ves?

— Mamá me lleva de esta al sea, no se adonde, y yo me de jo llevar. Anisso ha de venir aquí y quiero que cuando él llegue le seas tu. Entonces le das mi al-

bun y le dices, mira si me escuchas,
le dices sea con cuidado, con mucho
cuidado, las dos páginas últimas.
ellas le manifestarían lo que ha
de hacer y el punto a donde me
ha de seguir. Mamá no sabe
cómo que como a Anisio, entien
des: yo obedezco por ahora; mas,
en llegando Anisio a donde te
dirá mi álbum, mamá haría
entonces lo que yo quiera. Te
olvidaría, Juan, de todo esto...²
Soy a repetirtelo.

— No, hija mía, no me olvi
dare, respondió el supuesto Juan.
ella, empero, volvió a referirse
lo y prosiguió luego.

— Otra cosa te encargare...

— Cuéntas quieras, ya ves la
calma con te escuchó hoy.

— Luego que Anisio esté bien
enterado de las dos páginas últi
mas de mi álbum, me lo guar-

das, sin leerlas tú: no las leas, Juan; no seas curioso. Guárdalas, repito, el album y te entregas esta sortija mía.

— ¿Y si Anisio no viene a esta aldea?, preguntó Damián.

— Yo sé que ha de venir. Calla y no me interrumpas. Le entregas esta sortija, continuo, saca la dola al mismo tiempo de uno de los bolsos y colocandola en el meñique de su fingido hermano, pues en ninguno de los otros le venia; se la entregas y le dices soy yo quien se la deja, no por lo que vale, que otra mejor pudiera darle, sino por ser una de las con que él me conoció... Confío, Juan, en que se la entregarías: eres entre mis hermanos el que más confianza me merece y, si me vendes, si no cumples bien cuanto te llevo di

cho, añadió con voz fuerte y mira-
da fulminante; si no lo cumples,
Juan, te asesino.

Quedóse luego un rato si-
lenciosa y, puesta seguidamen-
te la mano derecha sobre la
frente, como si algo se la olvi-
dara, dijo con voz apagada y
dulce:

— Mas quisiera darle y... no
seo..... Pero si, continuo, apar-
tando ya la mano de la fren-
te. En una cajita mia, debajo
de aquel espejo que tú sabes, ha-
llarás una pequeña cinta, un
pedacito sobrante de la encar-
nada de una de mis gorras de
cabeza. bien la conoce Anisio;
se la das tambien; y, si en la
caja estuviese por casualidad
el escudito de los Dolores que
tantas veces contemplé en mi
vestido de hábito, tambien se

Lo darás... y tu se' bueno, Juan:
sigue los consejos que antes de mu-
rir te dio' papá; y, si has de su-
frir como hasta aquí sufrí y
sufre aún tu hermanita, no te
enamores, Juan; no te enamo-
res.

— Tienes razón, hija del al-
ma; tienes razón, murmuró Dia-
na y dijo luego en voz más al-
ta: Dejémos eso y vamos a' co-
mer, Florita, que son las dos.

— Vamos, repuso ella, haciendo
meramente ademanes como de
querer salirse de la cama.

Diana la detuvo corrién-
damente y madama de Gaseta
dijo al mismo tiempo:

— Comerémos aquí todos a' tu
lado y así estarás mejor.

— ¿i porqué he de estar yo
ahorá en cama, abuelita, si no
me siento mal? ?

— Para hallarte después mas lista cuando salgamos todos de paseo, con festo madama.

— Entonces bien; y saldremos hacia el Bosque. Yo quiero estar en el Bosque a las ocho.

— Bien, bien; ya estaremos, volvió a contestar madama de Guevela.

Colocada, pues, la mesita de comer dentro de la alcoba al lado de la cama, sitio don de hacia algunos dias comian madama y Dicomor, por no dejar a la enferma sola, sentaronse aquella y este y, sentada en la cama tambien Flora segun se hallaba, comieron asi los tres: madama de Guevela, no muy tranquila; Flora, magistralmente y Dicomor, desahogado, sirviendo a la ultima y constreñido a seguir represen

tomado el papel de Juan.

Terminada la comida, logró
madama que Flora se acostase,
por ver si, durmiendo un poco, se
pertaba luego mas cabal y se le
contaba como las anteriores tor-
tes.

— Duerme tu tambien un va-
to, Juan, dijo Flora, á tiempo
que Bismor salia de la alcoba;
pero encargó antes á los criados
que no se olviden de los bueyes;
que se acuerden de la yerba y
que Isabel no venga con Andrés.

— Bien, mujer, bien, respon-
dió Bismor.

Este marchó á ser su
jente, en tanto que madama
corría las cortinas de la alcoba
y entornaba las contras de la
sala, á fin de que no entrase
luz.

Dados ya los cuatro, vol-

vió Bicmor a casa; preguntó a
madama por Flora y, si bien
sólo esta hallarla mas como
dormida que dormida y que
seria bueno no dejarla caer
en algun ensueño, abrió un
poco las contras y penetró
en la alcoba con Bicmor.

Alocose este y llamó a
Flora por su nombre lo mas
dulcemente que le fué posible.
Flora se estremeció de súbito
y, sentada al punto sobre la
cama,

— ¡Navario! El capitán!
— ¡Helo allí! Allí va! dijo,
describiendo al propio tiempo
el pasador que cerraba la puer-
ta falsa de la alcoba, abrien-
dola y mirando con aviden
a uno y otro lado. Hecho lo
cual, quedó como desilusiona-
da y sorprendida.

— ¿Se'st, Florita?, advirtiela Biamor ¿Se'st como no hay nada...? Estamos en Santiago. Y acaba de dormir la siesta y dentro de un rato se levantará, para que la peinem. Quiero yo ser a'st en su silla junto a la ventana, peinada y con la gorrita puesta.

— Biamor, ¿que hora es?, preguntó entonces ella.

— Pasa ya de las cuatro, sídame.

— Mios ya de las cuatro; y aún no me han dado de comer!

— Si, Florita; yo mismo servi a'st la comida; solo que'st no se acuerda ahora.

— ¿En donde he estado, Biamor? ¿Como es que me duele mucho la cabeza?

— Despues se lo diré a'st: ahora hablemos los dos de lo que'st quiera y luego se levantará'st.

Poco, Florita, he comido hoy y espero
que, al tomar el chocolate en el
velador, me haga una fineza.

— Si, Dáimor; que ninguna,
o pocas veces, suele el admitir
mela y, cuando así y de ante
mano me la pide hoy, prueba
es de que he debido estar muy
mal. ¡Cuanto me hacen pade-
cer, Dios mio..!

La Flora demostraba como
querer llorar; no podía, empe-
ro, y Dáimor siguió hablandola
de cosas indiferentes hasta que,
sosegada y en completo juicio,
ella misma dijo iba a levantar-
se.

Madama de Gaxela que
so entonces en la alcoba con Flo-
rita y Dáimor salió de nuevo
a ver a sus operarios, volviendo
cerca del anochecer, a tiempo que
la enferma estaba ya peinada,

junto a la ventana y con la gorri-
ta negra puesta.

Tomando luego chocolate,
hizo a Brianor una fineza que
este no repugnó y una y otro,
sentados al velador, estuvieron
en conversacion con madama,
D.^a Gliceria, D.^a J.^{***} y el joven
B.^{***} hasta las nueve, hora en
que Florita se retiró a cama.

Mas tarde, ella cenó tal
cual, contó algunos chistes y se
rió; tanto que madama de Ga-
rela no pudo menos de exclamar,
dirigiendose a Brianor, "La flor
de la maravilla: muerta hace un
instante y ahora viva!" Pero
ella, sin hacer caso, mercamente
se reía, riendo tambien con ella
madama y Brianor que, al re-
cujerse, la dijo:

— Si no tuviera &, como tiene,
desabrigado el estomago torcido

tiempo por las mañanas; si tomá-
ra el chocolate tan temprano
como yo, no pasaría, acaso, los
malos ratos de estos días: mas
el es algo peregrina; duermeme mu-
cho por la mañana; deja en-
friar el estómago y las conse-
cuencias ya las vemos.

— No piense el, Diosmó, duer-
mo yo tanto por la mañana
¡ojalá durmiera!

— Entonces, Florita, hagámos
un ensayo: tomemos mañana
a las ocho chocolate aquí los tres:
sobre el duermeme el un poco ya
las diez, hora en que la cama
incomoda ya en este tiempo,
se levanta el, si es que puede.

— Acepto el ensayo y queda-
mos en que mañana a las ocho
vendrá aquí el chocolate que
tomaremos juntos: así tendrá
ocasion de hacer a el otra fine

na.

— Corriente. Buenas noches: has
ta mañana.

— Buenas noches, Bismor.

XXIV.

Un poco antes de los ocho del
veinte y nueve estaba Bismor en
su gabinete preparándose para
pasar a la sala de madama de
Gaxela, a fin de no faltar a lo en
la vispera quedado con Florita,
cuando una de las criadas entra
a anunciarle que en la alcoba de
esta esperaban sobre el velador
los chocolates.

Bismor pasó sin dilacion a
la sala y, sirviendo a madama
y a Flora los suyos respectivos, se

fose junto a la cabecera de la cama de la ultima y, haciendola una finosa de su jicara, recibí otra igual, bien que mas abundante, de Flora que nunca, o casi nunca, tomaba todo su chocolate y le tomó aquesa en obsequio solo de Bicomor.

Sero, acabado que hubo de tomarle, sintió como si una cosa le picara en la gorgoneta; empezó a toser y, arrojando por la boca pequeña porcion de sangre, dijo a madama y a Bicomor:

— No hay que asustarse, si sale mas. ¡Ojalá saliera!; que seria entonces aliviada, como ya otras veces lo quedé tambien, mediante un copioso desahogo.

Este en aquella ocasion no tuvo efecto: Flora surmió un poco despues del chocolate;

levantose seguidamente; comió en la sala a la mesa y pasó regularmente todo el resto de aquel día; lo que no dejó de animar y dar esperanzas grandes a' madama de Gavella y a' Bianca.

La noche pasóse también bien sin novedades y solo en la mañana del treinta, a' consecuencia sin duda de demasiado acomodarse despues del chocolate, tanto se presentarse momentaneamente el delirio que Bianca tomó mas bien por una especie de histérico; así es que aconsejó a' madama de Gavella no la impidiera levantarse, antes la estimulase a' ello, significara no fuese mas que para sacarla de la atmosfera calurosa de la alcoba y que comiese mejor y mas desahogada en la sala. Siguió madama este con-

sejo y, volviendo Bismar se afuera,
halló a esta y a D.^a Gliceria en
la sala; una y otra al lado de
Florita que bobeaba y acababa
de atusarse el pelo por si mis-
ma.

Bismar miró al descuido
con intencion y, persuadido de
que no habia entonces verdadero
delirio, sino histérico, acercó-
se a Flora con aire de no gran
sorpresa; tomóla el pulso y, ha-
llándole igual, aunque frecuen-
te y vivo, dijo, mirando a ma-
dama y a D.^a Gliceria:

— Creer no tarde esto en pa-
sar; ¿fomó caldito, o alguna co-
sa?

— Dos sorbos nada mas de
caldo hace un instante, con-
tó madama.

— Estas y D.^a Gliceria oña
sieron luego:

— Distráigala & con algo; pues desde que & salió no cesa de hablar del capitán, de que su hermano la abandona y que, si Bionor estuviera aquí

Bionor tornó entonces sus ojos hacia ella y, viéndola como espantada,

— ¿Que es eso, mona mia?, la preguntó; ¿que es lo que sucede?
— No está aquí Bionor siempre al lado suyo?

— Andate, vago, respondió con enojado aire, tomándola a Bionor por su hermano; ¿Donde has estado toda la mañana?

Cogió luego de una silla un montón de abrigo; pisó a los hombros y se dirigió corriendo hacia la puerta de la sala. De tiérola Bionor de pronto y, mientras mamá y D.^a Gliceria salían a impedirle el paso,

— ¡Flora! ¡Florita! exclamó
aquél, estrechando entre sus manos
las de esta, por mí, por mí, que
tanto aprecio á él, un poco de re-
flexión: sentémonos los dos, Flori-
ta, y hábleme él de lo que más le
agrade.

— Vete, vete á donde has estado
hasta ahora

— ¡Se sentó! Bien se sentó á
también un rato aparte: volvió lue-
go correr de nuevo hácia las puer-
ta; detúvola segunda vez y, al oír
decía con esforzada voz "quisie-
ro haberme las con el capitán: ó me
dejais salir, ó armo una en esta
casa," rogóla se sentaría y ha-
blóla tiernamente, pero muy for-
mal, en los siguientes términos:

— Una señorita no hace eso:
si él lo viese, sería una mujer
vulgar y Flora no es una mujer
vulgar: su talento y dignidad, ade-

mas, no lo permiten. ¿Donde estan,
pues, Florita, el talento y la digni-
dad de s.?

Ella quedó entonces silenciosa
y pensativa: la reflexion de via-
tor surtiera efecto. Flora se levam-
to y apoyaba en el brazo de Bia-
nor, fue poco a poco hacia la ven-
tana, cerca de la cual, viendo de
bajo de la consola en el fondo de
una copa la pequeña porcion
de sangre el dia antes arrojada,

— Que Anisio no vea esa san-
gre, dijo, y sentose luego, incli-
nando la cabeza sobre el respal-
do de la silla. Experimentaba como
escalofrios y tirantón de nervios;
los ojos se la cerraban y la hora
de comer llegaba ya.

Madama de Gavela que
mo' entonces con disimulo un po-
co de estoriague, de cuyo agrada-
ble olor se lleno al punto la ba-

bitacion; Floria empeño a hacer
tal mal gesto de repugnancia con
la comida "puf, puf", dijo a ma
dama; "haya una ocurrencia que
has tenido" y, poco a poco se regran
doso, volvió en si. Por manera
que, si ferida algunos instan-
tes la comida, a causa de unas
punzadas fuertes que en la cabe-
sa quedó sintiendo, comió luego
medianamente y, mejorada de
hora en hora, pudo ya con ma
dama, D.^a J.^{ta} y Brianor bajar
aquella tarde misma a la meren-
da, donde merendó y estuvo has-
ta el anochecer.

Brianor comió fuera el Añe
ta y vino; afeitóse tan pronto
se levantó; tomó a las ocho cho-
colate en la alcoba con las dos se-
ñoras y vistióse despues para sa-
lir a Misa, pues era Domingo y
dia de S. Ramon.

Flora se levantó y vistió tam-
bien sin novedad y empezó á
discurrir por la sala como si es-
tuviera enteramente buena.

Aquel día, esperando car-
ta de su Anisio, no sabia, no-
obstante, si alegrarse, ó entris-
tarse. Bijonot no hacía mas
que animarla y darle prin-
cipes consejos.

— Anisio, la Decia, tiene ta-
lento; ama mucho á su Flori-
ta y, arrepentido en mi opi-
nion de su conducta, la car-
ta que ensie ahora tiene que
ser una carta satisfactoria ya
no es.

— Mucho lo dificulto, Bijon-
not.

Este, empero, no se enya-
ñó. El cartero llamó á la puer-
ta: Flora salió corriendo á su
encuentro y recogió sus cartas,

una de su mamá y otra de Anisio, con las cuales volvió a la sala, donde en una silla baja se sentó.

Ignoramos cual de las dos cartas deseaba abrir primeramente. Firmó el contenido de la de Anisio: abría poco mas o menos el de la de su mamá y ésta leyó primero. Pasó luego la obla de la de Anisio; tiró a un lado el ~~envoltorio~~; desdobló la carta y, no pudiendo apenas sostenerla en su temblorosa mano, su color, pálido en un principio, fue poco a poco cambiando en lindísimo sonrosado, a que se unían especie de complacencia en el alma y sonrisa dulce en los labios.

Anisio la escribía enamorada acaso como nunca. Flora acababa de reconocer en aquellos renglones suyos al herbarero

Anisio, á su amante Anisio.

Bianor, hojeando, en tanto, las páginas de cierto libro, observábala con disimulo, leía perfectamente lo que en su interior pensaba á la sazón; se júbala, no obstante, que gozase y leyese una y otra y en aquellos renglones.

Mas tarde, cuando la dijo "Hasta despues, Florita; ya sabe si no como hoy en casa; ¿veremos si puedo alcanzar á ir aun en los postres," Flora leyó á Bianor la carta que acababa de recibir de Anisio. Leyosela á solos y casi enterrecida, tanto que oía un exclamo al terminarla:

— ¡Que tal? No lo sería yo? No tenía yo razon...?

Ahora, conocerá si mis consejos estaban, ó no, en su lugar.

— Si, Bianor; si, "respondió"

ella, lo convoco. Amisio abriga un
corazon muy noble. Cuanto, sin
embargo, me ha hecho padecer...!

Y, besando luego la carta
ya sobada, amasiv:

— Soy generosa y le perdono.
¡Gracias, Dios mio, gracias...!

El hijo del señor de Pi
meñavista volvió a casa como
a las tres y Flora, ape
nas sintió subir la escalera
del segundo piso, dejó la me
sa y salió a recibirle con un
abrazo.

Llevaba en la cabeza la
gorrita de cintos encarnadas
y estaba ya aquel día tan con
tenta que Brianor, contento
a la par extraordinariamente
de ver que la antigua mejoría
iba de nuevo presentándose,
no sabía como complacerla y
proporcionarla momentos de

no interrumpida alegría.

Quelta á la mesa y á su asiento, hizo que á su lado se sentara Bionor tambien y, cuando le un hermoso perico mondado por su mano, dijole, recibiéndole una parte del mismo que la alegraba Bionor:

— Ya sabe s. tenemos una sandía para tomar antes de la sopa; pues no se tomó, amigo mio; porque, no estando s. dije yo se tomaria á la tarde antes del chocolate y cuando s. estuviese aqui, para disfrutar de ella.

— Agradecio, Florita, en el alma tan fino obsequio y desde luego, ya que no tome chocolate, porque no acostumbro tomarle por la tarde, tomaré si, de esa sandía que s. ha hecho esperar por mi.

La sonda apareció abier-
ta efectivamente sobre el xela-
dor un poco antes del chocola-
ta, y madama de Gavela, D.^a
Gliceria, Flora y Bionor to-
maron de ella lo que quisie-
ron, bien que la joven no mur-
cho por miedo de que la hi-
ciese daño.

XIV.

Constituida casi Flora a su
antigua mejoría, pasó igual-
mente bien el primero de se-
tiembre, día en que por la no-
che salió a sentarse ya en
la Quintana, acompañada
de madama, D.^a Gliceria y
Bionor que la daba el brazo.

Mas, al volver, notose en su semblante algo de tristeza y era que Bismor marchaba a' Piñonista el inmediato dia dos por la mañana; dejando a' quedar Flora, se consiguiente, sin el amigo que tanto la mimaba, sin ese amigo, al cual decia, hablando sobre eleccion de esposa.

— Quisiera ser yo misma, Bismor, quien se la eligiese. Y necesita mas que una mujer: Y necesita una mujer que le comprenda. La mujer debe tener mil resortes para su marido; sorprenderle a' cada instante con una cosa nueva y agradable: necesita, en fin, saber mas que darle hijos y criarlos a' sus pechos.

Bismor no estaba tam-

pois alegre; pues, aunque halla
ba mejor a Flora y en buena
relacion con su enamorado, te
nia cualquier retroceso de salud
y reflexionaba, ademas, pora
si mismo: "Quizá sea la última
última sea que nos veamos."

Quedó luego pensativo y, al
verle así la joven, contando
con trabajo y como pudo algu
nas canciones favoritas, termi
nó con una que gustaba mu
cho a Bionor y este empeza
ba ya a aprender; como úl
ta, por el cual la dio las gra
cias y que de alguna manera
le distrajo.

Ella y Bionor protesta
ronse seguidamente noble y je
nerosa amistad sin fin, per
maneciendo en tierna conver
sacion hasta la hora de ce
nar en que Flora dijo a este:

— ¿y porqué ha de marchar a
mañana por la mañana, Biana
mor? ¿No bastaría por la tarde?

— ¿Que mas da, Florita, si
al cabo he de marchar mañana?

— No importa, Biamor: quisie
ra que juntos comiéramos un dia
mas.

— ¿Tiene el empeño en ello? ¿Lo
gustaría a' él?

— Si, me gustaría.

— Entonces bien, Florita; me
quedare' hasta la tarde.

Y Biamor, concluido que
hubieron de comer y arreglada
que estuvo su maleta, estrechó
tiernamente la mano de su ami
ga; estrechó tambien la de ma
dama de Gavala y partió a ca
ballo, saludando a Flora y a D.
Gliceria que mirándole queda
ban desde la ventana del ga
binete que el mismo Biamor

acababa de ocupar.

En Pismeniavista y sus inmediaciones permaneció hasta el día doce, en que asuntos de la Diputación le obligaron á trasladarse á la capital de la provincia y escribió á Florza lo siguiente:

“¹⁰ Viterredra y abril 12^o de 1856.”

“¹¹ Contra mi gusto y en la estación mas deliciosa para el campo, se mevo me tiene á Florza, en esta Diputación y capital hasta fines del corriente mes, probablemente. Ignoro, por tanto, si logrará volver á ver á V. antes de su marcha á la Coruña; y en verdad que mucho sentiria llegarse á partir de Santiago mi buena amiga sin antes volverla

a' ser. Si esto acaeciese, por desgracia, confío en que ella no olvidará nunca mi desinteresada amistad, así como jamás olvidaré yo tampoco la fina y tierna suya, según ambos nos prometimos más de una vez. Pero creo que hemos de vivir aun juntos en eso antes de que él se marche. El corazón me lo asegura, Florista, y el corazón no siempre engaña. Entretanto, y mientras yo, sin amor que me embalse, ni endulce mi existir, a solas aquí orillas del rivado moro, que cruza chillando la parvota, medito sobre la suerte de mi país, goces sin tasa a mi excelente amiga proporcionados, hermosos días de setiembre. Haced que en una morada, al contemplarla incesantemente ahora, bella

La encontre como nunca; alegre,
cual en sus quince abril y ama-
ble, cual en el supremo instan-
te de amorosa despedida. Cal-
mad, auroras juguetonas, y dejad-
la ir del brazo con su querido
hacia el correo; allí donde al
pie de solitario monasterio
uno y otro en noches ya pasa-
das confidencias de acendrado
amor, mil confidencias se he-
cieron, por mas que a inter-
rumpir las quisiera de cuando
en cuando, ya el reloj que las
horas señalaba, ya una luna
misteriosa que a lo lejos descu-
brían, ya la voz del sereno
que cantaba. Calmad, auroras,
que su ausencia ha sido lan-
ga: mucho tienen que decir-
se y los sitios que un día es-
cucharon sus confidencias, esos
sitios los esperan tambien hoy

y confidencias mas intimas. y con
a' oir. Que nada ose turbar
la dicha y goce de los jóvenes
enamorados. Yo, Florita, espe
ro, sin embargo, me diga & al
go acerca de su salud en cual
quier rato que conceda a' el.
de ocio el amor a' su Anisio.
Supongo que este no lo impe
dirá y, que lo impidiere, o que
ningun momento tuviese & li
bre para ello, espero enton
ces lo & verifique madama de
Gaxela, pues no se han bor
rado aun, ni creo se borraran
nunca de mi memoria, las
amargas horas que el llevó
dentro mi estancia ultima
en esa ciudad.

“Sabe & que de corazón
deséo su completo restableci
miento y que es y será siem
pre uno de sus mejores

amigos

Diario "

Flora no desvirtuó su contestación: conocía en esta parte el genio de Diomar y esa contestación, de cuyas sencillas y hermosas frases no queremos privar á nuestros lectores, sea así:

"Santiago y 15 de Mayo 1856"

"Mi distinguido amigo: Grande ha sido mi alegría al recibir su grata y púdico a' por que si por no serlo gozar de las felicidades del campo, ya que la fatalidad me impide á mi admirar sus encantos en tan deliciosa estación."

"Juzgo por la que tengo á la vista me conceptua & lle

na de satisfacciones y rodeada de
atractivos; pero no es así. Ayer tu-
xe carta de A^{***} donde me anun-
cia su venida en toda esta sema-
na; mas no me fija día, como era
natural. Bajo este principio, día
mor, aquí me tiene & solista, entre-
tenida con el trabajo, en el sitio
que no ignora, desde cuya venta-
na miro y contemplo poner el sol,
jirar las brillantes estrellas hacia
el punto objeto de mis gratos en-
sueños, y admiro sobre todo, con
mi apasionado espíritu los labra-
dos encantos de la noche. A la
luz de nacarada luna divisado la
concebida fuente y me acuerdo
con deleitosa complacencia del
amigo a cuyo lado escuchaba su-
vies veces su susurro. Entonces
del fondo de mi corazón se alza
una voz que se dirige al cielo
y suplica se repitan pronto es-

tos momentos: se repetirán, Diosa
mía. Mas, si desgraciadamente
yo hubiese partido ya, he dicho
y vuelvo a decir ahora: a cual
quier lugar que enderece mis pa-
sos, Flora será siempre su bue-
na amiga; la fina amistad que
ha prometido sabrá consagrarse
y será tan constante como de
sin interesada. ”

“ Estos Dioses estuve bastante
bien; mas soy, fastidiosísi-
ma; pero supongo no será cosa
de cuidado. ”

“ Madama de Gavela hace
a h. presente su afecto y se re-
pite como siempre su mejor
amiga

Flora. ”

La recepción de votos sur-
teados en cumplimiento de la ley
de treinta y uno de julio de mil

ochocientos cincuenta y cinco, sobre
milicias provinciales, alargó la es-
tancia de Bionor en la capi-
tal hasta el trece de octubre,
a la una de la noche de cuyo
día llegó el coche-correo de Bi-
go a Santiago, ciudad en que
debía entrar a las ocho de la
mañana del catorce.

Detenido en Pontevedra
algunos instantes, el tiempo
unicamente indispensable a
mudar de tiro, recoger la corres-
pondencia y tal cual otro asun-
to que cupiese, Bionor to-
mó asiento en él y a las ocho
de la mañana del catorce,
con efecto, rodando el carrua-
je hacia la metrópoli por
entre las primeras casas del
Camino-nuevo, pasó al pie
de la iglesia del Pilar, atra-
vesó corriendo el campo y,

dejando a la izquierda la alameda,
se dirigió al Parador, término
de la jornada donde, despedidos
los viajeros, siguió cada cual
el rumbo que mejor convino á
sus proyectos, ó pliego á su ca-
pricho.

Donor enderezóse á la
calle de S^{ta} y en la casa n.º 12,
tan conocida ya de nuestros
lectores, ocupó, como otras ve-
ces, el gabinete contiguo á la
sala de madama de Garrela,
gabinete al que, lavado y pei-
nado el hijo del señor de Brine-
navista, bajando luego D.º gli-
ceria, hora en que tomaba
aquel chocolate, cogió una si-
lla, y sentada al lado suyo,
dijole con cierta especie de
curiosidad:

— ¿Ya sabra V. que vino
Anisio?

— Nada sé; mas lo supongo,
pues me consta se le esperaba.
Con Florita ¿ que tal?

— Malísimo. Los dos vinieron
terriblemente y de resultas la
hemos tenido en coma con con-
vulsiones, y que se yo que mas
porcion de Dios.

— ¿ Avisio para aqui?

— No; pero viene a' cosas
a' las mismas horas, poco mas
o' menos, que solia hacerlo an-
tes.

— ¡ Infelicia joven, digna de
mas venturosa muerte! escla-
mo Dorian.

D^a Gliceria entonces se
levantó y el hijo del señor de
Nissenarista, apurando el sor-
bo ultimo de chowlate y lim-
piándose con la servilleta los
mostachos, encendió un haba-
no, tomó el sombrero y mar-

cho á ver los operarios de su casa, no concluidos aún de reparar.

Cerca de las once entró á la sala de madama de Guselev: Flora, pálida, tristísima, recién salida de la cama, iba á peinarse y Brianor, saludándola con aquella instintiva satisfacción que experimenta el hombre al ver una persona amiga que interese,

Buenos días, señorita, le dijo, ¿cómo ha ido? Ya sé que no muy bien; mas al fin estará usted contenta, ó me nos impaciente, pues tiene en Santiago á su Anisio.

— Llegó hora mas tres semanas y en ellas solo el cielo sabe, Brianor, lo que llevo padecido.

— Noto con placer la desaparición en usted del empuña

miento de la voz.

— Si; mi voz es ya natural y esto es lo único favorable que he obtenido de tanto sufrimiento y enfermedad.

— Bueno es se consiga algo, mas noto tambien esta s. demorando seria conmigo? No se acordó s. de mi alguna vez en todo ese tiempo que no nos vimos?

— Desde que avisó vino no, Bismor, no me acordó, si he de ser franca: tantas y tales cosas han por mi pasado desde su llegada que imposible me fuera recordar a s., aunque lo intentase.

— Con que tan triste y disgustada.....!

— La alegría, Bismor, he yo enteramente para mi.
Y dicho esto, dejó la sa

la y se retiró al tercer piso.

Bianor, pensando en si la joven bajaría pronto, subsistió todavía un poco en conversacion con madama. De seaba saber de los lúbios mismos de Flora lo entre Anisio y esta ocurrido: creia, por otra parte, no tardaría aquel en parecer dentro de la sala. Anisio iba verle y, viéndole, citarle a una amistosa conferencia, en la cual podría hablarle al corazón y decir verdades secas al atolondrado mancebo; verdades amargas para él y que no admitian contestacion. Mas, ni Flora bajó durante la permanencia de Bianor al lado de madama de Gavela, ni en su estancia pareció Anisio aquella mañana.

Él odiaba entonces a la guardadora de Florita; pro-

queraba evitar su vista; embelaba,
empero, ocasiones de hallarse
a' solas con su amada y el pa-
so con ella largo rato corrido
interin Brianor, saliendo de
unero afuera, estuvo con sus
operarios y orillo' algunos asun-
tos antes de comer

Tornado a' casa, Anisiv ha-
bia marchado ya; su amada
segua en el tercer piso y Dia-
nor hizo mediodia a' solas en
el comedor, en aquel local don-
de a' su lado comiera aun Flo-
rita el doce del antecedente mes.

Entonces Brianor comia,
alegre y satisfecho, viendo cada
la joven, sin separarse apenas
de madama, progresaba en su
salud: ahora, triste y cavili-
so, viendo a' esta en su sala,
mientras recibia aquella a' su
querido en otra habitacion:

entonces, él comía sin recelos de
que el honor de la joven peli-
grina: ahora, lleno de incer-
tidumbre y duda, sin poderla
aconsejar en la crisis que atra-
vesaba y diciendo en su inte-
rior: *¡Fué luchas, Flor, con-
tra el destino y en vano, que
es el destino inflexible. No lu-
chas, pues, ni en la tierra pro-
fanes, garrida flor, tus aromas.
Déjalos, deja, para el cielo, que
esposo hallarás allí mas aman-
te que en el mundo. Vuelve,
apasionada niña, sobre ti;
no sea que el gavilán te aja
entre sus garras y, ajada ya,
te desprecie y objeto que des de
escarnio o compasión. Vuelve
paloma, en tiempo al nido
donde saliste, que allí el ala
protectora te cobijará de una
madre y allí de la mejor ami-*

ga el cariñoso seno te agarrada;
no sea que el gavilán te cija
entre sus garras y, ajada ya,
te desprecie y lejos huya de
ti.....”

Díctor terminó su comi-
da en medio de estas o pare-
cidas reflexiones: alquiló un ca-
ballo y, despidiéndose de ma-
dama, partió a las dos y me-
dia de la tarde hacia Píscu-
narista, en cuya hacienda en-
tró al anochecer.

XVI.

¡Que dulce es el paterno
hogar al cabo de larga ausencia
y como sosegadamente torna.

uno a dormir allí en el lecho mis-
mo que dejó, por blando y rega-
lado que encontrase el en es-
traño suelo preparado.....!

Un mes y dos días era
la del hijo del señor de Prine
navista en Fontevieira, país
felicitosísimo y lleno de atracti-
vos, mas en el cual no habia
nacido, ni poseia un solo palmo
de terrazgo. El hombre, cual
quiera que sea el sitio de su
nacimiento, ama siempre el
rincón en que saludó al mundo
por primera vez; rincón sa-
grado, querida patria donde
recibió sus impresiones prime-
ras, donde su ~~alma~~ ~~alma~~ se desli-
zó, llena, en fin, de recuerdos
inocentes y misteriosos para
él y que nadie, sino él, sa-
be apreciar.....

Bianor no desconocía

estos recuerdos; así es que, al di-
visar de lejos, volviendo de San-
tiago hacia su país, la torre
de su parroquia, los sotos y
rotedales de la hacienda de Pi-
ñenarista y las praderías de
la misma sobre la irrequieta
marjén del Ulla; al descubrir
los siempre verdes cipreses de
la casa en que nació y donde
su padre y hermanas le espe-
raban con afán; al ver desta-
carse allí en la altura, como
un nido entre el ramaje de
la selva, aquella casa con su
muro secundado; al bajar
al río; al atravesar este en
su pintada barca; al pisar
las diferentes fincas de la ha-
cienda, y al oír, en fin, los
ladridos de sus perros, corrien-
do en torno del albergue, a
donde se acercaba, una emo-

cion placida le inundó y, apresurando el paso de su cabalgadura, dejóla luego, continuó un rato a pie y entró en Pissmeña vista a tiempo que los criados y jornaleros iban a cenar.

Fabos, al verle en la cocina, se levantaron y unos decian "¿El señorito!" Otros "¿Pase unas noches, señor amo." Nadie parecia entristecerse de su llegada y hasta los perros, abullando en torno de su nariz y alzando sus patas de lanternas, querian como abrazarle y hacian demostraciones de extraordinaria alegría.

Siguio a este expresivo recibimiento el de su padre y sus hermanas; recibimiento no menos espontaneo, tierno, natural, como pueden imaginarse nuestros lectores y que

renunciarnos a describir. Ninguno faltaba en casa ya: la familia entera se hallaba reunida y Bismarck durmió aquella noche en su gabinete y propio lecho cual en muchas noches no había dormido.

Amaneció el quince y, alumbrando el valle un hermoso sol de otoño, dejó Bismarck la cama; salió al verandah; bajó desde él a la carrera de frondosos limoneros; sentóse un rato en el sofá del jardín de sus hermanas y de allí descendió, por junto a los narrañjos, hacia el río, sin portarse de contemplar las bellezas de un paisaje que sus ojos mil veces admirarían y admiraban entonces nuevamente cual si nunca le contemplase. Empero, en el

jardín, si bien eliotropos, salias
y albelias, siempre vivas, trinita-
rias y jercanios, no había ya,
ni lilos, ni jarrmines, ni clave-
les, ni lazos de oro, ni aranceas,
ni raqueles, ni narcisos olorosos,
ni rosas de Bengala, ni arabas
en los limoneros y naranjos;
y las galas de ese paisaje, las
galas de la naturaleza em-
pezaban a presentarse un
tanto ajadas.

La cosecha del vino, sumamente insignificante a causa del oidium, estaba recogida y las hojas de la vid, marchitas más de lo en otros años por la misma época, cubiertas de amarillento matiz, ofrecían un aspecto melancólico: rodaban por el suelo las de los guindos y perales, ciruelos y manzanos. Los robleda

les pardecaban y solo los pinares
se ostentaban en su inmutable
verdor y lozanía: el maíz, del
todo sazonado, aparecía medio
caído por las hieredades y el erizo
de los castaños, mostrando el fru-
to igualmente sazonado, recibía
en mas de una localidad los gol-
pes de la vara rutinaria del
labrador que lastimaba a la vez
los tiernos brotes del arbol. Nu-
bes de estorninos silbaban en
bulliciosa algaxara sobre el
tejado del palomar, ó en la ci-
ma de los cereos: trinaban
en la floresta los pardillos
y los pitirrojitos, entre las enre-
jecidas cepas, llenas acá y allá
de racimos secos, lanzaban
de cuando en cuando algun
suspiro: cantaba entre los zar-
zales el ajencioso piquero
troglodita y el ciruelo acua-

trio, de nevado pecho y deliciosa
voz, ese mirlo de agua, pre-
cursor del frío y las heladas,
cantaba tembien posado en
alguna piedra saliente del
vecino río, mientras el Mar-
tin-pescador de lindisimos
colores acechaba inmovil desde
las ramas de los sauces de la ori-
lla al pececillo incauto, sobre
el que se arrojava, para sa-
lir con él en su pico, correr
a los sauces otra vez, devorar-
le allí y ponerse a acechar
de nuevo.

Almor, satisfecho y ale-
gre a ratos y a ratos medita-
bundo, acordabase entonces
alguna vez de la pobre Fla-
ra: reflexionaba seriamente
acerca de su nada halagüe-
ño estado y, como si una es-
pecie de parentesco le unie

se a' ella, sufría en su interior,
al considerar el porvenir y des-
venturado fin de tan bella crea-
tura.

Los reparos de la casa de
Santiago Acaban a' su térmi-
no y el señor de Pisenenarista
acordó pasase un momento
a' inspeccionarla su hijo con-
tes de que los operarios se re-
tirarian.

Marchó Dorian, en su
virtud, el veinte y cinco a'
aquella ciudad; marchó al
mediodía y a' poco mas de
los tres de la tarde estaba ya
en casa de D.^a Gliceria, don-
de, entrado apenas en el ga-
binete contiguo a' la estancia
de madama de Gavala, abrió
esta la puerta del centro del
tabique, alargó su borsecha
a' Dorian y entrambos se sa-

lucharon cordialmente; despues
de lo cual, el hijo del señor
de Bisucuarista preguntó á
madama por Florita, en-
tremdo al propio tiempo en
la sala.

Ardiá sobre la consola
y delante de la estufa del Cor-
men una mariposa, colocada
en un pequeño vaso de cris-
tal lleno de aceite y agua.

Flora, con un monton á
los hombros, triste como el
dia ultimo que Bianca la
hablára, mal peinada y en
situacion horro lastimosa,
yacia sentada de espaldas
á la vidriera. Saludála un
tanto alegre, por si su fiso-
nomia se animaba; pero ella,
cada vez mas apocada y tris-
te,

— Apenas tardes, Bianca,

Dijo solamente.

¿ Con que buenas tardes
nada mas? , repuso Brianor
¿ Con que ni una sonrisa, ni
una expresion halagüena tie
ne? ya para mi y me recibe
¿ como á un extraño, como
á un hombre enteramente
extraño.....? A bien que no
es Anisio el que ahora en-
tra, añadio en diferente to-
no.

Y ella, ocultando el ros-
tro con la punta del man-
ton, rompió entonces á llo-
rar, tan de veras, que no
pudo responder palabra du-
rante un rato y madama
de Gavela pensó al pronto
si la daria algo y traeria
alguna convulsion, ó disqui-
to nuevo, aquel inesperado
llanto. *Franguilivola* *oia*

mor y, dirigiendose luego a Flori-
ta,

— ¿Vamos, vida mia, ¿que es
eso?, la pregunto.

— Soy, Belamor, tartamudeo en
tre sollozos, la mujer mas desgra-
ciada: se quiere acabar conmigo
y sei que el conseguirlo no sera
dificil.

— ¿Tan pertinaz y terco con
tu alma Amisio?

— Tanto, o mas, que en un
principio: no heuy pruebas que
basten a convencerte de mi ino-
cencia: todo en mi lo interpre-
ta torcidamente y hubo dia
en que supuso estabamos Ma-
riza y yo confabuladas contra
el. "Matame, le dije enton-
ces, prefiero de una vez morir
a que un instante y otro me
estés asesinando con tu inora-
lidad y tus sospechas." Mi

salud, lejos de adelantar, retrocede
á pasos agigantados; lo conozco:
hoy sé positivamente que me muer-
ro; que mi enfermedad es incurable.....

— No hay que abatirse tanto
; Camela! Sengan esos cinco, inter-
rumpió Biamor

Y alargando á Flora su
betecha, dio la suya ella al hijo
del señor de Pisoncavista y pro-
siguió

— Si, Biamor, lo sé positiva-
mente; pero moriré al lado de
mamá y no aquí, donde pocos
ya serán los días que pueda
estar.

— Vamos, paciencia; no hay
que desesperarse, interrumpió
de nuevo Biamor, que es 4.º un
muy joven y quiere Dios tan-
tear su sufrimiento, saca
ahora esos trabajillos, á fin;

tal vez, se proporcionarla luego salud cumplida y grandes satisfacciones..... ¿Se gradua Anisio?

— No, Biernor, probó únicamente el año último de jurisprudencia y dentro de algunos días se graduará.

— Supongo que los dulces de ese grado alcanzarán a la empuerada del graduando.

— Biernor, no se ria & de mi.

— Ya sabe & que no me ria, ni puedo reirme de Florita, a quien en el alma aprecio.

— Pues bien; lo mismo se me importa: a fuerza de tanto oír, insensible me hice a todo; soy ya un verdadero marmol, dispuesto a recibir con calma estoica cuantos y cuantos golpes o desaires se me den.

— Créo no sea muy exacto

eso, amando como ama a' Anisio.

— Confieso francamente que le amo; no tengo por que ocultarlo; él tambien me ama y los dos buscamos dulcemente algunos ratos; pero a' lo mejor se queda mirandome como estático; siento en si la espina de los celos; duela entonces de mi sinceridad; teme no le engañe e' intentando ofensas contra mi, no sabe como atormentarme; asi es que, cansada de esas insenciones, acostumbrada ya a' sus vituperios, le dejo hablar y desahogarse a' su placer.

— Malo es que esa espina exista y ella debe desaparecer del vergel de los amores; por que, tierna y delicada hoy, sera' mañana tallada y aspera, imposible o' difícil de arrancar; espina que atravesada en el ma-

trimonio, si sus dos llegan á en-
laxarse, acibarará sus días y
convertirá, Florita, la paz de
un hermoso estado en infierno
insuportable.

— Tiene razón Bismar, repu-
so entonces madama de Gave-
la. Reflexiones á esa semejan-
tes son las que yo le propongo
con frecuencia; yo que la amo
como á hija, mas que á hija,
si se quiere; pues una tengo
y tengo nietos, con ninguno de
los cuales hice lo que con ella
estoy haciendo. Pero hallo que
esto no lleva traxa y deseo en el
ya cuanto antes al lado de su
mamma: si, hija mia, lo de-
seo, repitio, dirijiendose hacia
Flora, porque ese hombre es
insufrible y á entrambas nos
asesina. Tendrá talento, no
lo niego; pero es un talento

raro, montaraz y al cual va unida cierta especie de procesos nada caballeroso, yoco noble, en fin, que no comprendo.

Y, volviendo luego el rostro hacia Olimor, añadió:

— De mi no hace ya el menor caso; créese sin duda que de todo soy capaz; recela, desconfía y á veces hasta se presenta en esta casa disfrazado.

— Todo eso debe desaparecer, amiga mia, dijo á Flora seguidamente Olimor. Y posee resortes abundantes y exquisitos ad intento. Recuerde á nuestras conversaciones en dias mas convenientes: recuerde á lo que, tratando de elejirme esposa, buscaria á en ella. ponga á Florita, en juego esos resortes y que el decoro y la dignidad de á. no sufran mengua, ni

mas quebranto su debilissima
salud.

— Desearia, Biano, habla
se v. con Anisio.

— Holgara de ello, mas ni
asim le he visto en parte algu-
na desde que llego.

— Creo que el se vea, acaso,
con v., si algo se detiene.

— Marchare mañana por
la tarde, o pasado de ma-
drugada; y ahora me permi-
tira v. vaya a afeitarme, pa-
ra salir a la calle, e visitar
mi obra y ser que hacen los
operarios.

— Lo que v. quisiera, Bia-
no.

Este marché a afei-
tarse y a visitar su obra,
pensando luego de noche hos-
ta las once en casa del ca-
ballero M.^{***}. De suerte que

cuando volvió a la de D.^a Gliceria
ya madama y Flora se habían
recogido.

El inmediato día por la
mañana hizo Bismor cuentas
con el jefe de los operarios y no
comió sopas en casa. Al vol-
ver, madama de Garcla hallá-
base aún en los postres de su co-
mida. Bismor entró en la sala.
Flora no estaba allí; allí, em-
pero, el hijo del señor de Bisme-
narista y otro joven estuvi-
eron en conversacion con ma-
dama hasta que, llamado
aquel por unos amigos, hubo
de salir y acompañarlos a pa-
seo.

Flora, siquiera no debiese
amar, cual en otro sitio mani-
festamos, amaba estremada-
mente a Anisio y ese extre-
mado amor era el origen de

sin sinsabores e impaciencias.
"La mujer que es tan débil
que, en lieu de luchar con su
pasión y vencerla, cede sin po-
derla resistir, no puede luego
ser buena de amar poco; al con-
trario, debe amar mucho y eso
es su castigo, dice Paul de Koot.
Así, por mas que ella hubiese
recibido con estudiada frialdad
a Anisio; por mas que, alar-
mado y prevenido el mismo
contra Flora, tratase a esta
con menos dignidad, con me-
nos respeto, del que a su ena-
morada correspondia; y por
mas, en fin, que en su vir-
tud mediase en frases poco
convenientes entre ambas, re-
convenciones mutuas, y hu-
biese cartas que se rasgaron,
todo lo olvidaba Flora por
su parte ante la necesidad

imperiosa en ella del amor; ma-
jor dicho, ante la necesidad im-
periosa de no perder a un hom-
bre que presume ella ha de
ser su esposo, su salud, su to-
do. Ilusion vana! Ilusion
irrealizable, perdida en los ho-
rizontes sin termino de su ima-
ginacion ardiente y creadora.

Retirado del paseo Bria-
nor al anochecer, volvió segui-
tamente a casa y luego a la
sala de madama de Gaveta,
para despedirse de esta y de
Florita.

La joven tampoco a la
sazon se hallaba alli y solo
al pie del velador, sobre el
cual reflejaba la luz de un
quingne con su gantalla, seia
se a D.^a J.^{***} depariendo fami-
liarmente con madama.

— ¿Y Flora? pregunta Anisio
nuev, sentándose despues de ha
berlas saludado.

— Arriba está, contesto una
soma de Gavela.

— ¿En el tercer piso?

— Si.

— ¿Como es que al presente
apenas se la ve, señora, en es
ta habitacion?

— ¡Que quiere! Me sien
to aburrísimima y no sé qué
siera por hallarme libre del
compromiso con su madre con
traído. Anisio no puede ver
me; huye de mi presencia co
mo de un espectro y Flora,
por darle gusto, sube al piso
de Glicería y allá se hablan
todos los dias.

— ¿Y está con ella ahora
Anisio?

— No. Glicería y la amiga

A^{***}, con quien ya otra vez he
estado hoy, son las que ahora
arriba la acompañan.

— Señora, dijo entonces Bia
nor, tomando un aspecto mas for
mal y grave, no sé que el cura
don me augura: veo a Florid
estremadamente decaída y, apa
sionada por Anisio como este
maduramente tambien la veo,
temo.....

— El facultativo me asegura,
contestó madama, que en me
dio de la afeccion moral que la
Señora, poco, o nada, puede
ya la medicina.

— Cierito que una gran afec
cion moral existe en ella; y
para esa afeccion moral, se
ñora, morales deben ser tam
bien los medicamentos. Si que
do en lugar de madre y de
masiado sé que si la curad

como a' hijas; mas que esca
riño no sea indiscreto y si de
madre, amiga y protectora.

— Está bien; pero ¿puedo
yo acaso poner límites a' su
pasión?

— Puedo y debe. Dirijirla,
evitar se estravie.

— No se me oculta cuando
quebradizo es el honor de una
mujer, Biamor, y cuando fa-
cilmente pierde lo que tar-
de, o nunca recupera.

— Celebro, Señora, me ha
ya ¿comprendido. Abrigo
en esta parte mucha, mu-
chísima confianza respecto
a' Flora; la mujer, empero,
mas virtuosa no es dueña a'
veces de si misma; impre-
siones del momento, horas
infortunadas de alucinamien-
to y vértigo, la circunstan-

en ocasiones á donde no debiera.

Flora tiene un talento nada vulgar; mas su estado de salud es lastimoso; el dolor no la abandona y ese dolor podría hasta desesperarla, producir en ella estravios diferentes; y en tales casos solo la oración ferviente, la cristiana resignación y esperanza en Dios, la darían fuerzas para resistir y vencer las tentaciones.

Procure *el*, pues, no seguir el corazón de su protegida bajo el peso de emociones puramente terrenales: ese corazón tiene mucho que dar, señora, y *el* es responsable ante su mamá y ante Dios de cualquier exceso, de cualquier desliza que por tolerancia, descuido, ó flojedad, cometa, ó se la escite á cometer.

D. J.***, al ver esto, se en-
fermejó y madama se gave
la hija entonces.

— Crea V. S. Señor, que es-
toy hecha ya un Arjos so-
bre el particular y la advier-
to lo que viene al caso. Por
opinión, sino por ella, ha tan-
to tiempo que no salgo ni
aún a' Misa. Con ella, lue-
go que a' solas quedamos las
dos de noche, veo antes de
acostarme algunas oraciones;
alguna novena andamos tam-
bien de tiempo en tiempo y
nunca despues de cenar me
duermo, ni consiento duerma
Flora, sin haber rezado al-
go.

— Bien, Señora, y que ella
conozca el fin con que esto
se ejecuta. La bellera se a-
caba pronto; es flor de solo

un día y pasa sin dejar huella,
mientras la virtud, la verdadera
virtud, deja en pos de sí
un rastro luminoso y un per-
fume siempre grato e inestin-
guible. La muerte en sus
dominios mide a todos por un
rasero y todo en la tumba se
nivela; la indigencia y la ri-
queza; la fealdad y la hermo-
sura; y la mendocidad, como
la riqueza; la fealdad, como
la hermosura, todo, es allí,
señora, estiercol, y; ay del, o
de la que en el gran día no
ofrende ante la Presidencia
mas que su miseria, o su ri-
queza; su hermosura, o feal-
dad. !

Doña J^{ta} escuchaba a' Dios
por como a' un oráculo; acor-
dabase de que tenía hijos y con
un pumelo se enjugaba los

ojos se cuando en cuando. Bie
mor, empero, pensando ya
no volveria a ver ni a ha-
blar a Flora, continuo sien-
do a madama de Garcela:

— Creó que puedo y debo
expresarme así; aprecio a Flo-
rita como el que mas; suelen
me en el corazon sus sinsa-
bores, y me estremeco al con-
siderar su porvenir..... No
la abandone y, interin al
lado suyo permanesca.....

Y, si de Dios está que ella
haya de padecer y morir, pa-
denca y muera, no con el co-
razon seco a la virtud, no
desesperada, si con la concien-
cia pura, llena de santa
resignacion y alabando siem-
pre al Criador, sabio y jus-
to en todas sus acciones.....

— Soy cristioma neta por

todos lados y así lo entiendo.

— Debiendo no olvidar, seño-
ra, que, ^{IIII}mas o menos pronto,
llega a todos el terrible supra-
mo instante en que bueno y
malo a la mente se aglomeran,
en que no hay remedio sino
escojer; y mejor es sufrir y pa-
decer un poco acá que sufrir
y padecer despues sin fin.

Madama de Gavela que
dó un rato pensativa y oía
mor, despidiéndose luego, se-
jóla un recado para Flora,
salio a hacer otras despedidas
y el veinte y siete de madru-
gada partió para Pisuena
vista.

XXVII

Dijimos que en la sala de ma-
 dama de Gazela no estaba Flora
 la noche del veinte y seis de octu-
 bre y nuestros lectores recordarán
 que la entrada de la conuñesa
 josen en casa de D.^a Gliceria acae-
 ció el veinte y ocho de marzo. Sie-
 te meses casi llevaba de consiguien-
 te allí, sin que durante este tiem-
 po la visitase su mamá mas de
 una sola vez, cuando la conferen-
 cia con el capitán: empero, todos
 los correos madre e hija se escri-
 bian y madama inspiraba a la
 primera la misma confianza
 que en un principio. ¿Inspira
 ríala a la segunda? ¿Era Flora
 la josen social y cariñosa de aque-

llas sias en que madama y el hijo
del señor de Visueñavista la cono-
cieron...?

Madama de Gavela en su
entrevista ultima con Lisano dijo
a este hallarse aburridisima; em-
pezaba a recibir desaires de Flo-
ra; notaba en ella cierta espe-
cie de desprecio, o indiferencia
cuando menos, hacia su perso-
na y hacia cuanto advertia y
en conciencia creia deber adver-
tir a la enamorada de Anisio.

¿Habria oculto misterio en esto?
La culpa de ese desvio; estaba
en Flora, o en la propia mada-
ma de Gavela? - Sentimos des-
de luego no saber que contestar.

Flora, no solo no bajó a
la sala de esta la noche del vein-
te y seis de octubre, sino que, in-
citada acaso por Anisio, envió
en busca de la ropa de su ca-

ma, la qual hizo arreglar en uno de los gabinetes del tercer piso, donde, despues de estar con la amiga A^{ta}, estuvo tambien con su concurrente hasta mas de las once o doce.

D^a Gliceria, un tanto indispueta a la sarzon, hallaba se dentro de otro gabinete alli contiguo; una misma luz, de cierta manera colocada, iluminaba las dos estancias; su claridad, no obstante, pareció escasear a Anisio, escasear, si, para sus proyectos, y trató de retirar la vela a otro sitio, cerrar la puerta del gabinete de Flora y quedar a oscuras solo con esta, cosa que D^a Gliceria tubo de afearle, diciendo no consentia escenas de semejante indole en su casa.

El andar monchebo dejó la

lun soude se encontraba, signiera
no le arredrasen del lado de Fla-
ra las palabras ultimas de D.
Gliceria, como tampoco arredri
a la joven del lado de Anisio car-
ta de madama de Garvela, di-
rijida a tiempo que la comad
era arriba trasladada; carta
en que, criticandola un poco
tan poco noble, tan poco digno
de una señorita, seciala, entre
otras cosa, "Hasta hoy, Flora,
quedo responder de ti a tu ma-
ma: desde hoy en adelante tu
responderas."

Visitada frecuentemente
de Anisio, ella permanecio en
el tercer piso un par de dias, al
cabo de los cuales volvio a pre-
sentarse en la sala de madama
con frescura imperturbable y
cual si jamas hubiera de alli
salido.

Madama de Gavela trajo entonces a su memoria consideraciones diferentes, por Flora de satendidas; espisola lo que se via al caso, y repetiela con energia lo de que solo hasta el veinte y seis de octubre podia responder de ella a su memoria.

Flora no supo apenas como disculparse: el sentimiento del amor, a la sazón, influia mas sobre su animo que el del honor; avergonzaba, empero, un tanto, bixo que su cama volviera al antiguo sitio y ella quedo tambien de nuevo en la sala de madama.

¿ Era, pues ya, decorosa, o no, la dilatada estancia de Flora en Santiago? ¿ La estancia de una mujer enferma y joven, soltera y linda, al lado de una señora enteramen

te estruina y que empeñaba a ser
mirada con seden? ¿Fendria
interés en permanecer lejos del
hogar doméstico esa hija de fa
milia? ¿Fendria su madre,
acaso, en no llevarla a dicho
teogar? ¿Necesaria Flora al
guna violencia de parte de
su mamá? ¿Fendria esta al
gun capricho de parte de Flo
ra, haber de registrar sus pa
sos, mientras atenciones serias
de su casa debieran ocuparla?
¿O querria evitar, tal vez, tris
tes escenas a los en posados años
ocurridos, a causa de los amores
de su niña con el moachebo P...?

Repetiremos lo indicado atrás:
madama de Gaveta inspiraba pla
na confianza a la mamá de Flo
ra y, mientras aquella y el mé
dico, a quien la joven habia si
do recomendada, no avisasen

poder retirarla a' la Coruña, un
guma prisa se daba por llevar
a' su lado a' Flora. Ella, cabe
mas, si no desconocia el caracte
ter de esta, ni lo muy difícil,
o' imposible, que la era sub
sistir larga temporada sin
amor a' alguno, ignoraba de
todo, o' casi de todo punto, la
intimidad de sus relaciones
con Anisia, únicas que a' nues
tro ser en Santiago la retentian,
únicas que la obligaban a' en
gañar al médico, permitíase
nos la espression, a' su mamá y
hasta a' madama de Gavela; y
relaciones, en fin, que venia
a' amor mas que a' su salud,
de la cual poca, o' muy poca,
se cuidaba, al parecer.

Habituada a' practi
car su gusto en casa de D.
Gliceria, a' no vir hablar allí)

sino de amores, ¿debía apete-
cer marchar al lado de su ma-
dre, donde atenciones menos
poéticas, fueras, así somé-
ticas, como rurales, habrían
precisamente de rodearla y
aburrirla con frecuencia? —

— No. — Flora, por otra parte, en
su jenio reflexivo y cordoso,
aborrería tornar soltera a la
Corna, donde solo sería a ca-
da paso sitios confidentes de
sus antiguos amores con F.^{xxx},
residente en aquella ciudad y
al cual temia, según mas de
una vez dijo a Bianor, como
vino origen de su prision, co-
mo no olvidarían nuestras
lectores, en la cual, si Flora
lloraba a veces, a veces tam-
bien reía y un preludio de
su piano, o una danza mis-
teriosa, eran señales de cita

Porra el amante que corría
entonces a' hablarla al pie de
su ventana.

Preca en todo, sus pri-
meros pasos en la senda del
amor debieron ser interesan-
tísimos, siquiera los descono-
camos; Correas era debia ser
tambien su adolescencia; mu-
cho debieron escitarse sus pa-
siones y, en medio de la riji-
lancia sobre ella ejercida a'
la sazón por su mamá, mu-
cho disimulo, mucha castreia
debio haber aprendido y con
ellos gran práctica en el arte
de agradar.

Recomos ahora su méto-
do de vida en casa de D.^a J.
ceria a' fines del otoño de un
ochocientos cincuenta y seis, mé-
todo muy diferente del que ob-
servaria, tal vez, en casa de su

madre.

Flora en la expresada época tomaba en cama chocolate entre ocho y nueve de la mañana; le sentabase a las diez, no sintiendo novedad mayor; lavábase y peinaba luego y, terminada a las once u once y media su toilette, tomaba seguidamente un caldo, un huevo estrellado, o una torrija; sentábase después al velador y escribía, leía, bordaba, cosía, o hacía, ya cual quiera otra labor lijera, ya cigarrillos de papel para su Anisio, mientras madama escribía tambien, o leía. A las dos, o dos y media, comian ambas y, terminada la comida, tomaba madama a leer, o a escribir; Flora reposaba un rato, o tomaba igualmente a alguna de sus tareas, según la aconse-

Saba, o sus males la permitian.
Al anochecer, entraba la 4.^a su-
da D.^a J.^{ta} y llegaban mas tar-
de dos o tres tertulios de ma-
dama que permanecian en
su estancia hasta las diez y
media u once que todos se
retiraban; cenaba acto conti-
nuo Flora y madama y la
joven se recogian.

Mas esta, hasta demu-
sada ultimamente; sometida
por completo a la voluntad
de Anisio, empeño a desen-
brir antojos fatales, como al-
gunas gotas de aguardiente
o rom en el agua que por
las tardes tomaba con el cho-
colate; una copilla de licor
con un biscocho algunos ma-
ñanas, y hasta aceitunas a
la comida; antojos todos en
caminados a encender pasio-

nes ya escitadas y nocivas a su delicada salud; asi es que, no pudiendo el estomago resistir excesos tales, habia luego vomitos y mareos que la obligaban a acostarse por las noches mas temprano de lo acostumbrado.

Madama de Gavela recibia, empero, como siempre a sus tertulias, entre los quales no faltaba Anisia, episcopa, de acuerdo anticipadamente con su enamorada, introduciase a cada instante en la alcoba, a pretesto de llamar a quella; desprendiendo con disimulo, al entrar, una de sus cortinillas que madama dejaba oportuna y caida expuesto sobre un clavo romano, a fin de no perder de vista a Flora; cortinilla que, sin

La menor consideracion, ni res-
peto al que Sirvan, despren-
dia Anisio, a fin tambien
de no ser visto en sus colo-
quios y deliquios amorosos
con la curulesa.

Proceder tan bajo e in-
decoroso disgusta a mandama
y la puso en caso de recon-
venir seriamente al man-
cabo, ordenandole no tocarse
a la cortina que descubria
con justa indignacion.

Nunca, o rara vez, en
este tiempo salia a pasear
la joven. Si a que salir, si
por la mañana, por la tar-
de y por la noche venia a
su lado Anisio, unico objeto
que con mayor gusto logra-
ria en la calle ver.....?

Pobre Flora! Pobre
joven, si Anisio la engaña

se y, abusando de sus dolencias,
orgullosa de tenerla enamorada,
sometida a su capricho, pensa
se en abandonarla, en despre
ciarla, acaso, como se desprecia
un mueble que no nos sirve,
o nos molesta.....! Sobre juven
repetimos, el día que tal acae
ciere.....!

¿Llegará, preguntaremos,
ese día? — Nosotros, solienta
niña, le columbramos, sigue
ra tu no lo sospeches; llegará
cargado de huracanes y abrien
do paso a través de esa atmo
sfera voluptuosa de ilusiones en
que vives; ilusiones que morirán
de súbito, cual muere el árbol
que derrumba el aquilon.....

Abandonar a Flora.....!
¿cómo abandonarla Anisio
que un tiempo la adoraba y
amor tanto la juró? ¿Cómo

abandonarla, cuando por el tan-
to ha sufrido Flora y temidas
y tan delicadas pruebas. Si-
vicamente ha recibido del amor
de esa mujer. ?

XXVIII.

El doce de noviembre halla-
banse a la vez en Santiago Ani-
sio, Biamor, Nazario, madama
de Gavela, Flora y el tío de Ani-
sio. Este, en su posada, reconoci-
liado con el capitán, mas sin
haberse graduado todavía. Biamor,
en casa de dos sobrinas mué-
jeres, de quienes era curador,
brillando asuntos de las mis-
mas. Nazario, en casa de D.^a

Gliceria, arreglando, por fin, su
entlace con la joven ~~M^{rs}~~ y en vis-
peras de marchar colocado á
Cuenta de orden del gobierno, se
gim en la calle contó á Bricamor
á tiempo que no podía menos
de saludarle. Madama de Ga-
sela, en casa tambien de D.
Gliceria, alejada de su fami-
lia y sin mas cuidados que
los inherentes á su sola indi-
vidualidad. Flora, en la sala
de madama, haciendo la vida
que víjimos. Y en el gabinete
contiguo á esa sala, en el ga-
binete que Bricamor solia ocu-
par, el tío de Anisio, llega-
do hacia poco de su país y que
ignoraba las relaciones de su
sobrino con la mujer de quien
no le separaba mas de un
tabique; pues Anisio, mien-
tras permaneció en casa de

3^a Gliceria su tío, con el que iba a comer todos los días, ó no seía ni hablaba a' Flora, ó se íala y hablaba allá en las habitaciones del tercer piso.

¿Empeñaría a' consueño Anisio de su Flora? - Imposible se dijera. Era, empero, un hecho que, supretesto de repasar para su grado, hacia últimamente visitas era las largas a' Florita; pasaba algun día sin visitarla y prefería, si se quiere, una buena siesta por la tarde, ó un momento de oxjia, a' su amorosa conversacion. Tambien lo es que, habiendo el y otro joven prometido a' acompañarla cierto día a' la Esclavitud, con motivo de una oferta a' la Virgen de este nombre, Anisio aquel

Sia, no pareció y Flora pasó aca-
bado a cumplir su voto, acom-
pañada de madama, D.^a Fla-
ceria y el otro joven, unido que
comió y volvió con ellas a la
metrópoli.

Anisio empezaba a com-
parse, si, de su Florita y esta,
mas y mas enamorada de él
a cada instante, si no desco-
necía, olvidaba seguramente
que el amor mas duradero y
que mas se aprecia es el que
mas desvelos cuesta; que el
amor se debilita a proporcion
que se halla facil de conseguir
y que, conseguido sin resisten-
cia ni oposicion, se estima en
poco, pues carece del placer
de la conquista: olvidaba que
la mujer desea ser conquista-
da y tiene, de consiguiente,
que aparecer un tanto esqui-

ra; esquivar el instinto en ella,
dijo de aquel natural finji-
miento, indispensable en el
sexo bello y que el hombre
no puede menos de acatar;
y olvidaba que, lejos de gra-
ficarse una joven, es una
de sus principales prendas
negar con oportuna gracia
lo que mas quisiera conceder,
sin faltar, no obstante, a' cier-
to dulce trato cum con las
personas de quienes debiera
desconfiar.

¿ Seria que la joven
tuviese ya de que arropen-
tirse? ¿ Seria que esa flor
de delicioso aroma se hubiese
agostado ya y tratase de en-
cubrir su falta, queriendo
mas y mas a' Anisio, a' fin
de que no se le escapara?
— Dios y ella lo sabrian. Pero

un hecho igualmente es que Flo-
ra dió en volverse triste, que
inademe la sorprendió Clo-
rosa alguna vez y, sospechan-
do síntomas de ruborizada
situación en una joven á me-
recer, signiera tratase de ocul-
tar los Flors, valida de inje-
nioso ardor,

— Admirame, mujer, la dijo,
de cuan poco te ha servido y
sirve tu talento... No es el ca-
mino mejor, para ganar á An-
sio, el que elegiste; y si no lo logras
apropiartela, siguiendo la con-
ducta de hasta aqui; conducta
que hará congas de uno en otro
precepicio y de tí se burle ese
hombre que te ciega. Nada,
ó poco, en esto pierdes Anisio,
mientras tu, Flora, mucho, mu-
chísimo, es lo que pierdes. La
falta de tu padre en lo mas

crítico de tu vida fue una gran
pérdida para ti. Seis años há
parece que murio; el tiempo
de una carrera, y tu la has
hecho, Flora, preciso es confe-
sarlo, rodeada de amigas li-
bertinas y leyendo libros que
sonas profanos. Momental
impuro de placeres y delei-
tes fueron para ti, sin du-
da, esas amigas y esos libros;
y, ay, Flora, ay de la mujer
que una vez bebe de tan in-
mundas aguas.....! No culpes
a nadie, pues, si sientes a-
margo ahora el fruto de tus
amistades y lecturas: culpate
a ti misma y procura en
tiempo corregir tu vida.

Madama de Gavella
hablaba entonces como un
oráculo, sin que Flora nada
tuviese que responder, si se

exceptúan algunas palabras en obsequio de su madre que, aunque viva y llena de pleitos y obligaciones, sólo hasta donde de la fue posible por el honor y buena educación de sus hijos.

Empero, no toda la culpa era de Flora; mucho había que regrender en Anisio; pues, cualesquiera que fuesen los centos de esta, sabiendo, como sabía, el estado de su salud, jamás debió dar pábulo á una pasión de funestos resultados y que, sin permitirle ver la profundidad del abismo á que la conducía, la estimulaba en su honor y agravaba sus dolencias.

Anisio, al oírlo, como ciego, en olvido de deberes tan especiales, daba una muy baja idea de sí y de lo en poco que miraba

la salud y reputacion de Flora,
y tanto mas la daba, cuanto,
en medio de algunos defectos,
susceptibles quiza de correccion,
no era un jóven corrompi-
do, antes tenia prendas re-
comendables. Oia Misa todos,
o casi todos los dias, lo que, so-
pretestos frivolos, no ejecu-
taba Flora; y Decimos frivolo-
los, pues una mujer que
resiste tres o quatro horas
hablando y oyendo hablar
de amores sin cansarse; una
mujer que se ve en cuando
sale a la calle, ya de noche,
ya de dia, bien pueda resis-
tir igualmente una media
hora oyendo Misa en cual
quier templo, siquiera no
sea mas que los Domingos
y dias de obligacion.

La vinda D.^a J.^{xx} sum

bien la oía y veía alguna vez
por Flora. Presentes ambas,
rodó una tarde la conversacion
sobre esto mismo y dijo mada-
ma a D. J.:

— ¡Cosa singular, señora!
veo que si y otros vean por
esta joven y no veo que espon-
taneamente se acuerda ella
de veer por persona alguna,
ni aun por si.

— Llamaron tanto la aten-
cion de Flora las anteriores pa-
labras, que de repente inter-
rumpió:

— ¡En verdad que así es.....!
Mañana, Maruja, iremos las dos
a Misa.

— ¡Iremos, añadió madama;
iremos, hija mia, al templo
que tu quieras, donde sitio
cómodo haré te se proporcio-
ne. Serás como resistes y co-

mo, en empeñando, has de de-
scar volver; que en esto, lo mis-
mo que en muchas otras cosas,
está la dificultad toda en el
primer paso y el vulgar ve-
fron nos enseña que mas que
el que queda hace siempre, o
casi siempre, el que quierá.

Flora, en efecto, fue
con madama el día inmedia-
to a' Misa y luego los cuatro
tambien siguientes, últimos
que en Santiago pasó la ju-
ven. al lado de su protectora.

Retirado a' su pueblo
el tio de Anisio, despachado que
hubo asuntos especiales que a'
la metrópoli le trajeran, y
en Pismuña vista Biamor, par-
tió el capitán Navarro pa-
ra Centa, despidiéndose de
madama y de Flora por me-
dio de tarjeta; pues, si bien

abrigara hacia ambas, y particularmente hacia madama, especie de resentimiento, suele olvidarse este en momentos solemnes, como son los que preceden a una ausencia de tiempo ilimitado, en que la distancia es grande y Navarro le olvido.

Graduose Anisio el diez y seis de diciembre y, de acuerdo con Flora, dio parte del grado a la mamá de esta, indicandola viniera en busca de su hija. Anisio deseaba no permitiese ya mas en Santiago su enamorada. Ella decia querer pensar en la Coruña la noche de Navidad y Anisio queria estar en su pais cuando la mamá de Flora llegara a casa de D.^a Gliceria: marchó, de consiguiente, a poco de

graduado, llegando la mamá
de Flora el veinte y dos a Com-
postela, donde una de las co-
sas que preguntó a madama
Jue si allí tenía crímenes
su hija. Presente está a la
razón, madama de Gasela
contestó:

— Por Flora misma saber-
lo debe V. señora; pues, recon-
viéndola yo un día porque
no daba conocimiento a V. de
sus relaciones con Anisio, di-
jome haberlo hecho ya y pien-
so no me engañaría....

— Algo me ha indicado. ¿
V. dice de esas relacio-
nes? Nada, supongo, habría
de parte de mi hija en ellas
que no fuese digno? No es
verdad, Flora?, añadió, di-
rigiéndose a su hija.

Flora no hizo caso ape-

nas y madama de Gaxela contestó:

— Lo que en cierta ocasion dije a esta joven, eso mismo dire hoy a ti, señora: Hasta el veinte y seis de octubre pue do responder de su conducta; desde esa fecha en adelante, ella responderá.

— Responderé, interrumpió al instante Flora.

Y la conversacion varió de rumbo entre su madre y madama de Gaxela, la primera de las cuales y su hija salieron para la Coruña a los doce de la mañana del veinte y cuatro, sia en qué casi a igual hora salia tambien Damián de Pontevedra hacia Pisuerga, a fin de celebrar allí la noche-buena con su padre y sus hermanas.

Hiijos cumbos de casual coincidencia, ocasionabalos un mismo deseo, al parecer; y Flora y Brianor Virjiana al seno de sus familias; Brianor, sin saber de Flora, ni esta de Brianor, quien, al entrar de nuevo en casa de D.^a Gliceria el diez de enero, no pudo menos de advertir el espacio inmenso que habia dejado alli la ena morada de Anisio; inmenso, si; pues, enferma y con sus caprichos ultimos, era, no obstante, qual jarrin de delicado aroma que todo entorno suyo lo embalsamaba. Mimada jor en de la casa, ella sola entretenia a una reunion entera; ningun ojo se cansaba de admirarla y su conversacion, ademas, llena de atractivos y de en-

comto, Sabala mayor realce to-
savia.

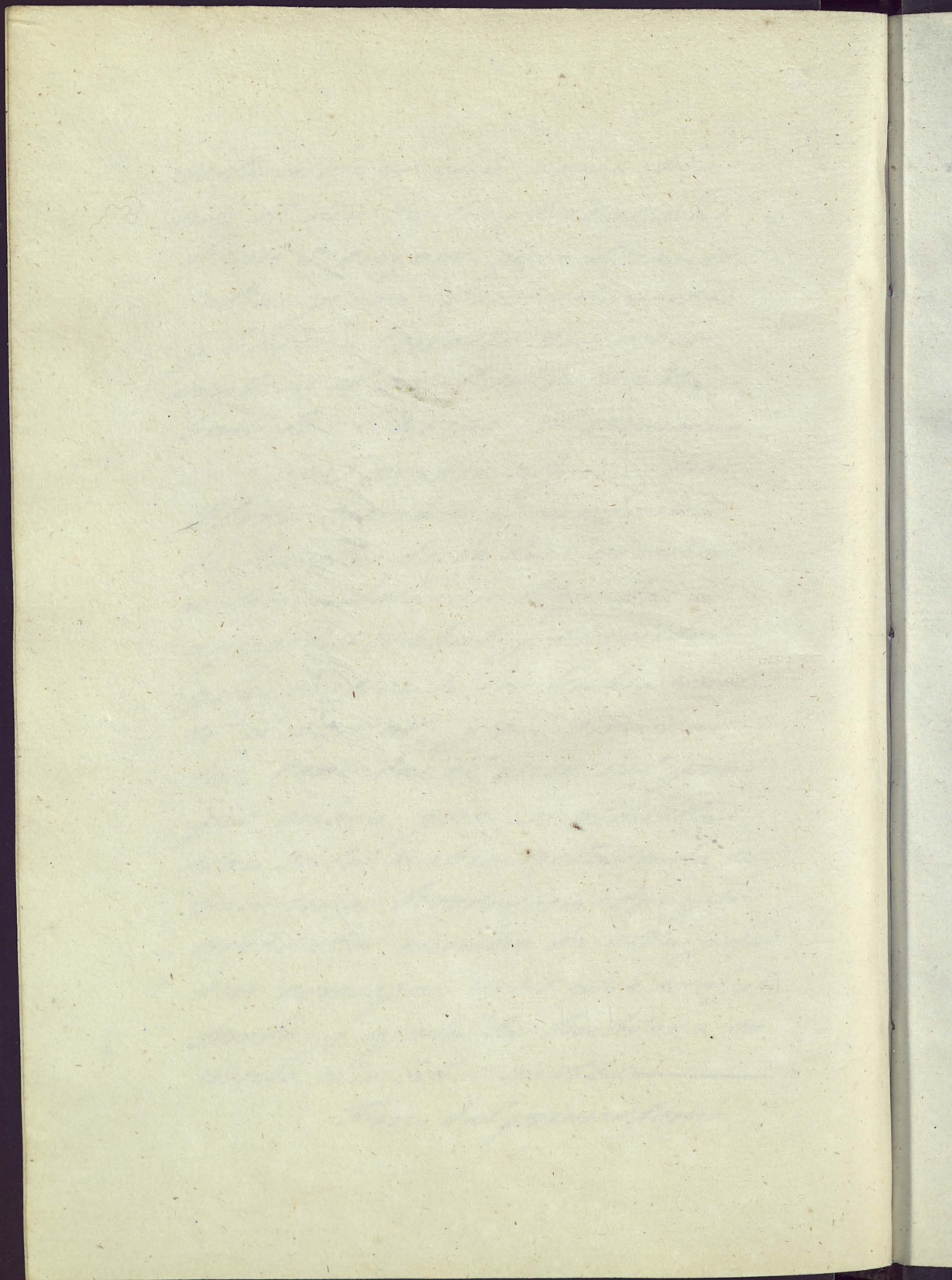
Ya Flora, sepuleral si-
lencio Weinaba en la estancia
de madama de Gasela y Bria-
nor, echando de menos en casa
de D.^a Gliceria el ruido de
sus pasos, cuando iba de una
a otra habitacion, y el gra-
to sonido de su comto, re-
coraba en melancolico es-
tasis mas de una vez, ya
la noche que por el agujero
de la llave la miro des-
de su gabinete, ya las tar-
des que en la ventana pa-
so con ella en dulce plática,
ya las noches de verano en
que, cubiertas las vidrieras
y apoyados una y otro sobre
el barandal del balcon de
hierro, solian contemplar
la luna; balcon, donde creia

verla casomar aún, como aso-
mo' el día de la Ascension,
o casi siempre que Brianor
salia porra Bisueñavista,
y balcon desierto entonces,
contra el cual se estrella-
ban las lluvias del invierno.

Pasados algunos días,
Flora escribió a' madama
de Gavela desde la Coruña,
noticiandola su llegada a'
aquella ciudad y diciendola
que la voz se la habia suel-
to a' tomar; y en otra car-
ta, recibida el once del pro-
pio enero, que, si bien la
voz se la habia aclarado, te-
nia una horrosa tos y se
acordaba mucho de ella y de
sus consejos; mas que era ya
tarde y ajalá la hubiera co-
ncido seis años antes.

Fin del primer tomo.

Handwritten text, possibly a signature or name, oriented vertically.



Handwritten text, possibly a signature or name, oriented vertically.

